

Cerro Navia

Relatos de una historia

CERRO NAVIA

Relatos de una historia

Investigadora responsable: Cristina Quezada Rodríguez

Investigadores: Katherine Córdova Carrasco, Hugo Ramos Tapia, Nicolás Varela Molina

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 – Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-02-8897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile
Primera edición abril de 2014

Registro de propiedad intelectual N° 239677

Impreso por C y C impresores

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García Huidobro M.

Diseño interior y portada
Francisca Toral

Imagen de portada: “Pobladores”. Museo Histórico Nacional.
Pool fotográfico Zig-Zag, año 1970.

Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Cerro Navia

Relatos de una historia

FUNDACIÓN CERRO NAVIA JOVEN

Investigadora responsable

Cristina Quezada Rodríguez

Investigadores

Katherine Córdova Carrasco

Hugo Ramos Tapia

Nicolás Varela Molina

Índice

Presentación

Niniza Krstulovic Matte.....	9
------------------------------	---

Doce relatos, doce vidas

Pedro Milos.....	13
------------------	----

Capítulo I

La importancia de la memoria.....	19
-----------------------------------	----

Capítulo II

Los testimonios	43
-----------------------	----

Ana Montero	46
-------------------	----

Vicente Ortiz	51
---------------------	----

Corina Órdenes	62
----------------------	----

Fernando Cornejo	66
------------------------	----

María Cristina Flores	77
-----------------------------	----

Fresia Cabañas	81
----------------------	----

Eduardo Silva	88
---------------------	----

Loreto Marín	94
--------------------	----

Luisa Hidalgo	99
---------------------	----

Magdalena Martínez	111
--------------------------	-----

Eduardo Ubilla	120
----------------------	-----

Sergio Peña	126
-------------------	-----

Consideraciones finales	131
-------------------------------	-----

Notas	137
-------------	-----

Fuentes	141
---------------	-----

Imágenes	145
----------------	-----

PRESENTACIÓN

La *Fundación Cerro Navia Joven*, en el año 2013, cumplió 20 años de trabajo en este territorio y en su acto de aniversario el Padre Eduardo Silva S.J. ilustró con mucha claridad cómo se forjó la comuna: “Una de las imágenes que a los chilenos nos interpela es la del Padre Hurtado yendo en su camioneta verde a recoger niños que dormían en el río Mapocho. Es la pobreza de los años 50, de esos niños ‘azulosos de frío’, los que fotografiara Sergio Larraín conmoviendo la conciencia nacional, los niños con los que fundó el Hogar de Cristo. La migración del campo a la ciudad hizo que Santiago creciera en sus márgenes y viera nacer muchas poblaciones callampas, muchos campamentos en la periferia de la ciudad. Así nació Cerro Navia (que primero se llamó Barrancas y luego Pudahuel), a la orilla del río, donde ya no alojan solo niños, sino poblaciones enteras en pobreza. Unas fueron el resultado de épicas tomas de terreno, otro fruto de cooperativas, de traslados o erradicaciones de otras partes de la ciudad. Algunos consiguieron buenos terrenos, que con los allegados se fueron achicando; otros quedaron bastante hacinados en los desafortunados block de 36 metros cuadrados de las viviendas sociales. La política de expulsión de muchas poblaciones hacia la periferia hizo de nuestro país un lugar todavía más segregado”.

La historia de Cerro Navia comenzó mucho antes de que un decreto diera cuenta del inicio de su existencia y no ha sido fruto de una ordenada planificación urbana. Ha sido la suma de mil historias, de cientos de familias jóvenes con hijos pequeños, que en busca de un mejor futuro llegaron y se asentaron en este territorio ubicado en las afueras de la ciudad. No se trataba de llegar a la tierra prometida sino básicamente de poder tener un lugar donde vivir. A algunos les dieron el dato de una toma de terreno que se haría en cualquier momento; a otros los trajeron cuando

fueron erradicados de los sectores más acomodados de la ciudad, donde no había lugar para ellos; a estos les “salio” la casa para la cual llevaban tiempo ahorrando.

Unas familias llegaron del campo, otras venían de otros lugares de ciudad. Fueron haciendo suyas estas chacras, autoconstruyendo sus viviendas, entablando relaciones, formando organizaciones destinadas a mejorar sus condiciones de vida. Para que todo esto ocurriera fueron necesarios muchos años de trabajo duro, de sacrificios, de dolores, pero sobre todo de esperanza en un futuro mejor para sus hijos y familias, erigido en un espacio propio del que nadie los podría sacar.

La *Fundación Cerro Navia Joven* fiel a su Misión de “contribuir a la superación de la desigualdad y la exclusión social” invitó a actores relevantes de esa historia a rescatarla, a recordarla, contarla, narrarla. Para que pudiéramos disfrutar de ese patrimonio cultural que ellos mismos construyeron, patrimonio intangible que está conformado por la herencia de la comunidad y que se transmite de generación en generación. En ese sentido los adultos mayores son una fuente inagotable de traspaso de esta memoria, de los orígenes y de la identidad para que las generaciones actuales y futuras conozcan la historia de su comuna, sepan qué pasó, cómo nació y cómo se fue formando a través de la narración de sus propias historias de vida.

La riqueza de estas narraciones no puede sino valorarse porque es fruto de sus propias vivencias y de cómo con esfuerzo, sacrificio, dolor, esperanza y satisfacción fueron haciendo suyo un espacio que inhóspitamente les dio la bienvenida. Recorrer, a través de sus historias de vida la historia de la comuna, nos ha permitido aproximarnos a realidades que reafirman nuestra convicción de que como fundación no podíamos sino inspirarnos en don Enrique Alvear, Obispo de los pobres, nuestro patrono y su lucha incansable por la justicia social.

¿Qué es este libro entonces? Una herramienta, entre las muchas y enormes posibilidades que hay detrás de cada adulto ma-

yor que conforma esta comuna, y las muchas otras del país, que deja en evidencia el enorme potencial que hay en ellos para ser grandes agentes de cambio social en la actualidad, dando a conocer y reviviendo esos espacios de vida cotidiana que dan fuerza a la historia común que hoy son parte del presente de Cerro Navia y que permitirán a las generaciones venideras vivir y pensar el futuro desde estos relatos.

Este libro es una suma de voces que visibilizan sus experiencias desde la perspectiva y la sabiduría que entrega el paso del tiempo en la vida. El resumen de aquello que ha sabido mantenerse como esencial en el recuerdo, para fraguarse en estas páginas, en un documento que será presentado en colegios y jardines, juntas vecinales, espacios de encuentros de jóvenes, universidades, redes de apoyo institucional de la comuna y medios de comunicación, entre muchos otros. Un libro que sirve a los propios adultos mayores para seguir manteniendo activo el rol que hoy cumplen al interior de la comunidad, siendo referentes entre sus pares, fuente de identidad para las diversas generaciones, apoyo permanente en sus familias, apoyo para quienes buscan un consejo, y guía para una comuna completa que necesita de ellos a diario cuando se piensa y mira a sí misma.

Como fundación, desde este libro reconocemos y reivindicamos el derecho de los adultos mayores de dar cuenta de la apropiación activa que han hecho del espacio colectivo, y que pueden continuar haciendo, a través de sus experiencias, sus necesidades, sus sueños y por sobre todo, saliendo de ese espacio de invisibilidad al que la sociedad los ha relegado, revelando que en nuestro contexto actual, su aporte no es solamente significativo sino vital para las generaciones presentes y futuras.

NINIZA KRSTULOVIC MATTE
Directora Ejecutiva
Fundación Cerro Navia Joven

DOCE RELATOS, DOCE VIDAS

Doce relatos son los que dan cuerpo a la historia que este libro busca retratar. Doce personas que, haciendo uso de su memoria, traen al presente vivencias que unen su biografía personal y familiar a un tiempo y a un espacio. Doce fragmentos en busca de unidad. Doce pobladores de Cerro Navia.

Siete mujeres y cinco hombres, nacidos entre 1933 y 1955. Mujeres que, al momento de publicarse sus relatos, tienen entre 59 años, la menor, y 81 años, la mayor. Y entre 65 y 75 años, los hombres. De los 70 años que han vivido como promedio, con certeza podríamos decir que han compartido más de la mitad de sus vidas en Cerro Navia.

No obstante lo anterior, solo cuatro de ellos son nacidos en Santiago. De los ocho restantes, tres nacieron en el sur del país, en lugares como Temuco, Los Ángeles y Purén; dos también al sur, pero más cerca de Santiago —en Rancagua y Malloa—; otros dos en la costa y en el valle central —Valparaíso, Quintay e Isla de Maipo—. Distintas decisiones familiares y personales hicieron que terminaran reunidos en poblaciones del noroeste de la ciudad de Santiago, compartiendo sus sueños y sus proyectos. Haciendo juntos sus vidas.

¿Qué representan estos doce relatos, estas doce vidas, en la historia de Cerro Navia? Entre muchas otras significaciones, queremos resaltar al menos cuatro: constituyen un reflejo del país en dicha realidad local; son una evidencia de los cambios que la sociedad vivió en los modos de relacionarse; expresan la construcción de una identidad colectiva; y dan cuenta de los avances y limitaciones de las políticas públicas en el período. Veamos por qué lo creemos así.

Doce relatos que representan, en primer lugar, una huella visible de la historia reciente de Chile en su propia historia local;

la evidencia de un país que se ha transformado profundamente en sus últimos 50 años. Un país que definitivamente dejó de ser rural y que enfrentó, en el plano de la vivienda popular, uno de sus mayores problemas sociales, incluso hasta hoy. Un país que ha visto evolucionar la manera en que una porción importante de sus habitantes vive la pobreza: desde aquella de pies descalzos y calles sin pavimentar a otra de inseguridades y precariedades múltiples. Doce relatos que hablan también de cómo la historia política de Chile impactó las realidades locales; relatos de vidas que se vieron tocadas por los cambios ‘estructurales’ promovidos por los gobiernos de Eduardo Frei y de Salvador Allende y por los retrocesos que implicó el golpe de Estado y la dictadura; recuerdos imborrables de cómo la brutalidad de la represión política navegó y desembarcó en las riberas del río que tenían frente a sus ojos.

Doce relatos que, en segundo lugar, constituyen en la historia de Cerro Navia el testimonio de una sociedad que ha visto cambiar sus valores y sus formas de sociabilidad. Que ha transitado desde la acción colectiva, como modo predominante de resolución de problemas comunes, a la acción individual, dejando en el camino formas de organización y de cooperación que marcaron profundamente las biografías personales y familiares de quienes nos ofrecen sus relatos. Así como de tantos otros que construyeron los caminos que unieron la historia de Lo Prado, Pudahuel y Cerro Navia. Doce relatos que aluden a la existencia e influencia de sindicatos, cooperativas, juntas de vecinos, parroquias, militancias partidarias; en fin, innumerables expresiones de asociatividad y de solidaridad que acompañaron sus vidas y que hicieron posible sostener enormes esfuerzos y sacrificios que trascendían el interés individual. Expresiones de colaboración que ocupan un lugar destacado en los relatos y que contrastan con la descripción que en ellos se hace de los valores que predominan en la actualidad.

Doce relatos que dan cuenta, también, de trazos de una iden-

tividad compartida, como se señala en el capítulo introductorio y en las reflexiones finales del libro. Quienes dan vida a estos relatos se sienten parte de una experiencia que da sentido a sus existencias, tanto pasadas, como presentes y futuras. Es notable como la mayoría de ellos concluye con la explicitación de la voluntad de no dejar de vivir en Cerro Navia, de no cambiar su realidad actual por otras posibles. Se observa un hilo que va uniendo y dando sentido a sus opciones personales y familiares, que los va atando al lugar que representa Cerro Navia. Lo interesante es que esta identidad común —que los identifica— convive con otra dimensión de la identidad, tanto o más necesaria: aquella que los diferencia, que los individualiza en relación al grupo. La identidad colectiva que otorga Cerro Navia a sus habitantes, coexiste con otras que los diferencia, ya sean de género, políticas, religiosas, de origen u otras. Las identidades, tal como lo muestran estos doce relatos, se construyen desde la historia pasada y pensando en el porvenir, aunque siempre se definan en tiempo presente; y se componen de elementos que dan sentido de pertenencia a un grupo mayor, que incluye, pero que al mismo tiempo requiere de elementos de diferenciación. Cada relato da cuenta de ambas dimensiones de la identidad.

Doce relatos que representan, en cuarto lugar, un registro vivo de los resultados y carencias de las políticas públicas en el país, desde que el Estado comenzó a intervenir en la solución de los problemas sociales. Así lo muestran, por ejemplo, las constantes alusiones en los doce relatos a los niveles de escolaridad de sus protagonistas; muchos de ellos reconocen escolaridad básica incompleta, muy pocos aluden a estudios secundarios o superiores y varios reconocen, entre sus aspiraciones no logradas, no haber elevado sus niveles de estudio: la educación es una referencia permanente en estos relatos de vida. Del mismo modo y con efectos mucho más concretos, inmediatos y evidentes, los relatos aluden a los cambios que en el tiempo se observan respecto de la provisión de servicios básicos. Los problemas de co-

nectividad, expresados en caminos y calles sin pavimentar y en falta de medios de locomoción colectiva, son los más recurrentes al relatar los primeros años del poblamiento de Cerro Navia. Se alude también con frecuencia a la inexistencia de redes públicas de alcantarillado y el recurso a los llamados ‘pozos negros’. Acceso al agua potable y a la electricidad son también indicadores de mejoramiento en las condiciones de vida. Lo mismo que las posibilidades de contar con atención de salud y hospitalaria. Todos servicios que fueron crecientemente provistos por el Estado e incorporados a la infraestructura urbana de Cerro Navia; por lo menos hasta que, en los ochenta del siglo pasado, el Estado comienza a abandonar su responsabilidad y la transfiere al mundo privado y al mercado.

Eso representan —a nuestro juicio y entre otros tantos significados posibles— estos doce relatos de vida en la historia de Cerro Navia, según indica el título de este libro: *Cerro Navia. Relatos de una historia*.

De modo análogo, ¿podría preguntarse uno, qué no representan estos relatos en la historia de Cerro Navia? La pregunta tiene sentido si con ella se alude a aquella dimensión de particularidad que tiene toda experiencia histórica, entendiendo por ellas toda experiencia humana. En efecto, en estos doce relatos hay una memoria y una historicidad que escapan al tiempo y al espacio que representa Cerro Navia como experiencia histórica social y cultural. Cada uno de los relatos es también una mirada que se nos ofrece a historias de vida de sujetos que trascienden su condición de pobladores o habitantes de Cerro Navia.

Como aquellas ventanas que están semiabiertas y que —al mirar de una pasada fugaz— nos permiten vislumbrar aspectos parciales de un todo que está transcurriendo en un interior que nos permanece desconocido. Pero que alimenta nuestro interés y gatilla nuestra curiosidad. Tal es nuestro sentimiento respecto de las vidas que en este libro se nos muestran, tan solo esbozadas, en función de una comprensión más acotada, como lo es la historia

de Cerro Navia. La posibilidad de profundizar en la complejidad y riqueza de estas vidas y de tantas otras, que quede como desafío primero para quienes las han vivido; que lo hagan recurriendo a su memoria, aquella que surge de los recuerdos y de los sentidos que esos recuerdos le otorgan al pasado, y compartiéndola con sus cercanos.

El valor último de este libro será ese: gatillar la memoria de muchos, sabiendo que el fin último de los relatos no es necesariamente ser publicados sino ser dichos por alguien y reapropiados por otros. Un reconocimiento, entonces, a quienes impulsaron esta iniciativa y a quienes la llevaron a cabo con profesionalismo y —sin duda— con afecto.

PEDRO MILOS

Historiador

Vicerrector Académico

Universidad Alberto Hurtado

Capítulo I

LA IMPORTANCIA DE LA MEMORIA

LA IMPORTANCIA DE LA MEMORIA

La importancia de la memoria colectiva, de recordar lo vivido en tanto comunidad, parece tener sentido cuando nos interrogamos acerca de nuestra historia, nuestra identidad, en la coherencia entre lo que fuimos y lo que somos, conceptos que parecen en pugna permanente con el paso de los años, ante el embate del olvido. Esta es una de las sensaciones experimentadas por todos quienes participamos de los talleres realizados con adultos mayores de la comuna de Cerro Navia. Junto a ellos intentamos reconstruir la historia de su experiencia comunitaria, a partir de los relatos de sus vidas.

Asistimos durante semanas a la narración libre de sus vivencias en común, al intercambio entre ellos de un anecdotario en muchos casos compartido.

Este trabajo tiene como objetivo aproximarse a la historia de la comuna de Cerro Navia a partir de los testimonios de sus protagonistas, los pobladores del sector. Obreros, dueñas de casa, empleadas domésticas, cesantes, entre otros, que llegaron a formar su hogar y una comunidad a partir de un poblamiento cuya génesis estuvo en planes estatales de vivienda, y en la ocupación de terrenos protagonizada por organizaciones de pobladores sin casa. Nuestros “protagonistas” son hoy adultos mayores, quienes accedieron a compartir sus recuerdos, sus alegrías y tristezas, logros y fracasos en el sector de “Barrancas”¹.

Historia que desde luego no es conocida por el gran público y que parece perderse incluso entre la propia comunidad conforme pasan los años.

Alessandro Portelli, a propósito de la importancia de la historia oral, señala que “las fuentes orales no son nunca anónimas e impersonales, como es justo que sean las institucionales. Por cuanto la narración y la memoria pueden contener materiales compartidos con otros”². En este sentido, podemos afirmar que los relatos contados en este libro están llenos de significado en sí mismos, pero también conforman una experiencia colectiva y, por tanto, son parte de una historia en común.

El rescate de las pequeñas historias comunitarias tiene una importancia indudable, cuya apreciación, no solo en la academia, sino en el conjunto de la sociedad, parece crecer con el tiempo.

La denominada historia local, perspectiva que enmarcada en la Nueva Historia Social supuso una nueva mirada donde el centro fueran los actores sociales y sus organizaciones; donde el eje no sea un conjunto reducido de personalidades o hechos conmemorativos, sino la memoria de las comunidades como fuente de identidad.

El historiador Pedro Milos sostiene que este tipo de historia pone atención especialmente a los marginados de la historiografía oficial y tradicional, como son las minorías étnicas, las mujeres, los obreros y pobladores. Señala que esta postura juega un papel central “en los procesos identitarios y debería ser un gran aporte a la producción de las memorias sociales”³. De esta forma, la relevancia de visibilizar las propias historias a través del ejercicio de la memoria, radica en que las personas pueden reconocerse e identificar su pasado, pueden desarrollar una proyección social, imaginar el futuro que se quiere y, por tanto, pueden construir su presente.

Para el historiador Mario Garcés el quehacer historiográfico se ha hecho más accesible y dinámico, pues “la Nueva Historia

Social y, más en particular, la historia oral, han ampliado, si no democratizado, el campo del conocimiento histórico, tanto en un sentido temático como también respecto de quienes pueden narrar la historia”⁴. Por tanto, se promueve una vinculación entre el oficio del historiador y los individuos, los adultos mayores en este caso, quienes son protagonistas de su historia.

La historia oral, por lo mismo, tiene gran importancia, ya que posee una estrecha relación con el contexto histórico-social en el que se está inserto. En este sentido, la construcción de la historia teniendo como fuente la oralidad, va de la mano con “la emergencia social de nuevos sujetos que protagonizaban vigorosas resistencias al autoritarismo”⁵. Ejemplo de esto son los pobladores, que como veremos más adelante evidenciaron el problema de la vivienda y muchas veces realizaron acciones directas que apuntaron a la mejora de sus condiciones existentes.

Del mismo modo, para este autor la historia local surge a base del cuestionamiento y la inquietud por conocer la historia del entorno más cercano de las personas. Es decir, los procesos de una determinada colectividad, sus características y sus problemáticas. Asimismo, es concebida como una forma de situar a una colectividad como parte de un contexto histórico más amplio. Por ejemplo, el movimiento de pobladores en la comuna, y las soluciones implementadas —como los terrenos entregados tras la “operación sitio”— responden a realidades sociales nacionales y a políticas estatales de amplio alcance, de las que la comuna no es ajena.

Para Garcés, su importancia radica en que “ellas dan cuenta de diversos aspectos de la vida cotidiana de las personas, organizaciones y localidades. Vida cotidiana que no aparece en la historia tradicional, pero que como historias locales, permiten conocer desde y por sus protagonistas”⁶. Este punto es primordial para nuestro trabajo, ya que buscamos reflexionar sobre las relaciones sociales que se entablan, los códigos que se manejan y las problemáticas que afectan a la comuna de Cerro Navia.

De acuerdo con el autor, a partir de esta perspectiva histórica surge “una corriente educativa llamada educación popular, que postula lo siguiente: a) Que el cambio social no era posible sin un desarrollo y cambio en la conciencia y, b) Que el desarrollo de la conciencia y de la propia cultura no era posible sin recuperar la propia palabra, es decir, sin desarrollar y sin estimular en los sujetos capacidades para *nombrar e intervenir* sobre la realidad”⁷. Esta afirmación tiene sentido al relacionarla con el trabajo realizado y con el que viene a futuro, ya que la experiencia de recordar puede ser un ejercicio que permita reposicionar temas importantes para la comuna y crear espacios de discusión entre distintas generaciones.

Es así como el ejercicio de rescatar la memoria para la reconstrucción de una historia desde y para los actores sociales tiene una gran importancia social, ya que permite desarrollar y evidenciar procesos y elementos identitarios de las comunidades que la historiografía tradicional no se preocupa de ver. Asimismo, se presentan eventualmente como una herramienta de cohesión e integración de los actores, porque, como hemos visto, se concibe como un ejercicio individual, pero también colectivo.

De Barrancas y Pudahuel a la actual Cerro Navia ***Origen, ocupación y conformación del Santiago Poniente***

Barrancas surgió como una de las comunas más extensas de la capital, teniendo como límite el río Mapocho por la zona norte. Desde el camino de cintura (Matucana), seguía el lindero norte de la antigua Hacienda La Punta hasta la cumbre del cerro Bustamante, conectando la cuesta Lo Prado por el poniente; al sur, por el camino a Valparaíso desde la misma cuesta, y hasta reencontrarse con el camino de cintura por Matucana, lo convertían en su límite oriental. Barrancas comenzaba —ahora como

un territorio en forma— a convertirse en foco de atracción y atención para artesanos, obreros y costureras, entre otros grupos trabajadores empobrecidos, los que veían en ella diferentes opciones. Por una parte, verificaban la posibilidad de participar de la compra y el loteo de terrenos o predios, ante el alza de alquileres de cités, conventillos y habitaciones baratas en el centro de la capital. Por otro lado, y frente al crecimiento no planificado que había ocurrido en el territorio, veían una posibilidad de habitar u ocupar ilegalmente algunos sitios o terrenos.

Hacia inicios del siglo XX, el censo de 1907 contabilizaba 444.614 habitantes en la ciudad de Santiago, y hacia 1915 esta misma ocupaba 3.000 hectáreas habitables de terreno⁸. La comuna de Barrancas, si bien concentraba sus poblaciones hacia la conocida acequia de los Pérez, también comenzaba a definir nombres de algunas de estas, como lo indica Víctor Zúñiga: “El Resbalón”, “Lautaro” y “El Arenal” se erigían como algunas de las más antiguas de la zona, en las que predominaba la autoconstrucción y no existían servicios mínimos, como el agua potable⁹. Junto a lo anterior, y para la población que comenzaba a llegar, existían importantes problemas de conectividad o, más bien, de acceso a la zona. Como lo indica el historiador Ricardo Adonis, para los barranquinos la falta de locomoción se trató de un grave y fuerte problema. Si bien existían algunos carros de sangre y transportes que corrían por calle Mapocho, el Resbalón y San Pablo, entre otros, estos resultaban insuficientes, por el corto tramo que conectaban, y porque sustancialmente unían puntos internos de la comuna. A partir del año 1917, se inicia un servicio medianamente regular de autobuses desde el centro de la ciudad y hasta la Quinta Normal; con el paso de los años, otros servicios (línea el Peralillo y Barrancas) cubrían con líneas urbanas el Santiago Poniente, pero resultaban insuficientes al abarcar solo determinadas horas del día a la comuna¹⁰. De acuerdo con el análisis de la historiadora Ana María Farías Antognini, a las ya

nombradas poblaciones comenzarían a anexarse por esos años: El Blanqueado, Estadio, José Joaquín Pérez, Arboleda, Santa Teresita, Anexa Lautaro, Franklin Roosevelt, entre otras. Todas estas, así como las que a futuro seguirían incorporándose, proseguirían con el desorden urbanístico de la zona y la carencia de documentos o estatutos legales que regularan lo ofrecido y loteado al momento de la compra. Una posible respuesta a esa misma inequidad, la ofrece la misma autora, quien indica que la mayoría de los recién llegados, al provenir de piezas, conventillos, sitios eriazos cercanos al centro de la capital, no reparaban en la ausencia de la legalidad prometida, y porque también esto escapaba de lo posible para ellos¹¹. Por otra parte, consideramos que la sola oportunidad de compra u ocupación ilegal de un terreno para convertirlo en propio, ya era un triunfo ante la dificultad de la misma vida y la carencia de bienes personales de estos sectores populares.

Durante el siglo XX, el rol del Estado iniciaba un proceso de cambios profundos, los que tardarían décadas en asumir las reales condiciones de la población. Lentamente, el Estado chileno comenzaría a tomar una postura menos cómoda que la sostenida desde fines del siglo XIX, en relación con la urgencia y la necesidad habitacional de los diversos sectores y grupos populares, al hacerse cada vez más visibles en la ciudad de Santiago. Una de esas primeras iniciativas fue la ley para crear los consejos de habitaciones obreras de 1906. Como misión, cada consejo que existía en las principales ciudades del país, debía mejorar, normalizar y construir las viviendas populares¹². En ese sentido, la ley de habitación obrera si bien posibilitaba o mejoraba los accesos a la vivienda para ciertas capas de este grupo social, no cubría la totalidad de necesidad de acceso o mejora a la vivienda de la población. Además, postergaba y dejaba en espera a los obreros no calificados, mujeres y madres trabajadoras informales, solteras y ancianos.

El terremoto que azotara al país en 1928, sería un estímulo positivo en la búsqueda de mejoras urbanísticas. La Ley N° 4.563 se transformaba en el primer intento de ordenación urbanística que existía entre las ciudades chilenas, indicando que toda ciudad que superara los 20.000 habitantes debía elaborar un plan general de transformación. Sin embargo, y como lo indica Armando de Ramón, quedaron al margen de aquellas planificaciones y ocupaciones, aquellos suelos ocupados por la población de estratos más bajos como Barrancas, Renca, Conchalí y La Granja, entre otras.

El paso por Chile del urbanista Karl Brunner, que había impulsado la ley de ordenanza urbana, y el fenómeno de migración campo-ciudad, visibilizan el estado y modo de vida que existía en algunas poblaciones semirrurales, como era el caso de Barrancas. Con el propósito de subsanar este problema, se crea la Junta Central de Habitación Popular y se dicta también la Ley General de Urbanismo y Construcción. Gracias a esto, en 1935 se funda la primera Caja de Habitación Popular, instancia que apoyaba con préstamos de hasta 27 años plazo lo necesario para la urbanización y edificación de viviendas¹³. Asimismo y con el apoyo de estas leyes, se avanzaba en la regulación por sobre la especulación del suelo. Como lo indica Rodrigo Hidalgo, hacia la década del 30 y con el fomento de esta iniciativa legal, se normaba el “arrendamiento a piso” y la “compraventa de sitios a plazo”, esta última, según el mismo autor, fue duramente criticada en la época porque los compradores y futuros pobladores edificaban sus territorios solo de acuerdo con sus posibilidades¹⁴. Como lo vivencia el segundo epígrafe de este capítulo, no siempre la construcción terminaba de una manera exitosa, pues era frecuente que se truncaran los sueños de una edificación completa.

A consecuencia de la crisis salitrera que afectó al país, la depresión mundial de 1929 y las posteriores políticas de recuperación económica, planificación y crecimiento industrial, importantes

grupos migraban a Santiago, provenientes desde las zonas norte y sur del país. Mientras que los primeros se veían forzados a iniciar un éxodo de las oficinas salitreras, los de la zona sur experimentaron un proceso diferente. Producto del dinamismo y las planificaciones industriales y económicas que se iniciaron en las décadas del 40 y 50, su llegada e inserción en la ciudad buscaba mejores oportunidades y calidad de vida. Asimismo, las condiciones de tenencia de la tierra de los hacendados que existían en sus lugares de origen, así como el estancamiento agrícola que experimentaba la misma propiedad, determinaron entre las generaciones más jóvenes una fuerte huida y deserción de la hasta entonces población campesina. Los recién llegados no eran los primeros ni serían los últimos grupos sociales en arribar a la capital en búsqueda de mejores condiciones de vida. En el transcurso de estas décadas llegaron de forma mucho más consecutiva, periódica y constante¹⁵ y una vez en Santiago, comenzaron a poblar y habitar en la ciudad de acuerdo con tres formas operacionales. Mientras que un número importante de ellos ocupó y arrendó viejas casas del casco central de la ciudad, otro gran número de familias pobló de manera espontánea algunas zonas más alejadas y periféricas de Santiago norte y poniente, las que con el paso del tiempo fueron conocidas como “poblaciones callampas”. Asimismo, y desde la década del 50 en adelante, un número importante de ellos emprendió de manera mancomunada la ocupación ilegal de tierras, propiedades y algunos sitios de los márgenes de la ciudad. Estos mecanismos de ocupación dejan en evidencia que las formas institucionales para acceder a la tierra y la vivienda no solo resultaban insuficientes para algunos, sino que además evidencian lo inalcanzable, en términos económicos, que resultaban para otros. Y si bien las condiciones de insalubridad de las poblaciones ya existía hacia la década del 40, producto de la fuerte migración campo-ciudad y la crisis económica que vive el país en los años 30, el problema se trans-

forma en una cuestión social, donde el Estado, la clase política, la sociedad y la prensa toman conciencia, lo visibilizan y verbalizan, más allá de una real solución del problema.

En 1949, el periódico local de Barrancas representaba en sus páginas el problema y la carencia de casas hacia la zona poniente y en el centro de la ciudad, llamando con urgencia a la solución del problema habitacional. El acceso a la vivienda, la mala calidad y distribución de las urbanizaciones, como lo consigna el primer epígrafe de este capítulo, comenzaban a fraguarse no solo como un problema urbano de la capital, sino también, desde lo más profundo, se implantaban como una consecuencia de las malas y escasas políticas descentralizadoras por parte del Estado y los gobiernos.

En Santiago no hay casas, hay que arrendar departamentos o piezas; los cánones suben de precio día a día; los propietarios no admiten niños; los conventillos son demolidos; la Caja de la Habitación hace casitas que no dan abasto a la gran demanda. Las casas se venden habitadas por dos, tres y más familias; los arriendos siguen subiendo; la situación se hace insostenible para muchos jefes de hogares que se van a los márgenes de los ríos o sitios eriazos y forman las llamadas callampas que aparecen de la noche a la mañana sin que nadie lo sepa¹⁶.

Producto del proceso de industrialización apoyado por la Corfo, comenzaron a aparecer junto barrios y residencias por la zona de Carrascal y San Pablo. Así, entre las décadas de 1950 y 1960, la uniforme y desigual expansión de la ciudad y de la comuna de Barrancas, alcanza una importante aceleración urbana y poblacional, comenzando a poblarse incluso el Cerro Navia en forma de población callampa. Los viejos barrios de la zona centro de la ciudad principiaban a perderse entre las expansiones de las ya asentadas poblaciones, suscitando un proceso de

conurbación importante que unía el área poniente de Barrancas y Cerro Navia, con Santiago. Hacia 1953 y producto de importantes esfuerzos y estímulos, nació la Corporación de la Vivienda (Corvi), la que junto con recoger el trabajo precedido por otras instancias gubernamentales y particulares, trazaba por primera vez planes de largo plazo para el problema habitacional de la ciudad de Santiago desde una perspectiva que tenía ejes de trabajo planificados y centralizados.

Las formas de habitar Cerro Navia: entre tomas de terreno y operaciones sitio

La década del 50 marcó el comienzo de una reconfiguración territorial de Santiago debido al surgimiento de diversas poblaciones en toda la ciudad, ya sea por tomas de terrenos, erradicaciones, operaciones sitio o compras de grandes terrenos por parte de algunas cooperativas de trabajadores. Como veremos, son estas formas las que fueron componiendo la actual comuna de Cerro Navia.

Este proceso ha sido estudiado de forma amplia en trabajos como los realizados por el historiador Armando De Ramón¹⁷ y el sociólogo Vicente Espinoza¹⁸. En tales investigaciones se da cuenta de la complejidad del proceso mediante el cual estas poblaciones se formaron. En primer término, sabemos que sus orígenes están en una ya precaria realidad habitacional de muchos santiaguinos, que a mediados de siglo XX formaban vastos campamentos llamados “poblaciones callampas” en lugares como las riveras del Río Mapocho o del Zanjón de la Aguada. Estas formas de habitación, por lo general, eran construidas con materiales de desecho y no contaban con los servicios básicos que una familia necesitaba para vivir.

En segundo término, podemos ver el agravamiento de la situación descrita, por razones como el incremento de las migra-

ciones desde el campo o el retorno de los trabajadores del salitre a la capital. De la misma forma, el historiador Mario Garcés sostiene que otros elementos intervinieron en este problema: “La baja tasa de construcción de nuevas viviendas, las debilidades de la industria de la construcción, la ausencia de una política de Estado eficiente, los bajos salarios y los efectos de la inflación sobre los más necesitados de habitación”¹⁹. Es así como se configura un panorama que fue agudizando el problema de la vivienda en la ciudad y que precipitó distintas soluciones a través del tiempo.

Una de las creaciones estatales que apuntaron a contribuir a la solución del problema de la vivienda, fue la creación de la Corvi (Corporación de la Vivienda) durante el segundo gobierno de Carlos Ibáñez Del Campo en el año 1953. Este organismo estaría encargado de la urbanización, remodelación y reconstrucción de barrios y sectores inscritos en el plan de vivienda²⁰ y encargado además del fomento de la construcción de viviendas económicas, todo esto en el marco de la demanda urgente de soluciones habitacionales con el objetivo de terminar con las crecientes poblaciones callampas. Sin embargo, las metas impuestas por Ibáñez estuvieron lejos de alcanzarse, lo que en parte se evidenció en los días 2 y 3 de abril del año 1957, cuando miles de personas se volcaron a las calles para mostrar su descontento. Si bien la razón inmediata fue el alza del pasaje del transporte público²¹, estos sucesos exteriorizaron, entre otros conflictos, la urgencia de cambios en materia económica y habitacional.

A partir de la constatación de esta realidad, tienen su origen dos procesos que van a contribuir en la reconfiguración de la ciudad de Santiago. Estos son, por un lado, la creación por parte del Estado de grandes poblaciones como la José María Caro, Lo Valledor o la San Gregorio. Y por otro, la organización de los propios habitantes de los campamentos, organización que en muchos casos llevó a la ocupación o toma ilegal de terrenos,

que dieron origen a poblaciones (aceptadas en definitiva por la autoridad) como La Legua, La Victoria o la Santa Adriana. Estos dos tipos de procesos están presentes en la urbanización de la comuna de Cerro Navia. Así, por ejemplo, las poblaciones Violeta Parra y Herminda de la Victoria corresponden a tomas de terreno, mientras que la población El Montijo corresponde a una iniciativa estatal, particularmente a la denominada Operación Sitio.

El antes señalado proceso de tomas ilegales de terreno no pudo haberse llevado a cabo sin un notable proceso de organización de las personas que participaron de estas iniciativas. La audacia, la solidaridad y la creatividad conjugadas dieron origen a un proceso donde el dramatismo y el tono épico no estuvieron ausentes. No es casual que uno de los discos conceptuales más notables de la música chilena —*La Población* de Víctor Jara, inspirado precisamente en la población Lo Herminda de La Victoria— haya encontrado su inspiración justamente en ese dramatismo y esa épica.

Esta población, para muchos un ícono de la lucha por una vivienda digna, fue emprendida por distintas agrupaciones de los “sin casa” de la comuna de Barrancas, todas ellas con años de recorrido en estas lides que, cansadas ya de esperar después de haber realizado las gestiones con la Corvi, abriendo libretas de ahorro o inscribiéndose en la denominada Operación Sitio, se tomaron los terrenos ubicados en la Calle San Pablo a la altura del 6.600 el 16 de marzo de 1967. Sobre esta población encontramos textos como el de Luis Moulian, *Herminda de La Victoria, Aspectos Históricos*²², donde aborda algunos de los aspectos más relevantes de la toma de la población y la importancia que tuvo la organización de los pobladores, el valor de los liderazgos, el apoyo de otros actores y de personalidades políticas. El texto menciona, también, períodos posteriores de la población durante el gobierno de la Unidad Popular y la dictadura cívico-militar.

Interesante resulta su énfasis en el rol que jugó la Iglesia católica a nivel local en su apoyo a los pobladores, en el contexto del itinerario posterior al Concilio Vaticano II y su “opción preferencial por los pobres”.

Posteriormente, el 9 de febrero de 1969 se realizó la toma de terrenos que daría vida a la población Violeta Parra. Esta toma contó con el apoyo de distintas corrientes políticas que pese a sus diferencias, fueron configurando la organización. Por aquellos tiempos el fomento de las juntas de vecinos y agrupaciones comunitarias estuvieron impulsadas institucionalmente por el gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei Montalva, pero también los partidos de izquierda participaron en la fundación y articulación de muchas organizaciones de pobladores presentes en las tomas de terreno en la capital.

La Operación Sitio fue un programa creado precisamente por el gobierno de Frei Montalva y constaba de la entrega de sitios urbanizados, con instalaciones sanitarias básicas y casas prefabricadas, conocidas popularmente como mediaguas. Este programa, dirigido a familias de allegados, puso énfasis en la inscripción de las personas en organizaciones que los agruparan. En las estadísticas existentes se sostiene que entre los años 1965 y 1966 el plan creó “Barrancas 1” con 360 viviendas y “Barrancas 2” con 626 viviendas²³.

Según Hidalgo, la Operación Sitio se fue consolidando como una solución habitacional de bajo costo para los más pobres, ya que los terrenos adquiridos quedaban en sectores periféricos poco apreciados y se apelaba más bien a la autoconstrucción para una vivienda definitiva. Así, “en el periodo entre 1965 y 1970, se entregaron alrededor de 71 mil soluciones de Operación Sitio en todo el país, de las cuales 51.881 (71,6%) se localizaron en Santiago, abarcando una superficie de 1.800 hectáreas”²⁴. Si bien estas “soluciones” recayeron en un gran número de familias, su bajo costo implicó que el resultado fuera el de viviendas pre-

carias. Para algunos, la Operación Sitio engendró, en realidad, poblaciones callampas institucionalizadas.

Se pueden constatar otros procesos que fueron configurando la actual comuna de Cerro Navia. Por un lado, encontramos que en la comuna existen varias poblaciones que surgieron gracias al ahorro cooperativo de trabajadores de algunas empresas — por ejemplo Fanaloza²⁵ — lo que les permitió adquirir terrenos donde luego cada uno edificó su casa propia. También encontramos poblaciones que fueron producto de las denominadas erradicaciones perpetradas por la dictadura cívico-militar²⁶, que consistieron en el desplazamiento obligado de pobladores desde sectores acomodados como Las Condes hacia comunas pobres como Renca, La Pintana y Cerro Navia, entre otras.

Las erradicaciones desintegraron campamentos que se originaron en tomas de terrenos y destruyeron organizaciones de pobladores, quienes fueron expulsados de los lugares que habitaban para luego ser instalados separadamente en diversos lugares periféricos. Se estima que “el proceso de erradicaciones de campamentos iniciado en 1979 por el Ministerio de la Vivienda originó un movimiento intercomunal en la Región Metropolitana de 28.703 familias, hasta diciembre de 1984”²⁷.

Es así como podemos establecer que la comuna de Cerro Navia surgió en el contexto de políticas habitacionales estatales que desarrollaron distintas formas de habitar el territorio, algunas derivadas de la autonomía de los sujetos para buscar soluciones a través de decisiones directas y otras impuestas autoritariamente. En todo caso, las diferentes maneras de acceder a la casa propia compartieron una historia de esfuerzo, que también está presente en el itinerario fundacional de la actual comuna de Cerro Navia.

Los años 80 en Cerro Navia

La ruptura social del 11 de septiembre de 1973 implicó, por un lado, una brutal represión hacia los partidos y militantes opositores al nuevo gobierno y, por otro, un esfuerzo de la dictadura cívico-militar por reestructurar la sociedad chilena a partir de fundamentos distintos en lo económico, político y social.

Esta represión recayó también sobre los habitantes de Cerro Navia, que habían participado activamente de las formas de socialización y de las luchas en torno al problema de la vivienda en los años anteriores, y donde los partidarios del gobierno de la Unidad Popular habían jugado un rol protagónico. A pesar de este protagonismo, no se dieron en Cerro Navia focos de resistencia al golpe de Estado ni en el día 11 ni en los posteriores.

Un hecho particularmente trágico que les tocó vivir a sus habitantes en condición de testigos directos, fue que en los días posteriores al golpe de Estado en la ribera del río Mapocho se arrojaron cadáveres de víctimas de la represión. Solidariamente y venciendo el miedo, algunos pobladores de Cerro Navia hicieron la entrega de estos cuerpos al Servicio Médico Legal y de manera secreta les dieron sepultura²⁸.

Uno de los cuerpos que pudo ser identificado correspondía a Carlos Alberto Castro López, poblador de la comuna. El Informe Rettig consigna cómo él y su compañero Serafín del Carmen Orellana Rojas, cuyo cuerpo no pudo ser identificado, fueron detenidos ilegalmente el día 15 de septiembre en un Club Deportivo de la comuna, siendo su cuerpo encontrado en el sector del puente El Resbalón²⁹.

Entre estos hallazgos de cuerpos por los pobladores de Cerro Navia hubo uno muy singular y más afortunado: es el caso de un joven ciudadano brasileño que, de acuerdo con el relato de Monseñor Fernando Ariztía, fue encontrado en la ribera del río luego de escapar de una patrulla militar herido de bala en un

brazo. Ayudado y acogido por una familia de la población Herminda de la Victoria, el joven pudo ser asilado en una embajada y posteriormente abandonar el país³⁰.

La represión tocó a los pobladores no solo en calidad de testigos. La población Herminda de la Victoria experimentó el hecho de que uno de sus pobladores, Luis Silva de 21 años, pasó a engrosar la lista de detenidos desaparecidos durante la dictadura.

Como antes señalábamos, la dictadura cívico-militar buscó desde sus comienzos reestructurar a la sociedad chilena a partir de nuevas bases. Esta reestructuración nos importa directamente, ya que una de sus consecuencias fue que en 1980 se estableció la división de Pudahuel y se creó la comuna de Cerro Navia. Esta decisión amerita un pequeño relato.

Ya instalado el nuevo gobierno en 1973, los militares se plantearon la necesidad no solo de reprimir a los partidarios del gobierno depuesto sino también de reemplazar las formas de socialización que habían permitido el ascenso de la Unidad Popular, enfocándose en cambiar las relaciones entre los ciudadanos y el Estado. Esto se materializó en medidas como el cambio de la administración de la salud primaria y de la educación primaria y secundaria, que pasaron todas ellas a manos de los municipios, que con estos cambios quedaron enormemente fortalecidos; de acuerdo con Verónica Valdivia, los municipios se convirtieron en “el agente estatal más importante, pues concentraron aquellas tareas que afectaban directamente la vida de las personas”³¹.

Estos cambios no solo tenían como objetivo proclamado una mayor eficiencia en las prestaciones de salud o educación, sino que también —en la práctica— la despolitización de las demandas de los pobladores. Ya no se trataba de que los pobladores organizadamente demandaran al Estado apoyados por diferentes actores —sobre todo partidos políticos—, sino de que el municipio, por su mayor cercanía, podría absorber inmediatamente esas demandas, dándoles solución en el ám-

bito local. En palabras de Eduardo Morales, “la actual política descentralizadora pretende en aras de la eficiencia, impedir las articulaciones propias del pasado a través de la corporativización de las demandas”³².

Por otro lado, el gobierno cívico-militar impulsó una transformación radical en la relación entre ciudadanos y Estado en términos de redefinir quién tenía derecho a los diversos tipos de beneficios que otorgaba el Estado. Si en las décadas anteriores se había venido afianzando una visión universalista en virtud de la cual todos los ciudadanos tenían derecho a ciertos beneficios básicos, siendo irrelevante su situación socioeconómica, el nuevo gobierno impulsó una visión subsidiaria de acuerdo con la cual el mercado redistribuiría los recursos, dejando al Estado el rol de focalizar sus prestaciones en aquellos ciudadanos más desfavorecidos, a quienes el mercado dejaba fuera de esta redistribución.

Serían los reestructurados municipios quienes, de acuerdo con esta visión, canalizarían esta ayuda del Estado a los más desfavorecidos. Esto se pudo verificar en 1983, uno de los años más críticos del régimen, pues hubo de enfrentar una crisis económica y las primeras protestas masivas. Frente a la crisis económica fueron los municipios quienes canalizaron la asistencia del Estado a través del Programa de Empleo Mínimo (PEM) y el Programa de Ocupación para Jefes de Hogar (POJH).

Esta creciente importancia de los municipios estuvo acompañada en 1981 por la creación de 17 nuevas comunas, incluyendo la de Cerro Navia, establecida con sus límites en el Decreto 13.160, segregándola de Pudahuel. La idea de crear nuevas comunas responde a la aspiración de volver más eficiente la administración municipal, donde —según palabras del entonces Ministro Presidente de Conara, General Roberto Guillard Marinot—, “al Alcalde le sea más fácil el manejo y la inversión de fondos. Lo que estaba pasando es que con organismos tan

grandes, la acción social que tenían que hacer los alcaldes no llegaba a los sectores más desposeídos, que son los que se ubican en la periferia del área”³³.

Un Estado que se planteaba la necesidad de focalizar los recursos en los sectores más desposeídos necesariamente se iba a plantear el contar con comunas socialmente homogéneas. De ahí que haya una fuerte impronta segregacionista en la nueva realidad comunal de la Región Metropolitana. El Estado necesitaba que hubiera comunas bien diferenciadas socioeconómicamente; de ahí que Cerro Navia tuviera desde su nacimiento oficial un carácter de comuna con altos índices de pobreza. La estigmatización que esto conlleva quedó dramáticamente reflejada en un reportaje sobre la comuna que un periódico realizó el mismo mes de marzo del año 1981, reportaje que lleva como título “Comuna de extrema pobreza”³⁴.

Es desde esta perspectiva que debemos entender las erradicaciones de campamentos que se produjeron durante el gobierno militar, y que implicaron en la práctica “el traslado masivo de personas de bajos recursos de comunas ricas a comunas pobres”³⁵. Cerro Navia fue parte de este proceso. Cuatrocientas familias fueron erradicadas de un campamento de Las Condes e instaladas en el sector denominado Alianza 2.

Estas erradicaciones de campamentos implicaron un gran cambio en la forma de vida de las personas afectadas. En un estudio realizado en poblaciones de otras comunas que se originaron por erradicaciones en este mismo período³⁶, se establece que, si bien para una gran mayoría de los pobladores la nueva vivienda era mejor que la que habían dejado (87,8%)³⁷, sufrían un gran deterioro en el acceso a determinados servicios. Así, se consigna que el acceso al trabajo era peor (84,8%)³⁸, al igual que el acceso a educación (48,3%)³⁹, a la atención de salud (75,7%)⁴⁰ y a la locomoción (73,0%)⁴¹; los precios, además, eran percibidos como más caros (76,4%)⁴². De modo que el

intento de solucionar el problema de la existencia de campamentos originó nuevos problemas relacionados con el acceso a servicios básicos.

Cerro Navia continuó durante la década de 1980 recibiendo nuevos pobladores. Esto se explica porque a pesar del gran impulso que durante los gobiernos de Frei Montalva y Allende tuvo la creación de poblaciones, los problemas de la vivienda persistían en el área urbana. En 1974, de acuerdo con cifras del Ministerio de Vivienda, aún había 35 campamentos en lo que entonces era la Comuna de Pudahuel⁴³. Diez años después aún había 4.279 personas en Cerro Navia viviendo en campamentos. Si bien la comuna no fue la principal comuna receptora de personas erradicadas de campamentos, había recibido un total de 7.467 personas hacia 1984⁴⁴.

La realidad de Cerro Navia en la década siguiente a su creación era, en resumidas cuentas, desalentadora. La comuna continuaba recibiendo nuevos habitantes, sin tener la infraestructura de servicios adecuada para este aumento de población. Además, cargaba ya con la estigmatización de ser una comuna de escasos recursos, como lo señalaba el titular que mencionábamos.

En la década siguiente la capacidad de Cerro Navia de recibir nuevos habitantes se terminó, por no haber más espacios rurales que urbanizar. Así, el censo del año 2002 registra por primera vez un descenso de la población comunal, lo que resulta extraño, considerando que la población a nivel regional y nacional aumentó. Mientras el censo del año 1992 registró un total de 155.735 habitantes, el censo del año 2002 solo registró 148.312. De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadísticas, esta tendencia a la disminución de la población de Cerro Navia debiera continuar, proyectándose una población total de 131.850 habitantes el año 2012⁴⁵.

Volviendo al período de la dictadura, la represión política no se remitió a los primeros días posteriores al golpe de Esta-

do, sino que continuó prácticamente hasta el año 1990, aunque con diferentes características. Esta perseverancia en la represión fue acompañada por el miedo, pero también por actos de resistencia. La Iglesia católica, encabezada por el cardenal Raúl Silva Henríquez y luego por Francisco Fresno, tuvo un importante rol en la denuncia de las violaciones de los derechos humanos que ocurrían. Tal acción de la Iglesia no solo se dio en las altas esferas, sino también en las parroquias y comunidades de base. En Cerro Navia, como en muchas comunas, fue palpable este compromiso de los católicos con la defensa de los derechos humanos. Ese compromiso se realizaba con gran riesgo por parte de los pobladores de Cerro Navia, ya que la represión podía afectarles directamente.

Es en ese contexto que el día 14 de noviembre de 1989, a pocos meses del comienzo del gobierno de Patricio Aylwin, fue detenido Héctor Pacheco Avendaño, quien participaba en un grupo de derechos humanos en la capilla Nuestra Señora de la Esperanza en la población Herminda de la Victoria. Los captores no pudieron ser identificados, y el Informe Rettig consigna su desaparición⁴⁶.

Respecto al papel institucional de la Iglesia cabe destacar el notable trabajo pastoral del obispo Enrique Alvear, quien fue vicario de la Zona Oeste desde 1975 hasta su muerte en 1982. Llegó a vivir a Pudahuel como una forma de estar más en contacto con sus feligreses. En 1962, había participado en el Concilio Vaticano II y había fortalecido su compromiso con los más pobres.

Fundador del Sínodo de la Zona Oeste en 1976, al llegar a Cerro Navia y Pudahuel se dedicó de inmediato a organizar y consolidar las comunidades cristianas del sector. En ese sentido gestiona distintas organizaciones que surgen al amparo de las parroquias, lo que permitió un protagonismo de pobladores, sobre todo jóvenes. Su activo trabajo social lo terminó convirtiendo a él mismo en víctima de la represión.

Las políticas del régimen cívico-militar afectaron profundamente a la comuna de Cerro Navia. Por un lado, algunos de sus habitantes sufrieron directamente la represión; otros fueron testigos directos de la forma de operar de los organismos de seguridad; además, las transformaciones sociales, económicas y políticas desarrolladas por el gobierno de facto —entre las cuales se contó la propia creación de la comuna— terminaron generando un modelo de sociedad que se asienta hasta el día de hoy en una realidad de segregación socioeconómica, pobreza y estigmatización.

Capítulo II

LOS TESTIMONIOS

LOS TESTIMONIOS

Cerro Navia es una comuna relativamente joven: menos de 35 años en la historia de una ciudad de casi cinco siglos. Sin embargo, la historia de su poblamiento sigue en gran medida los lineamientos o patrones históricos de habitación de los pobres en la capital: ocupación de los márgenes, planificación gubernamental discrecional, desarraigo, exclusión y control social. Pese a lo anterior, la particularidad de su poblamiento, una mezcla de planificación social y poblamiento espontáneo, la dotó de identidad propia. Una identidad que aflora en los relatos de sus pobladores al reconocerse parte de una comunidad local que circula en torno a los márgenes del río Mapocho y las avenidas San Pablo, José Joaquín Pérez, Salvador Gutiérrez, Mapocho, Huelén, la Estrella y Carrascal.

La construcción de Cerro Navia es un resumen en un plano local del derrotero del país en las últimas seis décadas: cuestión social, políticas habitacionales-inclusivas pero insuficientes (expresadas en la Corporación para la Vivienda), tomas de terreno, el gobierno socialista derrocado por un golpe de Estado, planificación neoliberal, aniquilación de organizaciones populares, disgregación social y luego, pese a todo, organizaciones de base, muchas veces al alero de la Iglesia.

Los relatos expuestos a continuación son un capítulo de aquella pequeña, íntima y local historia de una parte de la ciudad. No obstante, es el reflejo significativo de la construcción del Santiago de las últimas décadas. Una obra que necesariamente debe ser reconocida, partiendo por sus propios protagonistas.

ANA MONTERO
“¡Yo siempre pedí una casa así!”



Ana Montero nació en las cercanías de Temuco, el 18 de agosto de 1952. En su adolescencia emigró del campo a la ciudad y se estableció en el sector de Las Condes luego de casada. Vivió junto a su familia en dos campamentos, para luego ser erradicada junto a miles de familias a comunas periféricas de la ciudad durante la dictadura cívico-militar. En su caso, Cerro Navia, Villa Alianza 2.

Yo soy de Temuco, del sector de Manquehue, eso queda en el campo. Nací el 18 de agosto del año 1952; actualmente tengo 60 años. Éramos seis hermanos; yo soy la segunda... después de mi hermano vengo yo.

A los trece años emigré y me vine a Santiago a trabajar de asesora del hogar; me vine sin conocer a nadie. Mi papá me dijo: “Hija, te tengo un trabajo para Santiago”. Yo no había salido nunca, nunca, de mi casa.

Mi papá en ese entonces era muy bueno para el trago, todo lo que él ganaba se lo tomaba y nosotros con mi mamá vendíamos verduras. Yo creo que nos demorábamos una hora en lo que caminábamos para llegar al pueblo. Recuerdo que me echaban un

saco aquí adelante y otro atrás; traíamos cilantro, acelga, perejil, puerros; hartas cosas.

Mi mamá venía con unos medios ramos de flores, así que nosotros teníamos que callejear harto para vender las cosas. Nunca fui al colegio, yo no sé leer y eso me da mucha vergüenza, sé poner mi nombre y nada más.

Yo quise trabajar en Santiago para ayudar a mi familia, o sea a mi mamá, porque ella se sacrificaba mucho. Es que allá había mucha lluvia, mucho viento, ese viento que botaba las cosas, aquí no hay esos vientos. A veces, cuando yo iba a buscar agua, venía con los baldes y el viento me botaba y tenía que volver a buscar a los pozos que estaban a un kilómetro. Descansábamos, volvíamos, seguíamos, descansábamos, seguíamos con los baldes de agua.

Recuerdo que llegué a Santiago ganando veinticinco... ¿centavos sería? Parece que eran pesos. Llegué a Ñuñoa a una casa puertas adentro, de ahí yo nunca salía porque no conocía Santiago. Después ellos me iban a dejar al tren para ir a vacacionarme a mi casa. Y cuando volvía me mandaban a buscar en un taxi y llegaba directo a mi trabajo. Duré diez años trabajando ahí, pero nunca me pagaron imposiciones, nada me pagaron.

Luego conocí a mi esposo, lo conocí por intermedio de una amiga. Él era jardinero y yo era asesora del hogar. Después de un tiempo de conocernos nos fuimos a vivir juntos a la casa del papá de él, en Hernando de Magallanes, en Tomás Moro con Apoquindo. Luego mis suegros se fueron ahí a Tabancura, y nosotros empezamos a postular para la vivienda que tenemos ahora aquí.

El sector donde vivíamos en Las Condes era población, o sea campamentos como le llamaban en ese entonces. Pero alrededor no... eran puras casas preciosas, y nosotros estábamos metidos al medio, éramos como un nido.

En esos tiempos era muy incómodo vivir con mi suegro porque mi suegro era como una suegra para mí, yo lo encontraba así porque él nunca me aceptó a mí como la esposa de su hijo. Mi

marido era de ojos verdes, alto, él decía: “Porque la persona que es mapuche no es para mi hijo. Así que tiene que ser una rubia de ojos verdes”. Y como yo era morena y como soy mapuche, no me aceptaba. Pero al final yo gané porque después tuve a mi suegro aquí en mi casa cinco años enfermo.

Allá en el campamento había agua potable, pero había que ir a buscarla a una llave común. Todos íbamos a buscar agua ahí, así que el que llegaba primero se apropiaba de la llave, y a veces era muy dificultoso tener agua. Yo madrugaba para dejar agua guardada porque no me gustaban los conflictos. No teníamos luz, pero nosotros nos colgábamos —toda la gente hacía lo mismo— pero por lo menos teníamos una casa grande porque eran sitios grandes.

Entonces, para irnos de ahí, nosotros fuimos a Serviu a hacer todos los trámites. En ese entonces había que pagar 500 pesos para postular, para sacar una libreta. Teniendo esos 500 pesos depositados en el banco uno iba al Serviu. Pusimos 250 pesos cada uno y depositamos la plata. O sea, yo era la más entusiasta porque mi marido como era medio picaflor y este... Así que quería tener mi casa, y gracias a Dios estoy orgullosa de lo obtenido.

Había una persona que estaba encargada de elegir a la gente, él seleccionó a las más tranquilas. La gente conflictiva se fue para la Marina Gaete en San Bernardo; así dividían a toda la gente. Era la misma gente del campamento, pero la más peleadora, conflictiva, esa la fueron dejando a donde pica la jaiba; decían: “Porque allá es donde están los más malos también, se juntan todos”. Y a la gente tranquila la mandaron toda acá, 360 familias llegamos aquí. A nosotros nos dijeron “así que ustedes se van a Pudahuel (esto era Pudahuel antes), los demás para allá tanto, tanto cual” para todos lados. Sacaron todo ese campamento de ahí, ahora está hermoso, hay un edificio de lo más lindo. Si está en pleno Kennedy, muy diferente de cuando vivíamos nosotros.

Aquí llegamos a una casa nueva, nueva, no eran casas usadas. Estaban destinadas para los carabineros, y ellos las rechazaron,

dijeron que eran muy chicas, no aceptaron las casas. Y fuimos los afortunados nosotros porque nunca nos ha pasado nada en esta casa, nunca se ha anegado, no le ha pasado nada, ahora las casas se llueven por todos lados, parecen casas Copeva, le dicen. Pero no, nosotros no, gracias a Dios, nada.

Mi marido no quería venirse, claro, él trabajaba allá, iba a jardinear, salía con sus máquinas, todo el día caminaba y llegaba a los trabajos. Acá no había locomoción para llegar allá —era muy difícil para nosotros— pero yo me acostumbré al tiro porque era una alegría con la casa, yo siempre pedí una casa así, la encontré hermosa porque allá siempre nos llovíamos. Yo tenía, por ejemplo, una piececita así que no se nos llovía y ahí mantenía a mis niños mientras todo lo otro se mojaba.

Cuando llegamos acá a la Alianza 2, llegué con pura gente que yo no conocía, que era de allá, pero no conocía. El problema más grave que tuvimos nosotros es que yo cocinaba a leña y eso a la gente le molesta mucho —el humo— pero lo hacía porque me pagaban muy poco, demasiado poco y para los cinco niños estudiando y todo, no me alcanzaba, y la leña... donde usted andaba había leña.

Bueno, de aquí salía todos los días a trabajar y dejaba solos a mis hijos de lunes a sábado. Había que tomar harta locomoción para llegar, y yo que trabajaba arriba, muy lejos, me demoraba alrededor de tres horas o cuatro horas.

Llegaba a ver a mis hijos, y a veces lavaba hasta la una de la mañana, dejaba enjuagada la ropa porque en ese entonces no había lavadora, yo lavaba a pura escobilla. Al otro día me levantaba temprano, tendía la ropa y me iba a trabajar. Iba a tomar la micro allá en Diagonal Reny, ahí pasaba la Estados Unidos.

Trabajé muchos años para allá arriba, pero yo creo que estoy hace como quince años sin trabajar. Dejé de trabajar porque me sentía muy discriminada. Yo no tenía dientes, por eso no me daban trabajo y me decían: “Mire, ¿sabe por qué no la voy a tomar? No la voy a dejar porque yo no quiero que una persona que no

tenga dientes venga a servirme”. Yo me sentía pésimamente mal, porque si uno tuviera la plata por supuesto que no andaría así. Si tuviera los medios como uno hacerse las cosas no va a andar así. Si no tiene los medios, ¿qué va a hacer uno? Entonces dejé de buscar trabajo. Cada vez que iba a una casa y me decían “no”, o si no me decían: “No, esta mujer es muy fea para que venga al comedor a servir la comida, cómo va a venir, pero mamá, cómo nos va a atender una persona así en medio, traer esta persona que nos venga a servir aquí, tienes que buscar otra persona más...”.

Me han dicho mis hijos que venda y me vaya de aquí, y yo no quiero irme, me dicen que la casa ya es muy grande para mí y yo les digo que no, yo tengo todas mis cosas aquí, me gusta aquí. Volverme a cambiar me da temor, volver a conocer gente nueva, volver a hacer nuevas amistades. Además, yo diría que estoy feliz, porque participo mucho de cosas, salgo de mi casa y soy feliz. Me gusta, me gusta mucho, me gusta compartir con la gente. Porque también es mi casa, me costó sacrificio tenerla y por eso mismo digo que no la quiero vender. Mi hija me dice: “Mamita, mejor que la venda, viva en otra casa porque fue puro sufrimiento esta casa”. Dice: “¿Para qué la va a tener? Véndala, le costó puro sufrimiento con mi papá”. Pero yo digo tanto sacrificio para decir “pucha, voy a vender esto y me voy de aquí”. En Cerro Navia altiro me aclimaté, me gustó, nunca sentí rechazo, nada, como que hubiese vivido toda una vida en esta casa.

VICENTE ORTIZ

**“Lo que he logrado como persona, como ser humano,
es Cerro Navia”**



Don Vicente Ortiz nació en Los Ángeles en 1949. Se trasladó del campo a Santiago en busca de nuevas oportunidades. Trabajó por años como operador de máquinas y llegó a lo que es actualmente Cerro Navia por la denominada Operación Sitio. Don Vicente se caracteriza actualmente por su compromiso con la comunidad.

Mi nombre es Vicente Ortiz, nací en Los Ángeles en el año 1949. Después nos trasladamos a Mulchén con mi familia. Mi papá era carpintero. Desde chico trabajé vendiendo frutas en la calle en Mulchén. Por ejemplo: naranjas, limones y plátanos. Los vendía en un canastito, para comer. Porque lo que ganaba mi papa no alcanzaba, además que el asunto de la carpintería no ha sido nunca un empleo fijo. Se termina la obra y chao nomás. Debido a esto nosotros siempre tuvimos que trabajar desde chicos para comer. Aunque suene cruel la cosa, pero teníamos que hacerlo para poder comer.

La familia de nosotros fue numerosa, somos seis hermanos. Llegó un momento en el que dije: “¿Qué voy a hacer?”. Por mi

estatura y por mi estado físico —que era delgadito— no tenía ninguna posibilidad de trabajar en el campo con el arado, que era donde se aseguraba la comida. Porque en el campo le daban por lo menos a usted un plato de porotos y un pan grande que se llamaba “la galleta”, con eso usted se mantenía durante el día. Le daban una ración de harina tostada, y con eso se podía vivir.

Me inscribieron en el servicio militar y lo hice en Los Ángeles. Mientras tanto —antes de llegar a Los Ángeles— trabajé en una tienda de baterías como vendedor. Y de ahí me tocó el servicio militar. Cuando hice el servicio militar, me fui con los zapatos rotos. En la tienda de baterías me conocían bastante, me pasaban una bicicleta, yo salía a cobrar a los clientes morosos y me ganaba una comisión por eso. Regresé después a la tienda porque me reservaron el trabajo, pero no me ofrecieron ni un peso más, sino que exactamente lo mismo que ganaba antes de irme. Entonces yo puse las cartas sobre la mesa. Conversé con mis papás y les dije: “Yo no puedo hacer eso, yo ya soy mayor de edad, tengo que pensar en mí y en mi futuro, yo no quiero llevar la vida que hemos llevado como familia nosotros”. A pesar de que era una vida bien agradable porque mis padres eran bien amorosos. Pero para sobrevivir yo tenía que tratar de hacer algo que fuera mejor que eso, porque yo algún día tendría que buscar una compañera, tendría que tener una casa donde vivir.

Entonces me vine acá a Santiago a aventurarme más o menos en el año 1965. Tomé el tren y me vine encomendado a Dios solamente. Traté de conocer lo mejor que pude aquí, porque cuando uno viene de provincia y no ha venido nunca a Santiago, se le hace un mundo de edificios. La Alameda y el río Mapocho son, digamos, el mapa que trae uno cuando viene de provincia. Entonces recorriendo la Alameda, por el costado del río Mapocho, me daba cuenta para qué lado estaban el este y el oeste. Empecé a buscar trabajo y encontré en textil Pollak.

Llegué a Pollak a barrer, por supuesto. Partí de abajo, de cero. Pero yo venía muy interesado en aprender. Así que Pollak fue

mi universidad. Aparte yo venía con una preparación intelectual de cuarto año básico. Y diríamos que por el roce de la calle tenía como sexto año. Luego que hubo una oportunidad, entré a trabajar a un departamento de tejidos. Ahí aprendí, aparte de barrer, a lubricar máquinas. Ingresé como operador de máquinas, ahí yo hacía dos turnos. Trabajaba todo el día sábado, toda la noche, y me iba a la casa en la mañana. Aprendí a ser operador de todas las máquinas de la sección. Entonces a la máquina que le faltaba un operador, yo me quedaba.

En aquella época existían los sindicatos que eran los defensores de los trabajadores, cosa que hoy día no hay, porque el empresario se encargó religiosamente de ir eliminando los sindicatos. Entonces los sindicatos eran los defensores de los trabajadores sin experiencia. Los provincianos que llegábamos en esa época teníamos los sindicatos que nos defendían frente a la ley. Porque uno cuando llega, llega como pajarito nuevo, no sabe nada de nada, no sabe a quién pedirle una ayuda respecto a trámites legales con una empresa.

Al principio llegué a vivir a un hotel en el centro, con la plata que tenía ahorrada. Al poco tiempo de trabajar en Pollak, por intermedio de un guardia de seguridad que vivía en Dr. Brunner, en Lira con 10 de julio, tuve la opción de cambiarme. Me llevaron él y su señora —que descubrimos que era medio pariente mía—, un día a su casa para que viviera en la casa de ellos. Cerca de la casa de ellos arrendaban piezas, y por supuesto, me salía mucho más barato que estar en el hotel. Me arrendé una pieza, me compré mis cosas de cama, y ahí viví un par de años. Emilia se llamaba la señora esta que vivía cerca, que era medio parienta. Ella era muy buena; fue como mi mamá. Muy buena, la señora.

Después empezaron el asunto este de las tomas de terreno, los comités para Operación Sitio se llamaban. En el trabajo éramos todos trabajadores de las comunas dormitorios. Entonces uno en el trabajo, en el momento libre, a la hora de colación en el mismo taller, se encontraba con un compañero que también

estaba esperanzado en la Operación Sitio. Y uno se iba a inscribir en la Corvi. Había que colocar 68 cuotas en esa época, para postular a un sitio, y eso hice yo. Saque una libreta de ahorro, me inscribí en la Corvi.

Ya estaba pololeando con mi señora, así que ya había que pensar en otra cosa. Entonces de ahí me vine a la casa de un tío mío en la población Estrella, en San Pablo con La Estrella, más o menos. Estuve como dos meses viviendo en la casa de mi tío, más que nada porque mi señora vivía a tres casas de la casa de mi tío. Entonces de ahí planificamos todo, y mi señora asistió a las reuniones de los comités de la Operación Sitio, y salimos asignados.

Yo después me junté con mi señora, nos casamos y arrendamos. Arrendamos en la población Estrella, donde arrendaban piezas para matrimonios solos. Y de ahí siguió mi señora perseverando en el asunto de las reuniones hasta que, como decía, hicimos los trámites en la Corvi, escribir y todas esas cosas. Así que nosotros estábamos asignados cuando empezaron a aparecer las famosas tomas.

Afortunadamente, cuando se tomaron el sector en el cual yo vivo actualmente, el Gobierno hizo respetar primero los asignados, y después los de la toma. Y a todos les exigieron las 68 cuotas; entonces no sé cómo se las arreglaron. Había hartos comités, yo estaba en uno de ellos, y afortunadamente nos respetaron a todos nosotros y me asignaron mi sitio. Pagamos las 68 cuotas de la Corvi y nos entregaron un sitio desocupado, con un palito, con unas mallitas; ese era nuestro sitio, asignado por un número, y ahí había que hacerlo todo no más. El sitio venía pelado, no había luz ni alcantarillado.

Cuando llegamos acá, era un potrero; había tomates, había chacras, surcos. Pero lo que más había en el lugar mío eran tomates. O sea, surcos donde hubo tomates. Recuerdo siempre que había dos sauces grandes, en lo que era mi sitio, dos sauces grandes. Todo este sector se llamaba Violeta Parra.

Entonces nosotros teníamos que comprar la tablita para

hacer las puertas, la tablita para cerrar. Todo era con tablita en aquella época, porque en aquella época no había ladrones viciosos que entraran a robar a las casas, afortunadamente, porque éramos todos gente de trabajo.

En la construcción de la casa trabajábamos por turno. Se dormía poco y avanzábamos lo que se podía en la casa, porque hay veces que uno tenía plata y compraba materiales. Ahí —fuera carpintero o no lo fuera— había que clavar clavos, había que parar la casa. Después que tuve un par de murallas de madera en el sitio, me metí en una casa prefabricada. Me ayudó el sindicato de mi empresa para que me hicieran un préstamo y yo compré una casita prefabricada. Después de esa casita seguí juntando platita y empecé a agrandarla un poquito.

No recuerdo si la Corvi fue la que hizo la urbanización. Me parece que la Corvi trazó las calles. Y no recuerdo quién fue que colocó unos grifos en las calles para que tuviéramos agua. Antes de los grifos venían unos camiones cisterna y nosotros íbamos con un tarro y con una manguera para poder llenar nuestro balde con agua. Era una cosa bien denigrante por un lado, entretenida por el otro, porque teníamos que andar corriendo con el tarrito detrás del camión; hasta que nos colocaron los grifos en algunas esquinas. Y en los grifos ya era otra cosa, las colas eran inmensas para llenar los baldes con agua.

La luz fue una cosa que vino después, como una especie de lujo para nosotros. Estábamos tan acostumbrados a la vela, al lamparín, que la luz prácticamente no hacía falta. Había radios a pilas y lo que yo escuchaba casi no lo entendía, porque hablaban de política.

Cuando mis hijas estudiaron, estudiaron en un colegio, 405 parece que se llamaba. Es donde ahora está el liceo de la población, en Avenida Estrella con Río Douro. Ahí estaba la escuela. Y ahí iniciaron los estudios mis hijas, las que hoy en día son profesoras. Tengo tres hijas: una es profesora básica; la otra, de biología; y la otra, química analista.

El tema del transporte era terrible, porque para llegar a donde estaban las micros teníamos que ir poco menos que con botas de nylon. Si no, llegábamos embarrados hasta el cuello, porque para que la urbanización fuera completa y hubiera salidas de calle, había que esperar una eternidad. Entonces, nosotros teníamos que salir acá a Huelén, que en ese tiempo se llamaba Florencia, a la altura de la Endesa con Mapocho, desde ahí salían las micros. Y después llegaban por La Estrella con San Pablo. Así que había que hacerlo donde quedara más cerca, porque para la pega mía yo tenía que saber llegar a Matucana. Y ahí tomaba en la diagonal. Y esa me dejaba en Pedro de Valdivia con los Plátanos.

Empezamos a organizarnos con los nuevos vecinos. Primero que nada nos organizamos deportivamente. Formamos un club deportivo que se llamó 9 de febrero. Porque así se llamó la población en principio. Años después el “Capitán General” nos obligó a cambiar el nombre del club y entonces le pusimos Aviación. Porque había cabros que eran hijos de gallos de la aviación, que jugaban en el club, y nos consiguieron ser una filial del club deportivo Aviación en aquella época, que era un club deportivo profesional.

En esos primeros años acá se formaron clubes en varias partes, porque con las tomas se hicieron poblaciones en hartos sectores. Entonces empezaron a aparecer los campeonatos de fútbol con una población de allá, otra de acá y así. Nos organizamos deportivamente, y jugábamos con clubes de adultos e infantiles también.

Cerca de mi casa estaba la sede de la junta de vecinos también. Era donde nos reuníamos; teníamos una casita donde teníamos las cosas de la junta de vecinos, la número veintiocho. El terreno hasta ahora es de nosotros, con título, con escritura, con todo. Así que ningún gobierno nos va a tirar a nosotros de aquí, porque eso pertenece a la población. En el andar hicimos muchas cosas; hicimos cursos de capacitación para dirigentes y yo llegué a ser presidente de la junta de vecinos. Fui presidente de mi club también.

Formamos una iglesia católica en la esquina de mi casa. Hicieron la “operación ladrillo”. Me acuerdo que nosotros trabajábamos y las señoras con carretillas traían los ladrillos. Y los fines de semana trabajábamos nosotros los dueños de casa en la creación de la Iglesia Cristo Resucitado. La parroquia está aquí, en la esquina de mi pasaje y se construyó por la donación de los ladrillos que cada uno podía donar y así se fue haciendo.

En esos tiempos había agitación política. La Unidad Popular era lo que más sonaba en los barrios. La Unidad Popular se hizo muy famosa porque buscaba mejorar las condiciones económicas de los trabajadores. Entonces los trabajadores apoyaban a la Unidad Popular. Yo por mi trabajo tenía muy poco tiempo para participar en asuntos políticos y no me gustaba mucho esa parte. Yo participaba más en el fútbol, acá en la población, y también participé en la empresa. Hacíamos campeonatos dentro de la empresa, así que deportivamente estuve más ocupado que socialmente. También era una labor social por lo demás.

El año 1973 estaba muy revolucionado todo. Se esperaba que en algún momento algo pasara, pero nosotros no teníamos experiencia del asunto de los golpes militares, no sabíamos en aquella época de eso. Pero se esperaba que algo fuera a pasar porque la cosa no andaba, andaba al lote. El día 11 de septiembre yo iba en micro al trabajo y se escuchaba una balacera. Entonces el micro llegó hasta Matucana y nos dijo: “Yo llego hasta aquí no más chiquillos, yo me devuelvo para abajo. El que quiere se devuelve conmigo, el que quiere se baja acá y se las arregla para poder llegar a su destino”. Entonces yo me devolví en la micro. Y ahí se produjo el golpe de Estado.

Muchas veces después nos vinieron a sacar de la casa para llevarnos ahí a una cancha, para trajinarnos, para ver nuestros documentos. En mi caso particular dos veces viví los allanamientos. En el caso mío fue bastante prudente el actuar de los milicos y de los pacos cuando fueron, porque en mi casa me encontraban a mí como dueño de casa. Yo tenía dos niñas chicas y mi señora.

Era trabajador de pobla y tenía mis libretas al día, con mis depósitos. Entonces tenía cómo justificar que yo era un hombre de trabajo.

Pero no digamos que me la llevé tan pelada. Porque cuando iban a la casa a allanar, no me decían amablemente: “Señor, ¿tendría la amabilidad de subir al camión?”. ¡A patadas nos subían al camión! Y nos llevaban a una cancha a asolearnos todo el día. Después allá nos decían: “Ya, váyanse para sus casas”. Eso después de haber pasado humillaciones en las colas. Y de allá teníamos que venir a pie para la casa. Por ejemplo un día nos llevaron al estadio de Barrancas, que quedaba lejos de mi casa. Y de ahí tuvimos que devolvernos a pie, algunos conocían y otros no conocían.

Aquí también la Iglesia para algunos fue necesaria en tiempos de dictadura. Fue bastante acogedora para la gente que necesitaba un espacio donde pudiera encontrarse con los demás, es un rol que aún cumple.

Cuando allanaban sabían que nosotros no íbamos a llegar a la pega, los que vivíamos en la población, llegábamos y decíamos que no nos habían dejado salir. Se comprendía, y yo creo que eran ellos mismos los que planificaban los allanamientos. Los industriales, los empresarios, los milicos.

El lugar donde yo vivo pasó a llamarse Villa Federico Santa María. Jamás nos consultaron si nos gustaba el cambio de nombre. Incluso nosotros firmamos cuadernos completos pidiendo conservar el nombre de la población, 9 de febrero, y nunca se llegó a nada.

En la época de dictadura también se formaron las comunas, y entonces esto se pasó a llamar Cerro Navia. Todo esto era Barrancas antes. Yo creo que hasta Renca era Barrancas. Entonces se separaron las comunas. Y lo que me da más pica, es que no hay nada en la comuna que se llame Barrancas. ¡Nada! Nosotros deberíamos tener acá una población Las Barrancas, no sé, deberíamos tener algo significativo que se llame Las Barrancas.

Yo antes me dedicaba a la pura pega. Cuando realmente yo me dediqué a la labor social, fue cuando quedé sin pega. Se cerró la industria textil Pollak, no había trabajo en ninguna parte, andábamos como mil trabajadores pateando piedras en las calles, tenía que hacer algo. Entonces me acogí a la jubilación anticipada. Como yo siempre en Pollak había tenido los mejores cargos, tenía buen fondo para jubilar. Y de ahí mi primera incursión fue en la junta de vecinos, y salí de presidente altiro. Al año siguiente me querían elegir de nuevo y salí elegido otra vez.

Había que organizar a los vecinos porque en aquella época nosotros ya teníamos una junta de vecinos buena, que era una de las mejores de aquí. Nosotros por proyectos participativos hacíamos veredas. A veces la Municipalidad se colocaba con arena y ripio para la pavimentación de la calle. Entonces muchas veces ponía un par de sacos de arena mi vecino y un par de sacos yo, y pavimentábamos nuestro frente. Nosotros mismos llegábamos después de la pega a hacer mezclas. Las calles y las veredas se hicieron así. Los niveles muchas veces no estaban muy buenos. En la municipalidad, tanto ayer como hoy, los tipos que mandan a vigilar las pegas no saben nada de las pegas. Si tienen que ocupar 100 sacos de cemento, ocupan 60, 70 a todo reventar; y el resto, negocio.

Me acuerdo del alcantarillado, que era un problema para nosotros. Me acuerdo que vinieron de una universidad unos estudiantes, y nosotros pagábamos a la municipalidad para que nos hicieran los planos, porque tenían que estar hechos legalmente para que las cosas quedaran bien. Yo me recuerdo que el alcantarillado en mi casa lo hice yo, y la matriz también. Tres metros para abajo me tenía que hundir para sacar tierra para poner los tubos, hundir la cámara y todo eso. Y yo siempre he sido chico y flaco, me recuerdo que me metía con la pala y la sacaba. Fue una cosa sacrificada pero bonita, porque yo trabajaba a una hora, el vecino también a otra hora y tirábamos la talla.

Otro tema en el que he participado mucho es en lo relacionado con el adulto mayor. Actualmente soy consejero del Servicio

Nacional del Adulto Mayor, Senama. Pero siempre pregunto en las reuniones: “¿Cuál es el beneficio para los adultos mayores?”. Me dicen que tenemos casas allá en San Bernardo. Fui a verlas el otro día en una comisión de Senama. Claro, son casas que le entregan a la gente sola, que no tiene donde vivir, no tiene familiares ni nada, y a veces no tienen cómo trabajar. Y entonces les entregan una casa a concesión. Cuando fallecen, la casa se la entregan a otro. O sea, ellos nunca van a ser dueños de sus casas, son casas concesionadas. Donde yo me crié cuando niño, era una casa concesionada. ¡Estamos volviendo exactamente al pasado! Antes eran de derecha y ahora son de derecha también, si ellos dan vuelta sobre el mismo círculo.

Yo tengo hace años un grupo del adulto mayor que llegó a tener 50 socios. Y yo por lo que luché, para darles satisfacción a mis socios, es por juntar fondos para después darnos un lindo paseo. Por ejemplo, este año fuimos al Valle las Trancas, donde está la Cueva de los Pincheira.

Creo que en Cerro Navia se ha progresado, ha llegado mucha gente, a veces con recursos, otras sin recursos. Y se ha logrado avanzar. Se ha agrandado la comuna, ha ido mejorando, tal vez con proyectos municipales o del gobierno. Porque hoy día usted se inscribe en un proyecto y le entregan una casa a menos costo que lo que nos costó a nosotros, tabla por tabla, clavo por clavo.

Yo felicito a las personas que han tenido la oportunidad hoy en día de poder luchar y tener su casa, porque la misma red social que hoy día está tan extendida acá en la comuna, ayuda a las personas. Se crean comités en las juntas de vecinos, hay más información para que a la persona le cueste menos llegar donde deberíamos todos poder llegar. La comuna ha crecido, está más bonita, a pesar de que hay lugares que están medios botados, que los hay. A pesar de que dicen que no hay pobreza en Chile ya. Pero, eso sí, antes cuando había una población marginal que no tenía bienes, los vecinos de los costados tenían un espíritu de

cooperación que hoy no es tan así. La gente es un poquitito más egoísta.

Siento que mi casa es todo lo que logré en mi vida, como hombre, como dueño de casa. Y me siento orgulloso de eso. Y no me iría, yo creo que no me iría. Me arreglaría, sí, mejoraría. Y Cerro Navia es como mi segunda cuna, mi segunda ciudad natal. Yo nací en Los Ángeles, me crié en Mulchén y vivo en Cerro Navia. Esa es mi vida. Lo que he logrado como persona, como ser humano, es Cerro Navia. Y desde ahí he ayudado a mi comunidad, a mis vecinos, y he ocupado cargos sociales.

CORINA ÓRDENES
“De aquí no me he movido más”



Corina nació en 1933 en las cercanías de Rancagua. Perteneciente al Partido Comunista, construyó junto a su marido la casa propia en la población Liberación.

Mi nombre es Corina Órdenes Rebolledo, yo nací en Perales, en una hacienda que queda cerca de Rancagua para el lado del Teniente, pero por otro camino, en un fundo. Nací en el año 1933 y tengo 80 años.

Yo a este sector llegué en el año 62, pero antes ya había vivido en la comuna de Cerro Navia. De ahí me fui a Renca y de Renca me vine aquí. Llegué aquí mismo, a la población Liberación. Cuando estábamos en Renca, mi marido compró un sitio aquí y nos vinimos al tiro y de aquí no me he movido más.

Esta población se formó por un grupo de gente que se juntaron por medio de un partido político y empezaron a vender los terrenos. El Partido Comunista compró este terreno y lo empezaron a vender y nosotros empezamos a pagar y así compramos.

Llegamos aquí y no teníamos ni un palo parado, llegamos en junio y hacía mucho frío, pero con mi marido teníamos unas piececitas allá en Renca de adobe, entonces los que le fueron

a ayudar sacaron los adobes enteros y con eso él hizo un altito —una muralla pequeña— y ahí pusimos la cama y dormimos la primera noche. Llegamos un día sábado y altiro se hizo una pieza, nos ayudaron algunas personas. Era una pieza de adobe y madera, además teníamos planchas de lata gruesa, porque él trabajaba en Socometal y se las dieron. Armamos como una media-gua y ahí estuvimos hasta que de a poco hicimos la casa. Gracias a Dios salió bien firme, porque ha resistido varios terremotos y no nos ha pasado nada.

Cuando nos vinimos hicieron una reunión y dieron números y los sitios estaban numerados. Entonces a cada uno le tocó su número y ahí llegamos al sitio que nos correspondía. Para el agua tuvimos que hacer una noria porque no teníamos agua, no teníamos nada. Entre los dos con mi esposo hicimos la noria. Yo le tiraba el balde con tierra para arriba, se llegó a enfermar, le dio bronconeumonía, porque donde transpiraba y llegaba y salía para arriba altiro, entonces se enfermó. Cavó como ocho metros más o menos.

Acá la gente comenzó llegando de a poco, cuando nosotros llegamos había como seis familias viviendo aquí. Estaba todo pelado, para allá estaba el yuyo así de alto, y cuando llegaban las familias lo iban cortando. Para allá abajo era una laguna que se hacía cuando llovía. La luz también era un problema, porque cuando llegamos no había y pusieron unos cables tirados para colgarse allá y sacar luz para toda la población, hasta que se pusieron los cables, se demoraron eso sí, pero los pusieron.

Era difícil vivir acá al comienzo porque no teníamos ni locomoción. Teníamos que ir al frente de la parroquia que hay en Salvador Gutiérrez para arriba a tomar la micro, por ahí pasaba la liebre Santa Julia, ahí en la Endesa había una casa que se llamaba la casa de vidrio y ahí paraba la Mapocho-Endesa, esa nos llevaba al centro y la Carrascal-Santa Julia nos llevaba a la Alameda.

Desde de un comienzo en este sector tuvimos una directiva. Ellos sacaron la luz, pusieron el agua después, fueron consiguien-

do de a poco esas cosas. En reunión de pobladores íbamos nombrando la directiva, pero cuando llegamos ya había una, porque estaba la población dividida en tres sectores. Llegó el primero, después llegó el segundo y después llegamos nosotros que era el tercero, fuimos los últimos en llegar.

Acá el Partido Comunista organizaba todo, nos obligaban a participar. Incluso después que pasaron los años no querían entregarnos las escrituras de los sitios, porque decían que entregándonos las escrituras nosotros nos íbamos a retirar del partido. Pero unas señoras, de las que llegaron últimas quedaron en la directiva, ellas hicieron todas las diligencias y sacaron las escrituras. Resultó como ellos decían, una vez que tuvimos las escrituras, muchas nos retiramos, aunque yo me retiré años después. Yo creo que nosotros ayudamos al partido, porque la sede que allá tienen en Salvador Gutiérrez, en la esquina de 3 de julio con Florinda Silva, esa la hicieron a costillas de todos los pobladores. Se hacían ramadas para los dieciochos, se hacían fiestas y se iba haciendo la plata para hacer la casa del partido.

Acá vino Allende a la población, me gustó ese periodo, yo apoyaba al Gobierno de Salvador Allende, mucho. Me gustaba como persona, como Presidente, porque cuando hubo la escasez, nosotros no tuvimos escasez porque nosotros nos organizamos de tal forma que había una señora que tenía un sobrino que trabajaba en la Vega, y ese caballero nos traía verduras una vez a la semana a un local en Salvador Gutiérrez y ahí se vendían las verduras. Además como mi marido trabajaba en Socometal ahí le vendían mercadería y acá en los almacenes que había, se organizaron y abastecían la población.

En ese tiempo ya tenía a mis cuatro hijos y ellos cuando sabían que iban a vender alguna cosa —té, cualquier cosa— ellos allá iban y se metían a las colas, aunque no hubiera necesidad, porque lo pasaban bien se iban a las colas. A veces conseguían cosas y otras veces no conseguían nada. El mayor en ese tiempo tenía como doce años más o menos. Yo tuve cinco hijos en rea-

lidad, pero una se me murió, tenía un año cuando se murió. Así que tengo tres hombres y una mujer. Y después llegó un hermano de ocho años, llegó a mi lado y aquí se crió con nosotros, era un niño, tenía la edad de mi niña, se crió como un hijo más.

El golpe de Estado afectó bastante a la población, porque los dirigentes más activos tuvieron que esconderse, escaparse, por suerte mi marido no tuvo problema porque él era dirigente de Socometal, así que un tiempo no fue, pero después lo llamaron porque había pasado el peligro. Siempre pasábamos susto, aunque gracias a Dios, no le pasó ninguna cosa.

Después del golpe cambiaron muchas cosas, porque nosotros antes éramos muy unidos y después la gente se quedó cada una en su casa, ya no salía, ya no nos juntábamos, la vida de vecinos como que se terminó. Vivía una dirigente acá, que era del Partido Comunista y a ella la buscaron mucho, ella se llamaba Guadalupe Cerda. Ella se paseaba por todas partes y nunca la encontraron, así que aquí no pasó mucho.

Acá con el cambio de comuna, después qué pasó de Pudahuel a Cerro Navia, encuentro que no cambió nada, las comunas siguieron igual, con el barro, sin luz, no hubo mejoras, nada. Igual tuvimos que pelear mucho para que pavimentaran, eso fue ya como en los 90. Para mí no ha cambiado en nada, porque siempre quedamos igual, porque nunca hemos tenido ayuda de ninguna especie. Ahora igual hacemos reuniones de pobladores, pero va muy poca gente, quince o veinte, máximo veinte y cinco personas llegan, antes se llenaban las sedes, siempre se buscaban cosas por hacer. Ahora hay una directiva joven, que son las hijas de los que llegaron a la población. Antes era más bonito, éramos más unidos, ahora está más desunido. Igual yo no me iría, por el lugar, por los vecinos que nos conocemos hace tantos años. Me gusta vivir acá, yo encuentro que la población es tranquila.

FERNANDO CORNEJO

“Lo fundamental es trabajar, ser sociable, ser útil a su comunidad en todo lo que sea posible”



Fernando Cornejo nació en Santiago en el año 1940. Junto a su esposa llegaron a vivir a la población Irene Belmar. Es profesor de francés y un gran aficionado al ajedrez.

Nací en la comuna de Quinta Normal, aquí en Santiago, en la calle Santa Inés, el 13 de octubre de 1940. Mi papá era mecánico matricero en una fábrica de artículos eléctricos. Hacía las matrices a los moldes para distintas cosas. Después trabajó en Sindelén, una gran industria, que ahora ya no existe. Y ahí también, siempre en el mismo trabajo: moldes para frascos de jugueras, batidoras, licuadoras, piezas para aspiradoras, en fin. No era cualquier mecánico, era un técnico matricero, y era muy bien pagado mi papá. Pero lo malo es que se malgastaba la plata, en distintas cosas, entre otras las mujeres, pues. Así que él decía siempre cuando tenía mucha plata y de pronto yo le preguntaba: “¿Y qué le hiciste la plata?”. “Bueno, un poco me lo tomé, otro poco lo gasté en mujeres y el resto lo malgasté”.

Llegamos a Cerro Navia en 1958 a la población MEMCH, Movimiento Emancipador de las Mujeres de Chile, una organi-

zación que luchaba por el voto femenino. Mi familia se relacionó con este grupo a través de un sindicato en que participaba mi papá. Eran de tipo izquierdistas, comunistas. Entonces se relacionaron con esta otra organización, MEMCH, que dirigía la señora Eliana Bronfmann, una abogada comunista, muy destacada, y ella, en fin, compró sus terrenos y después los traspasó a la cooperativa MEMCH. Se formó una cooperativa con trabajadores, con vecinos y con mujeres que eran trabajadoras también.

Yo estudié pedagogía en francés en la Universidad Católica, de Santiago de Chile, y estudié, después justamente, pedagogía básica, o sea lo que llamaban profesor normalista, en la Escuela José Abelardo Núñez en Santiago.

Me casé en 1960 y en 1962 llegamos con mi señora a la población Irene Belmar, esta en la que estamos ahora. Llegamos en el 62. La primera hija la tuvimos como en el 61 y falleció a los diez meses producto de la escasez de recursos para comprarle remedios, tan precaria era nuestra situación. Le dio una diarrea fulminante; la niña se nos fue en tres días. Ese fue el primer drama. Seguimos trabajando. Posteriormente, diez años después, se tituló de profesora mi señora también.

Antes de vivir en esta casa vivimos en la casa del frente, que era la de mis suegros. Aquí se partió desde el sitio eriazo y todo con recursos propios, aquí no fue nunca una toma. Fue un loteo de terreno. Afortunadamente no fue lo que llamaban un “loteo brujo”.

Yo seguía estudiando, porque me casé y seguía estudiando. Entonces estaba estudiando la pedagogía básica y surgió la opción de irnos cerca de Curicó, y fuimos allá a Curicó. Palquibudi se llama, lo que quiere decir “la perdiz entre el palqui, palquibudi”. Y bueno, ahí estuvimos tres años, es decir yo no más estuve allá porque mi señora aún no se titulaba. Estábamos los dos viviendo allá pero ella no era titulada todavía de profesor.

En Curicó mi experiencia fue muy gratificante. ¡Una gran experiencia! La gente fue muy cariñosa, muy afectuosa, muy

respetado el profesor. Pasamos penurias económicas, pero la gente nos creía de un mayor alcance económico. Ellos decían: “Bueno, el profesor debe ganar buena plata”. No era así. Ganábamos apenas para comer y para poder viajar a Santiago nos mandaban plata los padres, todavía.

En Curicó participé incluso en reuniones sindicales de los campesinos, instándolos a que se tomaran el fundo, y fui una especie de revolucionario. Y se lo tomaron. Yo seguía viviendo en el fundo y era muy respetado, muy querido siempre. Fruto de esa toma se formó la cooperativa El Corazón, de Palquibudi. Todavía existe, todavía está ahí en la cooperativa la gente. Me abrazan, algunos lloran cuando me ven.

No creen que esté vivo todavía, y cuando llego allá dicen: “¡Un fantasma!”. Me abrazan los exalumnos, lloran de emoción al verme, es muy lindo todo eso. Desgraciadamente el director, el primer director —que fue muy buena persona conmigo— falleció hace años ya. Fuimos, hará diez años o más, con mi señora; fuimos a ver a todos los amigos y amigas de ella. Llevaba regalos para cada uno. Preguntábamos por el señor que jugaba ajedrez conmigo allá; falleció. Mi señora preguntó por la señora Georgina, gran amiga, una vecina; falleció. Así preguntando, daba miedo preguntar.

El año 1966 nos volvimos a Santiago, yo terminé mis estudios de profesor básico y me recibí. Volvimos, primero a arrendar un departamento en Quinta Normal. Ahí estuvimos un año y posteriormente —siempre el problema económico— nos trasladamos de nuevo donde los suegros, y ahí donde los suegros surgió la oportunidad de comprar esta casa donde estamos ahora.

El dueño de aquí se suicidó, la viuda sufría mucho por los recuerdos que le traía vivir aquí. Y por lo tanto dijo: “Voy a vender”, y ahí nosotros nos agarramos y como estábamos ya en una asociación de ahorro y préstamo, teníamos algunos fondos. Vinieron a tasar la casa y yo le dije a la señora si nos quería vender

a nosotros. Dijo que sí y llegamos a acuerdo finalmente; hicimos el negocio y le compramos la casita.

La casa entonces estaba recién en construcción gruesa, estaba solamente con vigas a la vista, no había cielo, no había piso todavía, así que tuvimos que ir terminando. Al principio hubo un señor, un español, que tenía un almacén, don Pedro Durán, y él me ayudó. Me prestó plata, me apoyó, porque era jugador de ajedrez también. Y como yo le enseñaba y jugábamos, nos hicimos amigos y me prestó plata, y se la devolví toda como corresponde.

Con el tiempo comencé a participar como dirigente comunal y social de aquí de la población, y fui presidente y vicepresidente de la junta de vecinos por dos períodos, en la unidad vecinal 22. Y me fue bien, hicimos el pavimento. Aquí constituimos un comité del pasaje Hierbas Buenas, hicimos el pavimento que duró 30 años, bueno, bueno. Y ahora hace poco, nuevamente hicimos pavimento, porque ya estaba muy malo el anterior. Y ahí también se plegaron otros pasajes a hacer su propia pavimentación, ayudándolos yo, asesorándolos por la experiencia que ya tenía.

Era normal para mí siempre integrarme con las comunidades donde yo estaba, tanto en el campo como acá, y como un maestro, como un profesor. Porque siempre el profesor debe ser un apoyo para la comunidad donde está.

Un problema que había entonces era el del transporte. Había que ir muy lejos. Se tomaba la locomoción allá en Neptuno, puede ser kilómetro y medio, aproximadamente. A patita todos los días y sin luces; camino de tierra, zarzamora por ambos lados, igual que en el campo. Se formaba barro cuando llovía, eso era tremendo: partes fangosas donde a uno se le quedaban pegados los zapatos en el barro. Y varios profesores pasaban por lo mismo acá. Me ha sorprendido lo rápido que se han solucionado todos estos problemas. Siempre pensé que íbamos a progresar, pero me sorprendió la rapidez. Santiago ha crecido mucho.

En esos años yo era militante democratacristiano. Yo era admirador del presidente Frei Montalva. Hizo varias cosas bien

convenientes para el país, y la Reforma Agraria, que no sé si fue tan conveniente, no sé. Pero era también como un proceso semi-revolucionario, es lo que me tocaba. Así que creo que más bien fue positivo porque allá, lo que a mí me tocó ver sobre la cooperativa El Corazón en Curicó, veo que la gente quedó contenta, dueña de su propia tierra. La cooperativa existe todavía; han pasado tantos años y existe la cooperativa. Y se acostumbraron al régimen de compartir las máquinas, los tractores. Ahora le toca un día hacer programa a todos, trabajan en conjunto. Incluso se cosecha y se vende todo junto también, se reparten los fondos.

En la elección presidencial del año 1970 mi candidato era Radomiro Tomic. No me gustaba a mí como candidato, pero había que votar por él antes que por Salvador Allende, yo no era para nada partidario de Allende. Incluso en la votación en el Congreso, entre Alessandri y Allende, prefería a Alessandri. Yo habría pensado que sería mejor Jorge Alessandri para el país. Porque ya Alessandri había hecho un gobierno antes, y fue buen gobierno, hubo trabajo para toda la gente, progresó el país.

Frente al Gobierno de la Unidad Popular, mis expectativas eran de total inseguridad. Se repartían tarjetas para poder comprar alimentos, la terrible JAP (Junta de Abastecimiento y Precios). Fue terrible para nosotros, que no éramos comunistas. Entonces las directivas preferían darle tarjetas a sus partidarios, ¿y nosotros? Muchas veces se compraban tarjetas para ir a comprar un pollo. Porque eran tarjetas que daban el derecho a comprar.

Pero todo tiene lo bueno y lo malo, lo bueno que hizo Allende fue la nacionalización del cobre. Totalmente, totalmente positivo para Chile. Yo creo que Allende era un presidente correcto pero que sus mandos medios no eran tan correctos, con mucho, mucho negociado. Siempre pasa lo mismo en todos los gobiernos, los mandos medios son los que desvirtúan al gobierno.

En ese momento yo estaba con el golpe, igual que Aylwin y otros dirigentes de la Democracia Cristiana, que fueron a pedirles a las Fuerzas Armadas que intervinieran. Después se hicieron

a un lado, como que “yo no fui”, pero la verdad que fueron, fueron a pedir el golpe de Estado. Yo estaba a favor del golpe por todo lo que le relaté, la escasez de alimentos, la inflación galopante, terrible, 500% en un año, fue terrible. Y además los asesinatos, un caos dentro del país. Existían varias organizaciones que apoyaban a Allende; decían que lo apoyaban, pero en verdad lo perjudicaron, porque hacían esos asesinatos de gente y, bueno, llegamos a la crisis.

El golpe de Estado era la única salida. Diecisiete años, largo el período de Pinochet y es que yo encuentro que siempre que el país ha vivido épocas críticas ha entrado una época de dictadura. Había que mantener una unión aunque fuera con la fuerza, aunque fuera con represión. Y después sabíamos de asesinatos de gente, cómo no íbamos a saber, de los tres profesores degollados, de la pila de cosas que ocurrieron. Pero muchos mantenían silencio, por temor que también los agarraran.

La represión en ese tiempo era algo que se sabía, aunque a mí no me tocó ni siquiera ver una detención. Pero sí lamenté la muerte de un exalumno que ya estaba adolescente. Había toque de queda y él estaba reunido con unos amigos. En vez de detenerse cuando dieron la orden de alto los militares, arrancaron, y un balazo le cortó la vida a mi exalumno, al mejor alumno que yo tenía en aquellos tiempos.

El año 81 se creó la comuna de Cerro Navia. El cambio no se notó inmediatamente como positivo. Primero fue mucho papeleo administrativo, que uno iba a la Municipalidad de Cerro Navia y lo mandaban a la de Pudahuel, donde estaban los archivos. Allí había quedado todo, había que ir a tramitar igual a Pudahuel. Así que para nosotros fue más burocracia en los primeros momentos, y luego fue ya normalizándose, ahora ya está todo acá en Cerro Navia.

En ese tiempo yo trabajaba en escuelas municipales, que eran en ese tiempo fiscales y dependientes directamente del Ministerio de Educación. Surgió la posibilidad de una casa vecina que la

vendieron y con mucha suerte para nosotros, porque aprovechamos el 500% de inflación en un año, la compramos, digamos, en un millón y después de pasar un año pagamos el mismo millón, devaluado en un 500%, o sea que en realidad estábamos pagando 200 mil pesos. Y la señora propietaria que vendió anteriormente dijo: “Cómo tan poco”. “Pero si usted le puso sin reajustes ni intereses en el contrato”. Se vendió sin reajuste ni interés. Por lo tanto tuvimos suerte, tuve mucha suerte, nunca pensó esa señora que iba a devaluarse tanto la moneda. Así que pagamos y después fuimos poco a poco implementando el colegio.

El año 1971 comenzamos con el colegio. Kindergaarten primero, después con primero hasta sexto año básico tuvimos. Fue buena esa independencia para nosotros, porque ahí éramos como el artesano que tiene su propio taller. Y de hecho estuvimos un poco más tranquilos en el trabajo, porque nosotros éramos nuestros propios jefes. Podíamos decidir, dentro de lo que el Ministerio de Educación nos permitía.

En ese tiempo el Gobierno impulsaba la ENU, que no me simpatizó nunca porque había ahí una ideología implícita dentro del sistema, era una ideología de tendencia socializante o izquierdista. Y la libertad de pensamiento, restringirla, no creo que sea prudente para nadie. Existía un ambiente dentro del profesorado mayoritario hacia la izquierda, como siempre ha sido. Pero en la escuela fiscal en que yo seguía trabajando, nosotros no seguíamos ese principio.

El colegio básico que formamos, que se llamó Colegio Chileno, funcionó hasta el año 2010. La dejamos por razones de salud, porque yo había prácticamente perdido la visión ya. Además, teníamos muy poco alumnado, porque siempre nos afectó la ubicación difícil del colegio.

Desde nuestro colegio vivimos los problemas de la educación. Yo los viví, como siempre entregándome, y mi señora también, ciento por ciento a nuestro trabajo de profesor, de maestro, con la convicción que nuestros alumnos debían ir preparados,

cada uno, y en lo posible no fracasar a fin de año. Pero no era por pasarlos, sino que tuvieran los objetivos logrados ellos, realmente logrados. Y logramos hacerlo en gran parte de nuestra trayectoria.

Mantuvimos siempre el nivel de nuestros alumnos bien arriba. Ahora hay muchos profesionales egresados de nuestro colegio, y en el primer Simce que se hizo, el año 1988 si no me equivoco, tuvimos el primer lugar nacional en el Simce. Ahí se juntaron muchos factores. Se dio que los niños eran capaces; segundo, que los apoderados ayudaban totalmente, cooperaban con la enseñanza y educación de sus hijos; y, tercero, la dedicación del profesor. Así que tuvimos el primer lugar nacional. Y vinieron incluso de la Universidad Católica; querían grabarme clases, para ver cómo hacía yo para haber logrado ese éxito.

Paralelamente siempre yo participaba en varios deportes. Con el tenis de mesa, por ejemplo, salimos campeones de Santiago con el Club Unión Barrancas, que fue fundado por mí. Salimos campeones de Santiago dos años, el 75 y el 76. Y enseñaba a muchos alumnos también, que fueron destacados en el tenis de mesa. Salieron los niños Salamanca, Juan y Justo, campeón sudamericano y panamericano, Juan Salamanca, fue a los Juegos Olímpicos también. Justo Salamanca, un hermanito de él, se perdió por el problema de la droga, pero juega muy bien; pero desgraciadamente cayó en la droga.

También participé en el volantinismo, donde fuimos campeones nacionales los años 1986 y 1987. Participaba en el Club Los Halcones con mi hijo, que cuando tenía 12 años, fue el mejor jugador de Santiago, compitiendo contra adultos; no había categorías ahí. Participé en varios deportes: fui árbitro de básquetbol de Santiago, fui árbitro nacional de ajedrez.

Fue muy importante en mi vida el ajedrez, y fui campeón de Curicó, después fui tercer lugar nacional en el campeonato del magisterio, en Ovalle, en el 2008. Ese año 2008 fue muy bueno porque además saqué a los alumnos del Colegio Chileno

campeones en todas las categorías de la comuna de Cerro Navia.

Mis expectativas nunca fueron económicas, sino que de realización profesional, siempre fue así. Preferí lo que era labor social, del pedagogo, del profesor; con los alumnos y con la comunidad. Así que sin querer fui haciendo eso, sin querer.

Por otro lado, también tuve mi vida de comerciante, como comerciante me fue muy bien. Empecé en ferias persas, yo siempre fui de ferias persas. Allá en el persa de Balmaceda en Santiago, nos fue muy bien los años 79, 80 y 81. Vendíamos ropa, vendíamos parcas, gamulanes, pantalones. Ganamos mucho dinero, y esta casa que teníamos que pagarla a veinte años plazo la pagamos en un año.

Todavía trabajo en el persa. Vendo todo tipo de artículos eléctricos. También mi hijo vende antenas parabólicas, satelitales, cosas para las conexiones por cable; hace instalaciones. Vendo también medicina natural, friegas para los dolores musculares y articulares, hierbas para dolores intestinales, el colon irritable, las úlceras, el matico; todo eso. “Lleve de lo bueno, lleve de lo bueno”. Y también me va bien.

De Cerro Navia me gusta la tranquilidad, por lo menos en este sector chiquito donde estamos; bastante bueno el barrio, el sector; porque aquí son muy raros los asaltos, excepto en la calle José Joaquín Pérez donde a los comerciantes los asaltan. Pero acá, al interior no se sabe de asaltos casi nunca, ni de robos.

Con mis vecinos además la relación es muy buena, incluso hay amistad a pesar de las diferencias políticas que hemos tenido. Porque la política hay que dejarla atrás, la política es importante pero no es lo fundamental para vivir. Lo fundamental es trabajar, ser sociable, ser útil a su comunidad en todo lo que sea posible. Eso es lo fundamental.

Aquí en Cerro Navia he visto cambios en lo material, como que esté todo pavimentado. Uno se fija que ahora casi ya no quedan calles de tierra, todo pavimentado; todos los servicios de agua potable, luz, alcantarillado funcionando normalmente.

Los cambios negativos que ha habido en Cerro Navia se deben principalmente a los mandos medios de los alcaldes y de los gobierno de turno. Hay otros problemas más graves eso sí, como el de la seguridad. Es un problema grave dentro de Cerro Navia, aunque aquí en el sector, no. Fíjese que es tranquilo para todos. En barrios más hacia abajo, como Alianza, La Viñita, Resbalón, Violeta Parra, Herminda de la Victoria. Todas esas partes son peligrosas.

También está el tema de la contaminación. Según las estadísticas somos la comuna más contaminada del país, así que nosotros respiramos el peor aire, junto con Pudahuel. Afecta desde los niños hasta los adultos. Mi hijo mayor tiene un principio de asma, le afecta mucho. Pero no hay solución en Cerro Navia. Se necesita una política nacional, porque aquí qué sacamos. Y hay también una inconsciencia ciudadana. En el mercado persa, en invierno, prenden fogatitas con neumáticos para paliar el frío, con leña o papeles, cartones, lo que sea. Y eso contamina demasiado. Y hay vecinos que cocinaban con neumáticos aquí, encendiendo neumáticos.

Aquí en Cerro Navia mi labor ha sido bien apreciada. Por ejemplo, el viernes pasado estuve en una reunión de un club de ajedrez que va para arriba, gracias a un peruano residente acá, que es chileno ya, nacionalizado. Y él ha llevado para arriba al club de ajedrez José Raúl Capablanca; logró un apoyo del Estado, económico, por lo tanto ahora tienen alguna capacidad para disponer de más material. Todo eso para enseñarle a la juventud, y eso es un gran paso adelante, es primera vez que se logra para un club de ajedrez una cosa así.

Lo que más me ha gustado, al final, como no ha habido una recompensa económica en cuanto al magisterio, lo que más me ha gustado es el agradecimiento de la gente. En el colegio, en el deporte, los vecinos mismos también. Ellos saben que yo fui el motor de dos veces repavimentar nuestro pasaje, y no solo el nuestro sino que todos los pasajes de la población. He tenido

reconocimiento. Incluso había una señora que quería que a un pasaje de atrás le pusieran mi nombre. Lo encontré exagerado. Cuando me muera a lo mejor, recuérdense así, pero por el momento no, no hay necesidad. Eso es lo más bonito, haber podido colaborar con mi comunidad, ojala que se acuerden de mí el día que me muera.

MARÍA CRISTINA FLORES

**“Yo soy nacida y criada aquí. Hice mi primera comunión,
me casé aquí, y me voy a morir aquí”**



Cristina Flores nació el 30 de mayo de 1950 en Santiago, en la denominada comuna de Barrancas; creció, estudió y se casó allí. Actualmente dice que por ningún motivo dejaría la casa que alguna vez fue también la de sus padres.

Mi nombre es María Cristina Flores Araya, yo nací acá en Santiago el 30 de mayo de 1950, yo llegué a Barrancas porque mi padre compró acá. Mi papá era de Curicó y mi mamá de Molina, se casaron y llegaron acá a Santiago y ahí compraron en Barrancas, yo soy nacida y criada aquí. Hice mi primera comunión, me casé aquí, y me voy a morir aquí en mi casa.

Nosotros, cuando éramos cabros chicos con mi hermano, no teníamos agua, en nuestro sitio se hicieron tres norias y de ahí sacábamos agua para lavar, para todas las cosas, y en Salvador Gutiérrez había un pilón de agua potable. Allí todos los pobladores que vivían acá iban a sacar agua potable y con esa agua lavábamos la comida y para las otras cosas usábamos la noria y teníamos pozo negro. En esa época no había alcantarillado, después con los años se puso alcantarillado.

La casa donde yo vivo se empezó a hacer por piezas. Mi mamá preparaba la tierra para hacer los adobes durante la semana, y como mi papá trabaja y mi tata también, los fines de semana ellos confeccionaban los adobes, y levantaban una pieza y así se fue construyendo la casa.

Mi papá toda la vida trabajó en muebles para allá para arriba. Trabajaba en Avenida Salvador con Bilbao. Le gustaban las casas de allá, entonces dijo: “Cuando yo vaya juntando plata, les voy a hacer una casa como las donde yo trabajo”. Fueron ideas que trajo, hizo living-comedor, cocina, baño, tres dormitorios, siempre le gustaban las tejas, así que toda mi casa era de tejas, completa. Con un entretecho arriba que era como otras tres piezas más.

Cuando nosotros llegamos, eran poquitas las casas que había. Eran puras chacras. Porque todos los sitios cuando se vendieron estaban todos abiertos, unidos, no había ninguno cerrado, sino que veíamos a los vecinos de al lado.

Después vino el alcantarillado, no me acuerdo en que año fue, agua potable y toda la cuestión. Nuestra pavimentación de la vereda está desde los años en que se compraron los terrenos. La profesora con la que yo estudiaba, era dirigente de la junta de vecinos de ese entonces. Se unió toda la población Cerro Navia y Santa Teresa para la pavimentación de nuestras calles, porque eso también se hizo particular. Eso fue más o menos como en los años ochenta. Fue hace poco.

Yo me casé a los 23 años, y duré hasta el 85. En el 73 me casé, porque ahí cumplí los 23. Me quedé en mi misma casa, con mis papás, después ellos tuvieron la oportunidad de irse a Estados Unidos y se fueron, mi hermano se los llevó. Porque a todo esto, mi hermano cuando se fue la primera vez a Estados Unidos, fue porque se ganó una beca. Después terminó de estudiar y volvió a Chile nuevamente, pero las perspectivas que él traía eran diferentes de cómo era realmente acá. Entonces se las ingenió mi hermano y mi mamá se puso a trabajar en una casa particular para pagarle los pasajes por segunda vez.

Mi papá en esa época trabajaba en muebles, entonces después él se puso con su mueblería propia en la casa. Tenía otro socio e hizo todo legalmente: sacó permiso, se pagaba la patente como corresponde, porque siempre nos enseñaron así y así yo enseñé a mis hijos. Después mi papá con mi mamá tuvieron la oportunidad de irse a Estados Unidos y se fueron, fue como para el tiempo del golpe. Yo me casé como el 73 y ellos viajaron a Estados Unidos en marzo del 74, iban por seis meses y se quedaron seis años trabajando.

Cuando ellos se fueron el golpe fue grande, porque mi mamá hacía todo. Yo me casé y ella lavaba, atendía a mi marido, yo atendía a mi puro hijo no más. Entonces cuando ellos se fueron yo me hice cargo de marido, hijo y casa. Me costó pues, porque yo ni siquiera sabía hacer un huevo, nada.

En el tiempo de Allende teníamos esas tarjetas de la JAP, entonces mi marido, yo y mi hijo éramos una familia. Mi papá y mamá eran otra. Siempre nos tocaba ir a comprar el pan a una panadería que estaba ahí en Cauquenes con Luis Vicentino, en esa época se llamaba así, ahora se llama Neptuno. La gente siempre era revoltosa, yo estaba en la fila y se ponía otra persona adelante, entonces siempre fue como gente de población, porque no todos somos iguales. Me acuerdo que con esa tarjeta nos tocaba ir a comprar el pan a esa panadería y la gente se ponía pesada y vamos corriendo balazos.

Había colas para comprar mercadería también, porque me acuerdo que se nos racionaba. Recuerdo que vivía una señora viejita en mi casa y a ella le vendían de a octavos o de a cuartos, porque era sola, y tenía que hacerlo durar, a nosotros que éramos tres nos vendían un poquito más y a mi mamá y mi papá otro poco, entonces ahí juntábamos todo. A mí me encantaba Allende por sus ideas, las tenía bien claritas. A él lo asesoraron mal y le fue mal, pero ese es otro cuento.

Para el 11 de septiembre yo estaba en mi casa, mi marido trabajaba cerquita del Ministerio de Educación, por ahí, en el

centro mismo. Cuando se empieza a decir por la radio que hay balazos y toda la cuestión, que el Presidente estaba siendo bombardeado, que Salvador Allende se había matado fue terrible. Aquí está la Endesa, entonces estaba lleno de militares. Los helicópteros aterrizaban ahí a cada rato

Después también hubo allanamientos en mi cuadra. Al frente de mi casa había una familia que todavía está. Pero a ellos también les gustaba la política, participaban y tenían revistas. Me acuerdo una vez que los vinieron a allanar y mi mamá habló con los militares, les dijo que eran todos chiquillos buenos.

De cuando cambió la comuna no recuerdo, solo puedo decir que yo me casé en Barrancas y cuando anulé mi matrimonio era Cerro Navia, fue como el año 91 cuando me entregaron el certificado de nulidad.

Ahí tuve que empezar a trabajar en mi casa, trabajaba en moda, hacia moldes y luego los vestidos y lo que me mandaban a hacer a medida, trabajé hartos años hasta que me aburrí y no trabaje más.

Después hablé con una amiga que trabajaba en la Colloky y ella me consiguió trabajo, ahí estuve hasta que les di educación a mis hijos. Y ahí yo dije: “Ya no trabajo más porque ya los eduqué, así que ustedes me mantienen a mí”.

FRESIA CABAÑAS
“Empezamos así no más, con puras frazadas,
puros nylon, puros cartones”



La señora Fresia Cabañas nació en diciembre de 1952 cerca de Valparaíso. Su familia llegó a Santiago en 1962 a Barrancas. Posteriormente junto a sus cercanos participó de la toma de la Herminda de la Victoria.

Mi nombre es Fresia Cabañas, nací en diciembre de 1952, en un lugar llamado El Almendral, en Valparaíso. Después ya más adulta llegué a conocer el lugar donde yo nací, era un cerro, ahora está ahí el Congreso.

Somos dos hermanas. Yo la mayor y mi hermana que me sigue, ella se llama Ruminanda. Vivimos un buen tiempo en Valparaíso hasta que ya grandecitas nos vinimos para acá con mis papás. Llegamos aquí a la comuna de Barrancas. Barrancas se llamaba así en esa época. Luego después con el tiempo la cambiaron a Lo Prado, y ahora que estoy acá es Cerro Navia.

Llegué el año 62 a lo que es ahora Lo Prado, llegamos ahí como arrendatarios a Serrano en primer lugar. Luego nos fuimos a otro lugar, desplazándonos más hacia arriba, que es el sector de Las Torres, en el sector justamente donde se generó luego la toma

de terreno, en San Pablo, entre Las Torres y los Copihues. Llegamos a una casita, ahí había un polvillo que servía como para fregar las ollitas, como Sapolio, entonces era como arenoso. Casi toda la gente que vivía ahí se anegaba, cuando llovía se llovía todo, se llenaba la pieza, se llenaba todo.

Había harta pobreza en ese aspecto en esos años, cuando llegamos ahí nos costó. Éramos chiquititas, mi papá trabajaba como minero. Trabajó unos años, pero ligerito se enfermó, no por esa enfermedad de minero, sino que él trabajaba manejando una máquina compresora y lo aprisionó. Así que tuvo que dejar ese trabajo. Mi mamá cocinaba —hacía por decir chicharrones, manteca, esas cosas— y nos mandaban a vender. Tengo un recuerdo bien lindo, como palpable, nos mandaba a vender ese tipo de cosas en unos tarritos, así como unos tarritos de Nescafé. Ahí viví una etapa, una etapa muy linda hasta los quince años.

La toma de terreno sucedió en el año 66, fue en pleno invierno. Mis padres fueron avisados porque era al frente de donde vivíamos, había un terreno vacío lleno de pinos y de todo, había unas torres, que en este momento son las mismas torres que terminan y empiezan acá. Entonces llamaron a mis papás, le avisaron a toda la gente pobre que estaba como de allegada, que tomaran unas frazadas, nylon, madera porque iban a hacer una toma de terreno.

Fue de madrugada, en la noche, entre dos a tres de la mañana, pero ya se venían movilizandohoras antes. Cuando llegamos toda la gente se tomó los espacios.

Nosotros fuimos con mi papá, porque si se metían en eso tenían que irse con familia, había que atreverse a lo que sucediera, a lo que viniera. Y así sucedió, mis papás se fueron, los más grandes nos fuimos a ayudarles a ellos, porque luego llegaron los carabineros y ya no dejaron entrar a nadie más. Llegó un momento en que los carabineros entraron a presionar, porque seguramente el gobierno les dijo que actuaran y todas esas cosas. Pero ahí me

di cuenta yo que íbamos acompañados de la señora Gladys Marín. O sea yo digo ahora señora, en ese tiempo era señorita, tenía entre veinte a veintiún años, era muy suavecita, y los carabineros se ensañaron con ella, la tironearon, y así como nosotros vimos que la tironearon, que la maltrataron, a mucha gente la tiraron al suelo, las violentaban. Pero eso fue por poco tiempo, claro, seguramente hubo gente que intervino. Empezamos así no más, con puras frazadas, puros nylon, puros cartones, tablitas.

Acá llegaron de todas partes a la toma, porque la gente necesitaba esa fuerza, parece que había que optar por la toma de terreno para conseguir casa, era lo primero. No se podía de otra manera, no había ocasiones ni oportunidades de que te ofrecieran viviendas o sitios.

Nuestros papás ahí seguían luchando, nuestros abuelos. Pero nosotros que éramos más niños, seguíamos con el miedo de que fueran a venir de nuevo los carabineros a sacarnos y que les iban a pegar a ellos.

Nuestra población se llamó Herminda de la Victoria porque una mamita joven tuvo una guagüita y se le murió de bronconeumonía, tanta lluvia, frío, tanta cosa que pasaba. Entonces nuestra población llegó aquí bautizada con ese nombre, “Herminda de la Victoria”, porque con la lucha se consiguió una victoria, que fueron estos terrenos, por eso se le puso ese nombre. Pero ahora le cambiaron el nombre, no le pidieron permiso a nadie porque ni siquiera nos dijeron. Le pusieron Villa Santa Victoria, creo.

Pasó un tiempo, empadronaron y se ordenó todo y de ahí mismo nos repartieron, fue por abecedario. Todo esto se repartió en tres sectores. Cuando llegamos aquí todo el mundo estaba feliz, porque todos ya iban a tener sus sitios. Aquí cada uno construyó su casa como pudo. Usábamos los famosos pilones, la gente ahí hacía fila, llevaban agüita en tiestos. Así era, bien restringido al comienzo. Después comenzaron a marcar las calles y a poner postes de madera, luz, era eso lo primordial. El alcantarillado llegó años después.

En la población había hartas organizaciones grupales, vecinales, para apoyar, para que las autoridades nos ayudaran en algunos aspectos, porque se demoró mucho el asunto del alcantarillado en llegar acá, muchos años. Aquí había una sola junta vecinal y siempre estaba ese señor, el Juanito Araya, estaba como líder, apoyando, ayudando. Después dejaba todo listo aquí y se iba a otros lugares él, a apoyar a otros pobladores.

Luego en la población se regularizó todo y había que pagar cuotas Corvi, no sé la cantidad, había que pagar como seis pesos, sesenta pesos, como mi papá me contó un día. Él pasó por ese proceso, las generaciones posteriores teníamos que abocarnos a estudiar no más, porque toda esa gestión de preparar la casita, de cerrar, de ponerle la reja, el cerco, de todo eso se encargaron la generación de ellos, la generación más antigua.

Luego venimos nosotros, y hay muchos hijos que se han quedado aquí mismo en la población. Yo me quedé aquí, trabajé, ayudé a mis padres, luego formé mi propia familia, y adquirí este sitio con mi esposo, este terreno ya estaba urbanizado. O sea, no digamos tan urbanizado porque cuando yo llegué todavía había baño de hoyo séptico. Después se gestionó eso con el tiempo, pero pasaron muchos años.

Uno de los problemas en ese tiempo era que no todo el mundo trabajaba, en mi familia les costaba encontrar trabajo, y si encontraban fue en el rubro de la construcción, de la obra de mano que le decían. Ahí todos los hombres comenzaron a trabajar.

En el colegio yo no tenía zapatos, entonces no tenía cómo ir. Igual a mí me daba vergüenza, porque me mandaban con chalas y calcetines, ese tipo de cosas. No había cómo para comprar lo más esencial. En ese tiempo había mucho analfabetismo, muchos no estudiaban.

Cuando salió Salvador Allende hubo mucha participación de toda la población. Se organizaban, iban los grupos, los centros de madres, los clubes deportivos, todo lo que estaba organizado partía...

Pero ahí también empezó el sufrimiento porque, por decir, mi papá podía tener trabajo, pero cuando estaba el dinero, no había alimento, el alimento estaba restringido, estaba escondido, había que ir a buscar alimentos por intermedio de organizaciones, por intermedio de tarjetas. Tocaba a cada familia lo primordial y más nada.

Cuando llegó el golpe fue terrible, nosotras con mi hermana ya estábamos más grandecitas. Antes, en los tiempos de Allende, había dejado de trabajar puertas afuera, y cuando volví aquí ya había organizaciones, y necesitaban gente para apoyar y me inscribí en la JJ.CC. Y después, Dios mío, fue horrible, nosotros le preguntábamos a los más grandes, como la señora Gladys Marín que era dirigente de acá: “Oye, pero mira, nosotros tenemos carné, tenemos un nombre, una serie, toda la cuestión”. Nos decían: “No, quédense tranquilos no más, compañeros, porque los del comité central quemaron los libros, se quemó todo al tiro, todo, todo”.

Aquí hubo harta represión en la población, venían los militares, se metían a mi casa, abrían la puerta, te destapaban a ti. Pero era así, con violencia, el golpe de Estado fue con violencia, entonces pasamos muchos sustos porque murió mucha gente, desapareció mucho vecino.

Tengo un familiar por parte de mis hijos, un tío de ellos que lo pillaron en el mismo lugar donde en algún momento yo viví, desapareció, su mamita lo buscó, le decían que estaba en Canadá, que estaba en Suecia y para allá lo iba a buscar. Nuestra primera dirigente vecinal, la Alejandra, fue torturada, la tomaron los militares también por pertenecer al Partido Comunista, por ser de las juventudes comunistas. Ella es como un ejemplo vivo de la tortura que tuvo que sufrir, vejámenes como mujer, todo, tuvo que aguantar muchas cosas.

En los ochenta fue cuando hubo un crecimiento, un cambio mental de pelear por los derechos, pelear por la democracia, porque ya no podíamos aguantar que nos estuvieran amenazando

tanto. Había que luchar por la libertad, la libertad humana, la libertad personal, por nuestros derechos, porque nos sentíamos muy presionados, muy violentados y nos sentíamos acorralados.

Acá todos estábamos unidos, y empezabas a darte cuenta que había gente alrededor del mundo que estaba muy pendiente de nosotros, acaparábamos la atención, se recibía también mucha ayuda. Se nos fue acabando el miedo de que en algún momento nos iban a matar, porque eso era con lo que más nos amenazaban. Porque aquí hay personas desaparecidas, se las llevaron y nunca más aparecieron, nunca más volvieron, sus mamás nunca lo encontraron, ni en otro país ni en ninguna parte.

Aquí en la Herminda se trabajaba mucho, había mucha organización, con las iglesias, con los curas. Nosotros como que nos poníamos detrás de ellos: “No, aquí no nos van a disparar, no nos van a hacer nada”. Ellos eran como nuestro salvadores, sí, la Iglesia, ellos nos protegían. Y ahí nosotros como que actuábamos, ayudados por ellos.

Yo participé acá en la población, dentro de la toma, la Iglesia servía como un refugio para los que luchábamos por la vuelta a la democracia, para los que daban la cara en las protestas aquí en la población, porque ahí había mucho que arriesgar. Para nosotros los pobladores era un refugio que nos cobijaba ante la policía y militares. La Iglesia en ese sentido fue muy apoyadora, nosotros dejábamos que nos protegieran.

Salías ahí afuera a Mapocho, estaba lleno de militares apuntando, entonces no vivías tranquila. En algún momento se dijo que el pueblo estaba armado, mentira. Nosotros aquí, esta población, la de allá, todas, nunca tuvimos armas. Estábamos amedrentados, atemorizados que era diferente.

Creo que fue buena la división de las comunas porque hubo progreso, como que resurgieron todas las comunas. Se separaron y hubo como un alivio, porque cada comuna hace sus cosas. Después vino algo bonito, la oferta —digámoslo así— de emprendimiento. Porque hay mucha gente que trabaja particular-

mente, hay mucha gente que se ha capacitado para tirar para arriba, pero lo hace particularmente.

Yo soy de esos emprendedores, pero de los pobres, me ha costado tirar para arriba. He logrado un puestecito en la feria, no estoy tampoco con patente, pero es lo que hago. Aquí hay muchos emprendedores, panaderos, pasteleros, cocteleros, han tirado para arriba muchos de ese tipo de gente, han sido valientes, da gusto.

Actualmente en la población algunos se han ido, otros estamos cansados, otros estamos aburridos. Es que se ha generado mucha violencia, aparte de la violencia hay muchos vicios, y eso dentro de todo ha generado violencia, odio. Ahora los jóvenes piensan diferente, las familias están diferentes.

De todas formas hemos crecido humanamente, como personas, y hemos crecido materialmente porque se luchó por eso. Tengo 60 años, me he sentido muchas veces cansada. Ha sido una dura lucha, pero me siento contenta. Tengo una tristeza eso sí, como aquí acumulada, han faltado las oportunidades, tenemos una frustración porque no hemos conseguido las cosas que alguna vez anhelamos, por ejemplo estudiar en la universidad, no alcanzó la plata, apenas alcanzaba para la comida, no había para la micro, sencillamente no había. No alcanzábamos esas oportunidades nosotros.

Pero como familia yo me siento bien, feliz como mujer, como jefa de hogar. Me siento contenta con lo que he conseguido porque tengo cuatro hijos y tengo tres nietos.

EDUARDO SILVA

**“Esta casa la hice yo solo, mis hijos me ayudaron cuando
estaban más grandes, empecé con unos palos
de madera, poco a poco”**



Eduardo Silva nació en Quinta Normal en 1941. Luego de crecer en medio de una familia marcada por el alcoholismo de su padre, se radicó en Cerro Navia y formó su hogar en la comuna. Adquirió el terreno de su casa por medio de la organización de la cooperativa de trabajadores de Fanaloza.

Mi nombre es Eduardo Silva Vallejos, nací en la comuna de Quinta Normal el 27 de agosto de 1941. Nací en la calle Portales, ahora esa calle se llama Alberdi. Mi papá fue carabinero, pero como le gustaba mucho jugar a la “rayuela corta”, lo echaron. De ahí entré a trabajar en una demolición. Al comienzo éramos trece hermanos, murieron tres y quedamos diez vivos. Mi padre tomaba mucho, día por medio se curaba, por eso yo estudié solo, él no hizo nada para que siguiéramos estudiando, iba a la preparatoria medio día y trabajaba en la tarde, llegué hasta sexto de preparatoria.

Vivimos después en Cerro Navia, en la calle José Joaquín Pérez. La pavimentación llegaba a Lo López con Joaquín Pérez y de

ahí para allá era camino de tierra, no había poblaciones, la última población era Las Lomas, después había una chacra que era la de Miguel Bora. Más tarde llegó la población La Unión, La Viña del Mar, La Italia y después para allá fueron tomas.

En el año 64 me alejé de mi familia por problemas con mi padre, y ese año me casé. Mis padres en el año 70 se fueron para Arica, quedamos cuatro hermanos aquí, los otros se fueron todos con ellos.

Para tener estos sitios se formó una cooperativa en la empresa Fanaloza; los que trabajaban ahí era toda gente que vivía por acá, algunos vivían por ahí por Carrascal. Al final éramos 86 socios y compramos esto, era un terreno grande, dos cuadras más allá estaba la plaza, hasta ahí llegaba el sitio. Estaba la escuela de los curas y un poco más allá eran quintas. De los 86 socios que éramos debemos quedar como diez, todos los otros murieron, varios por problemas al pulmón.

Compramos el sitio pelado, después se puso plata que se descontaba por planilla, y se puso la luz, el alcantarillado, el agua, todo eso pasaba por nosotros. Le pusimos Población Vida Nueva. Yo durante todo ese tiempo de arreglos viví en la casa de una tía. De ahí empecé de a poco a construir, porque esta casa la hice yo solo, mis hijos me ayudaron cuando estaban más grandes, empecé con unos palos de madera, pero de poco a poco, primero los cimientos, después de a poco las murallas. Me demoré más de diez años en hacerla porque trabajaba en las puras vacaciones, hasta que la hice.

En ese tiempo esto se llamaba Las Barrancas, hasta allá hasta el final, después del puente se pasaba al Noviciado, donde había unas viñas, la viña San Luis. En Mapocho también eran puras viñas, entonces uno iba a comprar uva, vino, chicha. Un poquito más acá llegó la población Lo Prado, la ciudad de Lo Prado, la querían hacer como ciudad satélite, pero no quedó. Entonces de ahí para allá había poblaciones y tomas, había muchas tomas por aquí por Mapocho. De aquí para allá, la toma de la Violeta Parra,

La Herminda de la Victoria y después se formó la población Yugoslavia, la Dalmacia, La población Italia, donde yo vivía era en Las Lomas. En ese entonces por Joaquín Pérez en una esquina, había unas canchas que se llamaban Liga por que se jugaba a la pelota. Yo también jugué, pero después no, porque era muy flaco y me daba vergüenza usar la manga corta.

Cuando iba a comprar había mucho barro, también las micros no llegaban aquí, entonces uno tenía que caminar, todo embarrado. Este lado de acá fue lo último que se pavimentó. Hicimos la pavimentación participativa, había que postular y cada uno puso plata y después plata para la solera.

Me aburrí de Fanaloza y encontré trabajo en una fábrica de aceite comestible, después de ahí que estuve un tiempo, tuve un negocio que fracasó y después estuve en una empresa del gobierno, del Estado. La relación con los compañeros en todas partes ha sido buena, en todas partes he sido mudo, ciego y sordo. No me meto, y yo si veía que alguien se echaba algo al bolsillo, no le iba a decir al jefe.

En este tiempo tenía ideas de izquierda, pero no participaba en ningún partido político, en la fábrica de aceite había mucha gente nueva, entonces se acercó una persona y me dijo: “Oiga, ¿tiene más o menos idea que quieren formar un sindicato? ¿Usted participaría?” “Ya”, le dije yo; me dijo: “Tal día vamos a hacer una reunión”. Fui a la reunión y me nombran también candidato, chuta, participé no más. Hicimos la lista, fueron a la inspección del trabajo a pedir que mandaran un inspector, como ministro de fe del sindicato. Ya, en tal fecha hicimos las elecciones, llegó el inspector, y yo saqué la primera mayoría, me dijeron que fuera yo presidente, pero no quise y al final fui tesorero, Alicia fue secretaria, entonces qué es lo que pasa, yo tenía que hacer de secretario también, porque hacía re poco la niña, entonces ahí yo me retiré. Vino Allende después.

En el tiempo de la Unidad Popular había escasez, pero la escasez no la hizo el gobierno de Allende, la hizo la gente, es como lo

que está pasando ahora en Venezuela, hay escasez, así estaban las cosas. Entonces todos pensábamos cómo va a ser que de la noche a la mañana no haya leche, no haya esto y esto otro, qué pasa.

Antes del golpe, el mismo año 72, me fui a trabajar a una empresa del Estado, al Banco Central, Banco del Estado y después me metí a otra empresa y ahí vino el golpe. Perdí al tiro ese trabajo, salí y con carabineros al lado, me dijeron que presentara la renuncia al cargo, que no pusiera motivo y que firmara. Yo qué iba a hacer si estaba con un milico a cada lado.

Cuando ya vino el golpe de Estado, yo me fui al metro caminando: “Para dónde va” me dijeron”. “Al trabajo” le dije. “No, no, nadie trabaja, devuélvete para la casa”. Cuando fui de nuevo ahí me dicen que ya no iba a seguir y ahí después estuve preso por eso, me llevaron a la Endesa, ese era un lugar de detención. Me detuvieron por estar sindicalizado, si a mí lo único que me salvó es que yo no tenía ficha, no figuraba en ningún partido, tampoco era violento ni metido en protestas. Cuando era joven participé, entré a la JJ.CC. desde los 16 a los veinte y tantos, después me casé y no participé más.

El año 80 más o menos allanaron aquí, estaba de noche y se llevaron a los niños míos, porque mis niños ya estaban haciendo la práctica en la Compañía de Teléfonos, entonces se los llevaron a los dos, ahí donde está Cerro Navia Joven, había unas canchas ahí, a ellos no más se los llevaron. Yo llegué como a las nueve, me dice: “Para dónde va”. “A mi casa”, les respondí. “Vaya a la cancha que ahí están todos”. Y dije: “No, que tengo que ir a dejar eso a mi casa”. “Ya, vaya para la casa y después se va a la cancha”. Y en la mitad de la cuadra había otro milico, y él me dijo: “¿Quién lo dejó pasar? ¿El militar que está allá?”. “Obvio que me dejó pasar”. “Ya, vaya a la cancha después de ir a la casa”. “Ah, ya”, le dije yo. Me metí a mi casa y no salí, y me escondí y me contacté con mi señora.

Después que pasó el golpe, íbamos al río porque había rumores de que había gente enterrada por el borde del río, y que

pasaban cadáveres, los sacaban y los tapaban. Eso yo lo viví, gente que pasaba y le echaban piedras y después los tiraban al río.

En ese tiempo participaba en un club de fútbol que se llamaba Andrés Prieto, existe todavía, ahí en Las Lomas donde vivía yo antes. Dejé de participar, pero después como en el año 80 o 82 vinieron a buscarme para que participara en un club que había ahí, el Defensor O'Higgins, ahí fui tesorero de ese club durante dos años y ahí el 82 colgué los botines, aquí querían puro armar el club otra vez, pero no se pudo, es que aquí nada es como antes, tienen otras cuestiones.

Por donde está la municipalidad era un estadio, acá en Pérez con Lolol también eran canchas. La gente ahora va a jugar a las canchas de Quinta Normal, el estadio Zambrano que le llaman, en Júpiter allá van algunos clubes porque acá no hay canchas. Antes estaba lleno de canchas, los cabros fuman y toman porque no tienen dónde ir a jugar. En Bonilla hay varias canchas y está siempre ocupado por gente, el día sábado juegan los niños, todas las categorías, eso es lo que hace falta aquí, no andar detrás de los jóvenes: "Oye, no fumes". No pues, hay que incentivarlos a que hagan deporte, para eso debe haber canchas. Aquí había muchos clubes deportivos y el único que está quedando ahora es el Liberación, estaba la Alianza, estaba el Club Azul, pero no hay canchas donde jugar, hacen unas canchas chicas de baby y qué sacan si las tiene cerradas, y dejan a la junta de vecinos a cargo, van los cabros y no se las prestan, dónde se van a ir, se van a fumar a la plaza, no sacan nada con hacer más multicanchas si no le dejan la puerta abierta para que jueguen.

Si me preguntaran si quisiera tener niñez o juventud, yo diría que no porque yo empecé a vivir a los 24 años. Antes vivía pero no era feliz, yo cuando me casé me sentí más feliz, porque alguien me esperaba en la casa, me servía mi almuerzo, tenía ropa limpia, tenía con quien conversar, tuve mis niños. Porque antes yo llegaba a mi casa y nadie me esperaba. Una vez tuve un acci-

dente, el 28 de diciembre me caí y me llevaron a la mutual de la UC, como era diciembre no había médico, así que tuve que estar hospitalizado, nadie fue a verme. Al final me dijeron: “Sabes qué más, no te vamos a operar, un yeso y para la casa”. Cuando llegué a mi casa y me bajé de la ambulancia mi mamá me dijo: “¿Pasó algo?”. Así y nada más... No estaban ni ahí. Después que me casé mi señora sabía que yo llegaba a las cuatro y siempre me esperaba, le avisaba cuando trabajaba sobretiempo, a mí me convenía porque estaba recién casado, y compré la cocina, lavadora... de a poquito, no compré todo al tiro, no de golpe y porrazo, cocina, comedor, lavadora, y una radio. Mi mujer ha estado conmigo en todo, salió bien buena compañera, me acompañó en todo.

LORETO MARÍN
“Nosotros nos quedamos aquí porque nos costó”



Loreto Marín nació al interior de Quintay. Llegó a la población Violeta Parra a vivir junto a su familia. Fue por mucho tiempo la partera de la población.

Mi nombre es Loreto Marín. Nací en Valparaíso al interior de Quintay. Allí fui al colegio, caminaba 14 kilómetros para aprender lo que aprendí, saqué la básica en tres años, había que ser la primera del curso.

Estuve en Valparaíso hasta los 20 años porque después trabajé y estudié, me interné en una institución rural y de ahí fui mandamás de las cocineras. Era excelente alumna, me destacaba en todo. Aprendí mucho de mi papá porque yo era muy mirona, curiosa siempre; iba captando todo. Imagínese que a los 15 años fui matrona, recibí la primera guagüita a los 15 años. Fue una experiencia maravillosa, de tener un bebe en mis brazos. Tenía esa habilidad de entender, de saber dónde, cuándo y cómo.

Después estuve en Lo Vásquez estudiando; en ese lugar sembraba hortalizas e hice un herbario. Me gustan mucho los árboles frondosos, siempre abrazo a los árboles porque yo siento que me llenan de energía. Sí, es muy bueno eso, amo a la naturaleza.

Nosotros llegamos al campamento Violeta Parra. Antes de eso trabajaba cuidando niños. Arrendaba una pieza y trabajaba de cajera en el Parque O'Higgins. Me casé y anduvimos por acá por San Pablo, por ahí arrendamos y después nos vinimos al campamento.

Supe de la toma de terrenos por vecinas de ahí del cité en que vivía. Yo venía con mis dos guaguas a estar todo el día acá en el campamento Violeta Parra. Llegamos con dos piezas de madera y al principio llegamos con carpa.

Venirme al campamento para mí fue muy difícil, venir con dos niñas colgando, caminando de San Pablo al campamento era largo, había que atravesar canales y con las niñas de a una. Mis hijas estaban chiquititas, tres a cuatro años, más no tenían. Cuando llegué al campamento, llegué sola, mi esposo nunca me quiso acompañar porque a él le gustaba estar cómodo y yo no, siempre busqué la aventura. Fui aventurera, eso es.

Ahí empecé a conocer a la gente, ir a las reuniones. Había señoras que sufrían más que yo. Ahí empecé yo a hacer curaciones, a atender a la gente, atendía a las mamás y a sus guagüitas. Después se las llevaban al hospital. No llegué más allá, las recibía y las mandaba al hospital. Muchas veces, los partos los recibí ahí dentro de mi casa.

Cuando llegué al campamento, ya tenía a mis bebés. Mi esposo era buen proveedor, siempre me tenía de todo. El agua había que ir a buscarla bien lejos, ahí en un grifo, me dejaban en las noches dos tambores de agua. Aquí todos los niños jugaban en la calle, había baños de cajón, esos que se hacían antes, pozos negros. Eso sí, no había que llevar a los niños a esa parte. Ellos tenían su propio baño, se llamaba "recipiente" y esos se iban a limpiar a los pozos negros.

Durante la Unidad popular, fue bien doloroso para mucha gente, pero yo estaba favorecida porque mi marido era muy "busca vidas", él trató de que nunca nos faltara nada, la leche, las cosas para comer, nunca nos faltó. Y yo era muy curiosa como le

dije, yo hacía pan amasado y nunca nos faltó la harina. La harina se compraba en el mercado negro, porque había plata, pero no había cosas para comprar, y él se rebuscaba, él sabía las “picadas”. Él traía y yo a veces también salía con el bebé, con él iba a las colas por ejemplo, del detergente, que ese era el más escaso. Íbamos a las colas por Estación Central en las que quedábamos muchas veces encerradas en las panaderías.

Aquí nacieron después los centros de madres. En ese lugar yo seguí aprendiendo a hacer cosas, de la ropa mía y la de mi marido, yo les hacía ropa a mis niñas; tejía, aprendí sola a tejer, con clavitos que reemplazaban los palillos.

Para mantener la comida caliente aprendimos a hacer la cocina de brujas, era una caja de cartón forrada en diario. Nosotros teníamos cocinilla, entonces se hervían las cosas en la cocinilla y se ponían las ollas en la caja, la tetera hervida, todo, y durante la noche se cubría la caja con más diarios y algunas frazadas, algún chal, para que se mantuviera caliente. Duraba todo el día y toda la noche. Entonces cuando yo empecé a trabajar, cuando salí de mi casa a trabajar para allá arriba, dejaba cocinado para que los niños nunca tocaran la cocina, llegaban las niñitas —tendrían unos diez años— abrían la cajita, sacaban la comida y comían.

El golpe fue súper grave porque yo tenía una de las niñas en el colegio y me devolví a buscarla al colegio, la otra estaba acá solita cuidando al bebé. Mi esposo no llegaba nunca, se acabó el día y ellas lloraban por su papito, entonces les dije: “Si el Señor quiere”, dije —porque soy muy creyente— “si el Señor quiere que llegue el papá va a llegar, tarde o temprano, pero va a llegar”. Tenía esa fe. Así que entonces llegó muy tarde, doce o dos de la madrugada. Él estaba trabajando justo en La Moneda ese día ahí trabajando en el Metro.

En ese tiempo pasamos hartos sustos aquí, pasaban los camiones alumbrando bien, revisaban hasta los baños, todo eso revisaban, si aquí teníamos panfletos, cosas. No alcanzaron a allanarnos eso sí, parece que conocían donde habían cosas.

Después del golpe fue bien crítico económicamente. Yo ahí decidí salir a trabajar. Tenía un cuñado que trabajaba en una casa de gringos, él me llevó porque yo soy excelente cocinera. Los gringos conocieron el choclo. “Qué era eso”, me decía la gringa. “Eso para caballos”. Que los caballos comían eso, entonces le decía: “No, los chilenos comen pastel de choclo, humitas de choclo, porotos granados, yo se las hago”. Y les preparé esas comidas. Después hacían fiestas con mi comida. “Exquisito, exquisito”, decían.

Fui excelente cocinera, soy todavía buena cocinera. Cuando vino el golpe teníamos de todo, hice mucho pan para darle aunque fuera un pan a cada familia. Después, hubo mucha pobreza. Acá se parchaba la ropa, por ejemplo cuando se rompía un pantalón se le ponía un parche, se rompían los calcetines se le ponía plantilla nueva. Yo hice zapatos en mi máquina de coser, con cuerina les hacía zapatitos a las niñas. Así que ellas no conocieron el pie pelado, yo sí.

Trataba de tener mis propios ingresos. Los hombres lo pasaban bien, ellos tomaban por ahí, salían a sus cosas, cosas de hombre que en ese tiempo era muy común. Llegaban sin plata a la casa y uno siempre tenía. Siempre fui trabajadora, luchadora.

La casa la construimos entre los dos. Yo trabajé afuera para que él construyera. Pero lo hacíamos los dos y nos matábamos, hasta las dos de la noche y más, terminando los pilares. Aunque yo me aburrí cuando se me vació un tarro de cemento en la cabeza. Muchas personas una vez que tenían su casa lista la vendían y compraban algo más arriba, algo mejor. Pero nosotros no, nos quedamos aquí porque nos costó.

Durante la dictadura aquí se vieron muchas cosas que hacían los militares, hubo personas que no se vieron más. A muchos los ponían cerca del río y los mataban ahí mismo. Vi cómo en el río corrían los cuerpos. No, si fue tremendo, flotaban en el río, vimos hartas cosas. Los tenían listos, parece que tenían un listado de las personas que eran de la Unidad Popular en ese tiempo.

En el tiempo del régimen militar, nació la droga, todo eso.

Ahí se echó a perder la población, hasta ahora hay mucha droga acá. La maldición del mundo le digo yo, la perdición, todo eso. La mayoría se ha ido de acá, nosotros nos quedamos porque amo lo que nos costó con esfuerzo, por eso queremos el pequeño terruño que tenemos.

Yo pienso que en la actualidad ha empeorado todo con la droga, eso ha sido lo más fuerte. Pero son generaciones más jóvenes las que están ahora sufriendo con eso. Antes era mejor en parte porque nos ingeniábamos para solucionar los problemas. Por ejemplo para cocinar, eso me gustaba a mí porque ahorrábamos mucho, y se utilizaban los sacos de harina para hacer las sabanas, después de que ya no se usaban, servían para los pañales de los niños, las camisetas se les cortaban las mangas y después seguían sirviendo.

Actualmente me encuentro conforme porque ya vivo así la vida, nos estamos poniendo más viejos, más cansados, hago menos cosas, me canso más luego, me enfermo, tengo depresiones —de repente no más— me vienen mis bajones y bueno, tengo que descansar y reponerme, después sigo otra vez.

Después de tantos años, pienso que pude haber sido algo más, no haberme quedado en el pasado, o sea haber avanzado, haber sido una profesional. Pero con lo que he aprendido yo siento que soy una profesional.

LUISA HIDALGO
“Yo creo que nacimos para estar aquí”



Luisa Hidalgo nació en 1949 en Purén. Se trasladó a Santiago a vivir junto a su marido. Estuvieron un tiempo en Conchalí, hasta que Luisa, con esfuerzo, llegó vivir a la toma Herminda de la Victoria. Su vida en la población se ha caracterizado por su permanente solidaridad con sus vecinos.

Mi nombre es Luisa Hidalgo, nací en la novena región, en un pueblo que se llama Purén. Nací el 18 de agosto de 1949. Nosotros vivíamos para el campo, en un terreno de mis abuelos. Ahí vivía mi papá. Era una herencia donde vivían varios tíos, porque el terreno era bien amplio y ahí mi papá hizo una casa cuando se casó con mi mamá, nos contaban que mi abuelo decía: “Mira en esa parte puedes vivir”, y ahí nos criamos como diez hermanos.

Me crié ahí y bueno del campo íbamos al colegio. Yo llegué solamente hasta sexto básico porque no había más lugar donde estudiar. Luego yo me enamoré, me casé y seguí viviendo en el campo, tuve mi hija mayor en mi casa. Mi esposo trabajaba con mi papá. Mi papá ponía la tierra y la semilla de lo que sembraran y él ponía el trabajo y los bueyes donde trabajaban la tierra.

Nosotros fuimos bien pobres, mi marido empezó a trabajar ahí antes de que fuésemos pareja. Empezamos con mi papá a tener menos necesidades porque igual él era trabajador y suerte que se dieron buenas las cosas. En esa época no sufrimos tanta pobreza como la que habíamos tenido antes. Tengo un hermano que vive por aquí ahora cerca y otras dos viven en Conchalí. Con ellas nos criamos, éramos de la misma época, pero con los hermanos mayores había muy poca relación porque la situación no ameritaba para estar todos juntos, se iban a trabajar y así ayudaban a mis papás. A los 16 años me casé, tuve a mi primera hija y a los 19 años era mamá de los tres hijos que tengo.

Mi marido se vino a Santiago a trabajar porque aquí vivían sus hermanos. Él entró a trabajar a Sindelen. Ahí trabajó mi marido cuarenta y tantos años. Él se vino a vivir con un hermano y su señora que daba pensiones, yo me quedé en el sur con mis papás y estaba allá embarazada de mi segundo hijo y me mejoré en la casa de mi mamá. Él nunca dejó de mandarme dinero, siempre yo tuve plata para la mantención de mis hijos, ayudar a mi mamá y comprar las cosas necesarias. Mi esposo tenía que volver a cosechar lo que había sembrado con mi papá. Él llegó en la quincena de enero a cosechar, y ahí mi papá le dijo que él no se hacía más cargo de mí, él dijo: “Usted se casó con mi hija, así que usted... yo hasta aquí cuido a sus hijos”. Así que me tuvo que traer para acá, ahora sí o sí.

Llegamos a la casa del hermano de él, el otro hermano que estaba casado en Conchalí, y él nos hizo una pieza pequeñita, solamente nos cabía una cama y una mesa chica. Todos dormíamos en la misma cama, mis dos hijas y mi marido, pero él trabajaba de noche, entonces él dormía en el día y nosotros dormíamos con mis hijos en la noche.

Una tía me ubicó por intermedio de mi mamá porque ella conocía a mi cuñado y sabía que trabajaba en una panadería ahí en Franklin. Ella empezó decirme que me viniera a la Herminda, que había un montón de terrenos —que era todo este sector—,

que le iban a dar a la gente a las familias de la toma de terrenos. Mi marido no quiso porque él quería comprarse una casa a medias con su hermano. Pero yo veía que eso no iba a resultar porque mi cuñada, que estaba esperando recién su primera guagüita, era distinta cuando estaba mi cuñado y su comportamiento cambiaba cuando estábamos solas. Entonces, yo le dije a mi esposo: “No, yo me voy a ir con mi tía, me voy a ir con mi tía”. El esposo de mi tía pasó en la tarde en un camión inmenso a buscarme y yo tenía mi pura cama. Yo me vine a la casa de mi tía y mi marido dijo que no. Mi tía me dijo: “Ya, no te preocupes porque tú eres joven y yo te voy a ayudar a cuidar tus hijos y tú vas a estudiar, vas a trabajar y vas a sacar adelante a tus hijos. Si no quiere tu marido no se viene no más, pero tú vas a tener tu sitio”.

Fuimos a inscribirnos y la dirigente tenía un libro grande y dijo: “Estas personas no han pagado las cuotas, no han venido a la reunión, ya las vamos a borrar”, y en su lugar me inscribieron a mí, pagué las cuotas que estaban atrasadas y quedé con un terreno. Así que yo estuve en la casa donde mis tíos alrededor de cuatro meses antes de que me entregaran el sitio. Bueno, anterior a eso, mi marido llegó igual, así que ya estábamos de nuevo como pareja, como marido y mujer. Cuando nos entregaron los terrenos, a él le llamó la atención y fue a comprar madera e hicimos una mediagua con dos piezas y yo consideraba que era grande, que era bonito. Era mío, ya estaba viviendo en lo mío.

Mi tía siempre me apoyaba y la vecina —que en esa época vivía al lado— decía: “Aquí tenemos que organizarnos porque los sitios los tenemos que pagar en cuotas, tenemos que poner el palo de la luz, tenemos que ver la cosa del agua, los medidores, etc.”. Todo se hacía en reuniones, había un comité organizado por el Partido Comunista con dirigentes para decir las cosas, entonces había que organizarse y ser una persona activa. Porque se hacían actividades, vendían sopaipillas. No podíamos todos comprar cosas para construir la casa que costaría 20.000 pesos, por ejemplo, yo no tenía esa plata, entonces la vecina del lado me

ayudaba junto con otras dos, entonces comprábamos un palo, después el otro y hacíamos nuestras casas entre todos. Fue bien solidario el sector en ese sentido.

Lo primero que se colgó fue la luz, pusimos un palo, después una ampolleta y un cable hacia adentro para poder tenerla. Íbamos tirando cables, unos eran más gruesos, otros más delgados y cada uno tenía que irse conectando según el sector. Se pagaba un permiso para poder hacerlo, pero todas las instalaciones las hacía gente que sabía no más cómo hacerlo. Entonces a uno le exigían no poner más de una ampolleta porque se podía recargar el medidor. Y no era mucho problema porque nadie tenía televisor, no como ahora que todo el mundo tiene, así que con una ampolleta nos alumbrábamos suficientemente bien.

Después nos organizamos para pagar el agua, había que pagar el alcantarillado porque si todo el pasaje lo pagaba se empezaba a construir. Había aquí en la población tres pilones, teníamos que ir a buscar el agua ahí, entonces uno tampoco podía ser exagerada, le daban un balde de agua, un tarro o un par de botellas de agua, no más que eso, y uno podía ir dos o tres veces, pero no llenar un tambor grande. No teníamos baño, era un pozo séptico que llamábamos pozo negro. A mi hijo más chico le dio neumonía y estuvo hospitalizado por el frío que había en las casas, eran desabrigadas. Así que se enfermaban los niños, pasaban hospitalizados.

Había respeto entre vecinos, nadie tenía reja. Yo creo que éramos todos más o menos iguales, así no teníamos más que las cosas que eran necesarias, ya después con los años empezaron a protegerse, a poner rejas porque ya empezó la delincuencia. Yo venía del campo donde pasábamos a buscar leña a veinte cuadas y nos veíamos con mi hermano, conversábamos y traíamos la leña. Entonces, llegar a la ciudad tiene un toque distinto, yo no conocía nada, me costó mucho acostumbrarme, vivía encerrada, pero como teníamos necesidades comunes con los vecinos, teníamos que ayudarnos.

La toma fue realizada en el año 66. La población fue una toma hecha por los comunistas, los dirigentes eran comunistas. Yo no era del Partido, mi tía estaba inscrita pero nunca fuimos, porque lo único que nos interesaba era la casa y pagar. Nunca me inscribí en un partido, incluso hasta ahora que el Partido Comunista me gusta. Igual tenía mi tendencia de izquierda por donde vengo, porque uno no debe ser ingenuo, todos estamos reunidos como gente más pobre, intentando ayudarnos. Hay que defender las cosas que uno tiene, a lo mejor soy comunista por ayudar, organizarse con la gente, querer progresar solidariamente, eso es ser comunista.

Yo soy una agradecida del presidente Allende, de la época en que él estuvo. Fue poco tiempo, pero nosotros aquí en la población tuvimos beneficios. Se formó la JAP que estaba formada por puros chiquillos del Partido, jóvenes, siempre hubo mercadería y teníamos un almacén definido donde teníamos que comprar. Yo tenía que inscribirme en el almacén con la cantidad de gente y necesidades que yo tenía. Yo era una delegada de manzana, iba con la lista donde el almacenero al que le llegaba la mercadería. La mercadería se distribuía familia por familia, a ella le tocaba esto y esto otro, te daban una bolsa, una canasta le llamaban, donde tenía todo lo básico, pero lo que no venía era la carne y el pollo, ya eso lo vendía JAP. Venían cada dos semanas, una semana llegaban los pollos y otra semana la carne, entonces según la cantidad de integrantes de la familia que hubiera nos tocaba. Entonces personalmente con mi familia, como mucha gente, yo puedo decir que fue la época más buena de alimentación que tuve, porque nunca he vuelto a tener tanta mercadería.

Después con el tiempo yo pude comprar mi primera lavadora, mi televisor, mi refrigerador, todas las cosas se las descontaban por planilla en el trabajo de mi marido. En el gobierno de Allende no tuve escasez de nada, tenía a mi cuñado que trabajaba en la pastelería, era panadero. Él me daba todos los días kilos de pan así que tenía pan para regalar a la gente.

El once fui a dejar a mis hijos al colegio y vi que las personas se estaban devolviendo porque había un derrocamiento y todos se iban a sus casas sabiendo lo que iba a pasar. Pronto comenzaron a pasar los aviones y a las once o doce de la mañana estaba lleno de militares el colegio por todos lados. Los militares pasaban con armas y se cortó la luz, hubo toques de queda y la gente no salía (dijeron que no se podía salir), que los militares podían hacer algo. Entonces pasábamos encerradas.

Se llevaron detenidos algunos dirigentes de la junta de vecinos, los tomaron y soltaron. Hubo un joven que desapareció y un caballero mayor que nunca llegó a su trabajo. Él trabajaba en Lo Valledor y nunca llegó, nunca supo la señora sobre su marido.

Había toques de queda, le apuntaban a los que tenían la luz apagada, no dejaban hacer lo que uno quería, entonces a esas cosas les teníamos mucho miedo. Había poca información, uno no sabía hasta cuándo iba a durar. ¿Qué iba a pasar ahora? Esa era la duda. En la semana, uno iba al almacén, había de todo, eso era lo extraño, estaba acumulado porque eso era lo que querían los milicos, que hubiera un caos, justificarse porque no había alimentos; era una falsedad que en Chile no había nada.

Al principio yo me pude abastecer. Después empezó a faltar la plata, ya no había como antes, en el gobierno de Allende yo tenía plata, después yo andaba pobre porque hubo un cambio de moneda.

Después empezaron las protestas, apaleaban y le sacaban la porquería a la gente, los tenían días y días sin saber dónde estaban, lo bueno es que estaba la Vicaría de la Solidaridad y uno podía acudir ahí. Al principio había mucha ayuda, pero después no sé si había tanta. Pero sí había muchas cosas injustas. A este señor de la esquina lo tomaron detenido porque era del Partido y lo estaban siguiendo. Estuvo hartó tiempo detenido el cabro, preso político. Y la mamá y el papá de él, habían sido dirigentes en esos años. Ella pidió un día hacer una manifestación ahí en

el Congreso, en el ex Congreso ahí en Bandera. Me acuerdo que nosotros fuimos, las mamás se encadenaron, y ellas querían que fuéramos a apoyar. Cortamos el tránsito, apoyamos, aplaudimos a todas las señoras que se encadenaron, se las llevaron a todas detenidas, estuvieron cinco días detenidas sin visitas, nadie sabía. Era una injusticia grande, nadie sabía qué es lo que estaba pasando, y mientras las mamás se encadenaban a ellos los cambiaban de celda. Entonces en el fondo después no quedaban ganas de hacer nada, porque se sabía que si alguien hacía algo público, ellos castigaban a los detenidos porque eran los familiares directos.

Había otra señora a la que tomaron detenida, ella estuvo mucho tiempo, con su esposo, con todo. Ella era una dirigente y cuando salió vendieron en una semana y se fueron de Chile porque dice que la violaron, perros, al marido igual y dice que los ponían en unos túneles oscuros donde los violaban y les metían palos de escoba en el ano y cuando salieron aterrados, vendieron todo y se fueron. Se iban a Suecia, todos se iban allá, porque allá había mucha gente.

Yo siempre ayudé en lo que pude. Cuando había protestas curaba a los heridos. Tratábamos de conseguir algunos recursos para que ellos pudieran ir al médico, pagar un auto, etc. Yo entré buscando el sacramento de mi hija Olga, ella tenía diez, para la primera comunión y yo ahí me quedé, me prepararon dos años y mi hija hizo la primera comunión, después me quedé preparándome por mi otro hijo. Había unas religiosas que nos apoyaban hartito y nos daban a entender muchas cosas.

La gente se juntaba para hablar de sus cosas: cómo organizarse, qué vamos a hacer, qué viene programado, salir, apoyar, todas esas cosas. Pero yo nunca participé activamente en ese tipo de cosas. Yo me quedé siempre haciendo catequesis y después ellos me mandaron a hacer un curso a la Vicaría para aprender primeros auxilios, por si había una necesidad. Yo vengo de una familia solidaria, mi madre era una mujer muy solidaria. Cuando llegaba gente a la casa en el campo, pucha mis tíos, sus hermanas,

mi mamá decía: “Quédense, aquí no hay mucho, pero lo que hay lo compartimos”. Yo creo que traigo en el ADN lo solidaria.

Bueno mis papás no eran de partidos ni mucho menos, mis papás nunca nos inculcaron esas cosas, sí nos inculcaron la fe católica, y en esa época de dictadura, había sacerdotes y religiosas que se las jugaban harto, nos enseñaban muchas cosas: ir a misa, al final de la misa hablaba la gente que la otra semana iba a haber una actividad para una persona que está enferma, otra que está detenida u otra herida a bala. Entonces cuando pasaba eso, era necesario ir a ver a esas personas que estaban enfermas. Yo fui a muchas casas, una estaba con una pierna con un montón de perdigones y la señora no tenía para hacer el almuerzo y había un grupo solidario que recolectaba mercadería. Nosotros éramos como cuatro y hacíamos de contacto, de visitar, preguntando necesidad, conseguíamos camas.

En ese tiempo había hartas protestas y aquí se organizaban, porque si había una protesta en el centro, aquí en la noche no había ningún micro, ningún auto podía entrar porque hacían fogatas y ya no entraba nadie más. También venían de otros lados, era como el centro de Cerro Navia porque aquí venían los cabros y los baleaban. Cuando estaba más grave alguno, tenían que comunicarse de alguna forma con la Vicaría, porque ahí tenían médicos, entonces uno tenía que darle el aviso al médico y los veía.

Nosotros hacíamos turno en las comunidades, armábamos grupos y equipos de salud, nos preparábamos como grupo de salud. La gente que quería podía quedarse cuando había protesta en la noche si es que había algún herido. Un día en una protesta, nosotros con una compañera hacíamos turno cuando se cortó toda la luz y empezaron balazos y se sintió algo muy fuerte, como que alguien puso algo en un poste cercano. Nosotros no teníamos conocimiento de lo que hacían los cabros afuera, pero llega un joven que todavía vive, sin su mano y él me dice que lo ayude y nosotros como sabíamos primeros auxilios le hicimos un torniquete, el tenía que ir a otro lado. Al parecer puso una

bomba o algo así... Y eso fue lo más fuerte que nos tocó vivir, fue impactante, sin luz, no sabíamos lo que iba a pasar, con miedo y el padre dijo: “Cierren y se van porque está muy malo acá”.

En ese tiempo, no recuerdo en qué año, a mi hija la tomaron detenida, fue la segunda protesta que se hizo aquí en Santiago. Ella fue a dar una prueba y a mandar tarjetas en el correo. Mi hija se quedó en el centro porque había una protesta, yo le dije: “Ten cuidado”, y ella me respondió: “Mami, no sea tan aguja”. En el centro se encontró con un amigo en la Catedral y al empezar la protesta caminan hacia el Paseo Ahumada, les hacen una encerrona y los tomaron presos. Fue terrible, ella no llegó a las siete, a las ocho. El padre Esteban y el padre Hugo me dijeron: “Vamos con el cura a hablar”, y nos fuimos al centro a la comisaría de Santo Domingo y todos los carabineros estaban apuntándonos sin darnos ningún tipo de información. Estuvimos ahí toda la noche, me dijeron que fuera a la Vicaría. Unos chiquillos que estudiaban Derecho contactaron a un abogado y ahí la encontraron en la misma comisaría de Santo Domingo. Estuvo detenida cinco días. Cuando la agarraron le pegaron mucho, la pisaron porque dice que la tiraron en el furgón de los carabineros, y todos pasaban por arriba de ella. Los pacos las tiraban, les pegaban lumazos y ella estaba metida debajo de la banca porque era así bajita y toda morada, toda morada. Después yo iba a verla a la comisaria, estuvo cinco días. Bueno, también fui a la Vicaría de la Solidaridad y me ayudaron, me orientaron, me apoyaron en todo, hasta con dinero y abogado. Me dieron un dinero para que yo tuviera un auto contratado para cuando a ella la liberaran, sacarla alto. Hicieron una misa donde mi hija fue a dar su testimonio, sabe, yo no pude ir. Tenía tanto miedo de perderla. La misa fue maravillosa. Lo que le pasó a ella fue histórico porque, ¿sabe? había gente de distintos países que me mandaba tarjetas, que me mandaba apoyo, de distintos lados, de distintas comunas, me mandaban mercadería, me mandaban plata, sabe que yo llegaba aquí y había pero cantidades de cosas, dinero. La querían conocer y fue una cosa como de

mucho cariño, mucho apoyo. El amigo de mi hija se tuvo que ir. Él se comunicaba con la Vicaría y yo acompañé a su mamá a verlo. Él ya estaba mejor, pero había tenido que dormir en las bancas de las plazas, y tenía que firmar tres veces al día. A veces, lo iban a molestar en la noche. Era pero terrible, terrible.

En ese tiempo llegó don Enrique Alvear. A él lo trasladaron a trabajar acá. Él vivía un poco más arriba, ahí tenía la Vicaría. Tenía una casa cerca y ahí visitaba no solo a la Herminda, sino también otras comunidades, porque él era vicario. Él tenía a cargo las comunidades de Pudahuel Norte, la idea era vivir cerca para comunicarse más con la gente y ayudar en el sentido de ser solidario. Crear más organizaciones, según las necesidades que la gente tuviera. Por ejemplo, se formaban las ollas comunes porque había poca alimentación, gente cesante. Les traían chalecos para irlos a vender a otro lado, las lanas para que las mujeres tejieran, se formaron los equipos de salud para ayudar a la gente que estaba enferma porque no podían llegar a un lugar solo para atenderse, consiguió recursos para que nosotros nos preparáramos, pudiéramos aprender y traer médicos.

El padre Alvear estuvo yo creo como cinco años, un hombre muy solidario, muy creyente, muy pastor. Él creía en la gente, por eso sabía que se las iban a arreglar, y sabía que las personas eran capaces de surgir. Con la oración —al leer textos bíblicos— siempre buscaba que la gente entendiera que esto estaba escrito que iba a pasar, pero había un Dios que nos iba a proteger y nos iba a ayudar. Entonces ayudó mucho en la fe, a profundizar la fe, a tener grandes raíces, hoy día ya no hay pastores así, no hay curas así. El padre Alvear era cercano, un hombre lleno de fe, que uno sentía una tranquilidad que quedaba en el en el aire. Así era él, dejaba paz, entregaba paz, ayudaba mucho a la gente para darle ánimo.

Ahora quieren que la Población Herminda de la Victoria se llame Villa Santa Victoria, pero no le van a cambiar el nombre, porque ya tenemos todos nuestros documentos, nuestras escritu-

ras, nuestras casas están con nuestro nombre. Nosotros no lo vamos a cambiar, porque cómo van a cambiar nuestras escrituras.

Yo participo mucho en mi comunidad, aquí es como una familia, porque uno sabe cómo está el otro. En el caso que alguien fallece, uno ayuda dándole ánimo y eso te fortalece, eso te ayuda. Yo le puedo decir que aquí la gente ha querido surgir para mejor. Hoy en día toda la gente tiene celulares, no sé si será bueno o será malo, pero es un adelanto, harta tecnología ha llegado. La mayoría tiene su auto, aunque no sea nuevo, pero tiene su auto. Creo que eso es bueno, la gente ha podido surgir, pero se ha perdido un poco esta parte de preocuparse más del vecino, lo he notado un poco, estamos viviendo para adentro, si no pasa algo que te impacte no te preocupas del vecino y antes no éramos así. Hemos ganado cosas materiales y se está perdiendo lo rico de la amistad, de la vecindad, del saber del otro. Considero que esto no es bueno. Se nos está yendo un poco la fe, o estamos dejando que el Señor se vaya porque nos estamos interesando en otras cosas, creo que hay que rescatarlo. A la juventud de hoy no le interesa mucho la amistad, la sociabilidad. Las ollas comunes, por ejemplo, se terminaron cuando llegó la democracia. Se suponía que las cosas serían distintas, por ello, la Iglesia dio un giro y no llegaban recursos, por ende no se podía hacer más olla común. Personalmente tuve que dejar todo lo que hacía solidariamente porque tuve que empezar a trabajar.

Mirando hacia atrás pienso que fui una niña muy feliz, con mi papá y mi mamá, con pocas cosas, pero otras que no se pueden comprar en ningún lado: el cariño, la familia que nos dio. Después me casé y tenemos 47 años de casados. Hemos ido superando las etapas de la vida matrimonial, porque no es fácil. Creo que estoy viviendo una linda etapa, considero que crié bien a mis hijos y son buenos chiquillos, tengo unas excelentes nueras y unos nietos lindos.

A pesar que los años pasan la cuenta, no me quedo en la casa encerrada porque eso me mata: la soledad. Hay una cosa que no

puedo hacer, y es tener la puerta cerrada, quedarme adentro todo el día. Cuando estoy el fin de semana aquí y estoy donde mi amiga, salgo, visito vecinos, en la mañana barro toda la vereda hasta allá. Yo no quiero comprar un auto u otra casa porque no tengo los recursos y otra que no me gustaría irme a otro lado, uno tiene tantas cosas que le han costado. Yo creo que aquí vamos a terminar nuestra vida con mi marido, yo creo que nacimos para estar aquí.

MAGDALENA MARTÍNEZ

**“Nosotros queríamos que nos sacaran de ahí, pero
no así de la noche a la mañana”**



Magdalena Martínez Herrera nació un 22 de diciembre de 1955. Vivió en diversos lugares de la comuna de las Las Condes hasta la década del 80. Fue erradicada de la población Tabancura, donde vivía con su familia y fue destinada a la Villa Alianza 2, en la comuna de Pudahuel y posteriormente, Cerro Navia.

Yo nací en el hospital Salvador; mi nombre es Magdalena de las Mercedes Martínez Herrera, nací un 22 de diciembre de 1955 y con mi familia vivimos en Las Condes bajo, San Enrique. El lugar donde vivíamos se llamaba Quinchamalí, allá había cinco casas. Era un pedreral, cerros y cerros de piedras donde nosotros vivíamos. El dueño del terreno nos pasó el terreno, era gringo de San Bernardo. Él nos mandó a aplanar el terreno, lo rellenó y ahí estaban las cinco casas, que eran de los trabajadores que ahí mismo vivían. Nosotros nos criamos en las viñas con mi mamá y mi papá. Mi hermano arriaba bueyes con la yunta y acarreaba madera y adobe porque no había para ladrillos. Después se quemaban y se hacían chonchones y ahí salían ladrillos.

Nosotros trabajábamos en la viña, después de la viña, recogíamos cerezas. Luego recogiendo, partiendo y seleccionando nueces y así con las frambuesas, los tomates. ¡Es que era un terreno muy grande el del caballero, el del gringo! Con él teníamos trabajo todo el año. Nosotros íbamos a la escuela N° 182, muy chiquitita, había hartos chiquillos. Allá hacían clases en la mañana y en la tarde. Afuera había un retén de carabineros y muchos caballos. No podíamos faltar porque los carabineros nos iban a buscar a la casa. Nos salían a buscar altiro. En el período en que mi mamá trabajaba con las cerezas, nosotros nos íbamos donde embalaban las cerezas para que no nos pillaran, pero nos pillaban igual porque no faltaba el trabajador que le decía a mi mamá: “¡Carolita, vimos a los escuincles allá abajo!”. Y entonces nos pillaban y nos sacaban la mugre a correazos.

Era divertido ir al colegio antes, no como ahora. Porque ahora si quieren van, o si no, no. Los profesores eran cariñosos. Nos daban leche calientita, pan calientito con mantequilla, con miel. Y nos tenían a todos en una sala grande y en el invierno nos llevaban a otra sala a escuchar música, tocábamos diferentes instrumentos, nos pasaban películas. Nosotros no teníamos idea de televisión con la pantalla grande, eran películas con las proyectoras, con paños grandes al fondo, y nos pasaban esas películas. Nosotros no conocíamos la tele, nada.

Conocí a mi marido en ese tiempo, pero a él le gustaba mi hermana y a mí me gustaba el hermano. Como mi hermana no salió con él y el hermano de él no salió conmigo, salimos los dos al cine y nos gustamos. Fuimos a ver a Sandro, *Mi madre querida*, donde van a un bar, esa fuimos a ver. Nunca me pude olvidar de esa película, era muy bonita. Después me dijo vamos a la casa donde trabajaba y vivía él. “Vamos” le dije yo. Y ahí conocí allá, y resulta que otro hermano de él, un hermano mayor tenía a su polola allá. Me invitó a que me quedara ahí. Y yo dije que no. “Quédate con él nomás, si no te van a pegar”, me decía mi concuñada. “Le dices que te quedas con el Héctor” y no te van a

hacer nada. Mi mamá no, ¿pero mi papá y mi hermano? Si no, no te vas más para la casa. Y yo le hice caso. No volví más, yo tenía quince años. Mi mamá me buscó con los carabineros y me encontraron.

Estuve como dos meses escondida. ¡Harto! Yo no salía. Así que me pillaron y hablé con mi mamá y mi papá me sacó. ¡Uf! Yo le dije que si me seguía pegando yo lo iba a acusar porque estaba embarazada. Fueron más de dos meses, yo tenía un mes y tanto de embarazo. Ahí mi mamá se metió, mi hermana y mi hermano. Y mi papá estaba con trago y más me pegaba, pero no me amarró. No me amarró, menos mal. Él nos amarraba en un poste y ahí nos daba. Ahí me pegó esa vez y yo dije a mi mamá: “Yo me voy, no vuelvo nunca más. Mamita yo lo siento, pero yo me voy con el Héctor porque estoy embarazada”. Y le dijo: “No se preocupe, señora Carola, la lola va a estar bien conmigo y yo nunca la voy a dejar de querer”. Mi mamá dijo: “Espero que sea así”.

Nos fuimos para su casa en Peñalolén de nuevo, la tía de Héctor vivía al frente de Llancagua y ahí se armó un comité en Los Dominicos. La tía participaba en el comité Los Dominicos. Dijeron que fuéramos para tener nuestras propias casas. Yo no me quería ir porque el patrón de mi marido nos dio una casa. Dentro del fundo donde trabajaba mi marido, era un fundo grande y a mí me gustaba estar ahí porque ahí tenía la verdura, la carne y los huevos, el pan, todo fresco y yo no gastaba nada porque me lo iban a dejar todos los días. Pero él quería salir de ahí.

Antes del golpe y a comienzo de los 70, ya estábamos en Llancagua sur. En esa población vivimos como 14 años. Era pobre pero buena. Había pobreza, pero mucha gente confunde la suciedad con la pobreza. Porque ya, yo soy pobre, pero trato de mantener a los cabros lo más limpios que se pueda. O la casa, estarla limpiando y barriendo.

Yo tenía dos piezas, yo tenía a César y a la Isabel, mis hijos. Después tuve a la Andrea igual con dos piezas. Después con el campamento San Luis compré dos piezas, y empecé con cuatro

piezas y tenía cuatros hijos. Tenían sus piezas ellos, yo cocinaba en una pieza chiquitita y ahí estábamos más separados. Comedor, cocina y dormitorio. La gente era muy unida. Había drogadicción pero no con pasta base, no había robos ni peleas.

Y así fuimos pasando la Unidad Popular allá. Había más plata pero no había comida, había que ir a buscarla. Salir en la noche a hacer cola, amanecerse para un kilo de azúcar, o un litro de aceite, o azúcar líquida en botella. El pan, la harina era difícil conseguirlo. Allá no llegaba mucho apoyo social de la Unidad Popular. Llegaban unos camiones grandes y repartían una tarjeta de la JAP, y el que no tenía esa tarjeta, no podía comprar ahí. Eran como tarjetas de racionamiento o algo así. En el colegio les daban a los críos leche o si no les mandaban un kilo de leche en polvo a los niños. Entonces no era tanto, pero el pan era de todos los días. Todos los cabros eran buenos para el pan. Yo era flaquita, yo aquí me puse guatona y fea.

Del golpe nos enteramos por la radio nosotros. Escuchamos y nos llamaron a todos en una sede grande, inmensa, grande. Prendieron la tele grande y ahí nos mostraban. Estuvieron todo el día mostrando, al otro día igual. Todos decían al Presidente lo mataron. Yo no entendía nada, nunca he entendido de política, y siempre me han dicho que tienes que entender un poco. Pasaba mucho helicóptero y avión. Muchos vecinos se escondieron y se fueron porque llegó mucho policía y milicos, muchos milicos.

Pasó el tiempo y le cambiaron el nombre a la población. Vinieron de la Municipalidad. Primero le pusieron Unión Alianza y después Población Tabancura. Llegaron y dijeron Llancagüe sur era supuestamente de la Unidad Popular, no sé. Y siempre de la Municipalidad nos tiraban el miedo con que nos iban a sacar. Vivían encuestándonos, nos hacían preguntas directas: “¿Cuántos hijos tienes tú?”. Así me decían. “Cuatro”. “¿Qué edad tienen?”. Tanto. “¿Estudia?”. “Sí”. “¿Tu marido en qué trabaja? ¿Cuánto gana? ¿De qué día hasta qué día trabaja en la semana?”. Y nos decían que nos iban a sacar, pero no sabíamos dónde. Por un lado

decíamos “que nos saquen luego” porque siempre nos decían que nos iban a sacar de ahí y que nos iban a llevar a las casitas sólidas. Yo siempre preguntaba: “¿Qué es lo que es sólido?”. “Una casa de cemento”. “Ah, ¿no son de madera?”. “No, de cemento”. Y cuando decían cemento, toda la gente decía: “Ah, qué bueno, qué bueno”. Sí, porque nos llovíamos, se nos volaban los techos, salían lejos. Ya después eran de pizarreño. Nosotros queríamos que nos sacaran de ahí, pero no así de la noche a la mañana.

Antes de que tuvieran que erradicar, nos dijeron que teníamos que tener 1.200 pesos de ahorro y yo no los tenía. Yo me la conseguí la plata, hablé con las monjitas donde estudiaban mis hijas. Y ellas me pagaron el pie de la casa. Ellas me consiguieron ropa de cama y todo para los chiquillos. Las monjas me ayudaron a juntar la plata. Ellas me dieron la plata para el primer pie. Y ya en los 80 más menos, antes del aniversario del 11, nos pasaron avisando, como el 10 de septiembre los dirigentes contaron. Es que esa población era tan grande, que estaba dividida en cinco o seis partes. Entonces el dirigente de ese pedazo nos pasó avisando que empacaran porque nos iban a sacar. Y a las personas que no le avisaban, era porque se iban para otro lado. Sacaron a toda la gente. Vinieron dos camiones a sacar a la gente. O sea un camión para dos familias. Venía el puro chofer y un funcionario municipal. A nosotros nos tocó de los últimos. Como el 14 de septiembre llegué yo, ya toda la otra gente se había venido.

Me traje las camas, unas sillitas que yo tenía de coligüe, mesas de coligüe, de mimbre, mi cocina. Lavadora no tenía, tenía una artesa, no tenía nada más. Pero tenía que traer mi artesa, o si no dónde iba a lavar. Y a mis chiquillos. Cuando llegué acá mi marido no estaba conmigo esa vez, él se perdía semanas y volvía. Y cuando volvía me decía: “Bueno, ¿y qué? Soy hombre”. Era todo lo que me decía, era hombre.

Cuando nosotros llegamos acá él no estaba y una amiga me esperaba. Ella me ayudó a ordenar mis cosas, a hacer todo. Los chiquillos estaban felices, la casa es de un piso. Cuando llegamos

la casa tenía living-comedor grande, y la cocina. Tres piezas y el baño. Pero había un dormitorio con dos camas y en las otras cabía una cama chiquitita de una plaza. Pero yo no les tenía camas porque mis camas se hicieron tira. Yo nunca me había comprado una cama nueva, así que cuando llegamos acá, a la semana yo tiré los colchones y... “Ya, tú duermes acá con tu hermana”. Dormían la Isa y la Andrea. El César dormía solo y la Katy conmigo. Y como no estaba su papá estábamos felices. Todo este terreno era un sembrado de porotos y remolacha. Un día le dije a una vecina: “Oiga vecina, ¿irán a recibir gente para cortar porotos?”. Me dijo no creo, no voy a ir a pasar vergüenza allá. “Vergüenza se tiene para robar”, le dije yo. “Yo no tengo plata para darles a mis cabros, así que tengo que ir a trabajar nomás”. Y la señora como que se ofendió y yo con mis chiquillos, con el César y la Andrea, salimos a encontrar pega. Nos dieron trabajo de porotos. Cortábamos tres sacos de porotos al día, pero nos costaba un mundo porque con el sol, se van bajando y poniendo lacios los porotos. Y los gallos eran canallas porque tomaban el saco y lo tiraban para dentro y decían: “Le falta”. Nos apurábamos con mi hijo, nos poníamos un saco y empezábamos a cortar porotos.

Villa Alianza 2, así se llamó siempre, y era un peladero. Los cabros tenían una cancha de fútbol y después construyeron todo esto acá. Estaba al lado de la Alianza 1, era de una cooperativa y esa población de nosotros era para carabineros. Y como estaba muy retirada de las otras poblaciones, no había más casas. Estaban aislados y los carabineros lo rechazaron. Todos éramos de la Alianza de Tabancura. Ninguna gente de aquí venía de otra parte, nadie. Esta población se llenó, pero allá quedó mucha gente.

Cuando yo tenía mi casa encachadita, al tercer día volví a la población y ya no había nada. Lo habían sacado todo, todas las casas que estaban desocupadas se las habían llevado. ¿Quiénes? No sé. Ni escombros, se llevaron todo. Y quedó gente, y esa gente que quedó allá la llevaron para La Cisterna, otras para San Bernardo. Aquí no hubo comités, nada. Aquí cada uno mataba

a su toro. Si yo te conocía allá arriba, aquí yo no te conozco. Así fue el trato acá. Mi amiga, es hija de la tía de mi marido, me ayudaba. Yo le digo: “Putá, si no hubiera sido por ti”. Y ella trabajaba y me traía pan para los chiquillos, comida. Si lo pasamos muy mal nosotros. Yo digo bueno, Dios sabrá. Fue una prueba grande que nos puso y salimos adelante porque yo me puse a trabajar en los porotos. Aquí no había más pega, y los hombres tenían que ir allá arriba, a Lo Barnechea, a Tabancura, allá estaba todo el trabajo. La gran mayoría trabajaba en construcción y jardinería.

Y mi viejo no aparecía, yo decía: “Bueno, por un lado será mejor”. Nosotros sabíamos que él tenía otra pareja. Él conocía la dirección de esta casa, todas las calles tienen nombres de aves, yo estoy en la calle central Las Gaviotas. Bueno, aquí uno tenía que apachugar solito, todos vivían encerrados. El primer mes todos con sus casas lindas, todas pintadas y rejas de fierro, protecciones. Y los hijos, grandes ya, muchos se pusieron delincuentes. Porque empezaron a fumar la pasta base, andar apedreando a la gente, andaban robando. Los mismos cabros salían a buscar, para conocer. Llegaban con la cabeza casi colgando, peleando. Yo con miedo, mi hija estudiaba en Providencia, informática. Tenía que llegar a Providencia y de ahí cruzar y doblar. Yo tenía ese miedo, la iba a dejar porque había una pura micro que llegaba ahí.

Aquí había luz, todas las casas tenían agua. Pero no había teléfono cerca. Ni carabineros porque la 45ª apareció después. Había una que quedaba por avenida Estados Unidos, para allá. De hospitales nada, yo seguía yendo al Salvador, y a los chicos los llevaba al Calvo Mackenna. Allá nos atendíamos porque no conocíamos el Félix Bulnes. Cuando llegamos esto era Pudahuel, no Cerro Navia.

Y después por ahí llegó mi marido. Cuando llegó ese día con un gomero, un macetero. “¡Vilma!”, gritando en la puerta. Pero sabe que la calle central era pura tierra. Y él llegó chapoteando en la tierra. “Ábreme la puerta”, y todos muertos de la risa. Los

niños vieron que su papá gritaba así y corrieron a esconderse. Pero no lo acepté.

Como al mes después llegó, pero yo le dije: “Con una condición. Mis hijos no te han visto curado, y en mi casa yo no quiero amigos, para fuera sí. Júntese con el demonio si quiere, pero de aquí para allá. Tenemos tres hijas mujeres y no quiero problemas. Ellas tienen que estudiar y no por los problemas tuyos y míos, yo voy a dejar que a mis hijas les pase algo. Mi hija estudia muy lejos, y yo no puedo llegar en el momento que me necesite así que ti verás: o nos portamos como gente civilizada o no”. “Ya”, me dijo. “Yo me voy a quedar porque son mis hijos y tú mi mujer, pero no quiero que me trates tan mal”.

Aquí durante la dictadura yo no vi allanamientos o toque de queda, los problemas eran por las micros y porque no había trabajo. Por eso las mujeres y hombres salían, y quedaban muchos niños solos acá. Y por eso que los cabros chicos hacían lo que querían porque todo esto era un peladero y los cabros se iban a la orilla del río a fumar y tomar. Aquí la gente se puso “yo soy yo, mi familia y nadie más”.

Y por mientras acá llegaba y llegaba más gente. Entre los 80 y los 90 no había mucha ayuda. Aquí había un centro comunitario que ayudaba, hacían clases de repostería, gasfitería, a las niñas jóvenes les daban cursos, a las mamás solteras. Y el jardín, mis siete nietos han pasado por el jardín. De que llegamos pasó dos o tres años más o menos, y empezó la drogadicción. Se hizo visible y las peleas era pan de casa día. La droga se vendía escondida pero se vendía, después empezó a salir más a la vista la droga. Y salió para quedarse porque ya no hay quien la pare. Mi hija salía a vender droga y yo salía atrás de ella para pegarle y al final la eché. Y vendían día y noche.

Pero desde que llegamos, todo ha ido peor acá. A mí no me gusta el barrio por lo que hay actualmente. He tenido la opción de irme de acá, a Buin, pero no me voy por el trabajo de mi viejo y por el síndrome de Down de mi nieta. Debería haber cambios,

en los consultorios, por ejemplo. Porque para llevar a un niño al consultorio uno tiene que levantarse a las cinco de la mañana, para sacar un número. Allá cuando llevaba a los niños al consultorio, yo llamaba por teléfono y me daban hora para el otro día. ¿Por qué no lo hacen acá igual?

Así con la vida de uno, son cosas que pasan; pero no son cuentos, son historias.

EDUARDO UBILLA

**“Aquí yo invertí, aquí terminé de criar a mis chiquillas,
se me casaron y todo, y yo quiero morir aquí”**



Eduardo Ubilla nació en el año 1939 en la localidad de Malloa, sexta región. Su primera casa la construyó en la población José María Caro; sin embargo, se trasladó a la actual Cerro Navia en busca de un ambiente más tranquilo para criar a sus hijas.

Mi nombre es Eduardo Ubilla Arenas. Yo nací en la comuna de Malloa en la sexta región, el 24 de junio de 1939; puntualmente nací en un lugar que se llama Canta Ramo; es un pueblito chico que hay, somos ocho hermanos.

Llegué en el 58, a los 19 años. Hice el servicio y como a mí no me gustaba allá el trabajo del campo, quise venir a probar suerte a Santiago, vine a pasear, a conocer y me quedé aquí, encontraba que no era para mí el trabajo del campo. Desde ahí me fui a estudiar a San Fernando a los doce años, y ahí como que me empecé a dar cuenta que uno tiene que buscar una mejoría.

Mi papá siempre nos decía: “Vayan a estudiar”, pero la falla que tuvo es que no me pudo ayudar, yo por ejemplo tenía que comprar libros, tenía que vestirme, y para eso no me le daba.

Entonces yo empecé a ver que en el campo nunca iba a progresar. San Fernando es una ciudad, entonces conoces gente distinta, a papás de compañeros, se abre el mundo.

Una vez mi tío me dijo: “A ver, Lalo, ¿vamos a San Fernando?”. Tenía unos ocho años. Fuimos donde una hermana de mi papá, llegamos allá y me empecé a dar cuenta que la manera de hablar de mis primos eran distinta a la mía, entonces cualquiera cosa que yo hablaba, ellos me rectificaban. Yo pensaba: “Pucha, por qué si yo hablo igual que ellos”, y no pues, no era así.

Después cuando yo me fui a estudiar a San Fernando, me di cuenta de que allá los mismos compañeros de curso me decían el “Huasito” Ubilla; entonces yo les preguntaba: “¿Por qué me dicen huaso?”. Y me decían: “Si hablas como huaso, pues”. Yo hablaba así porque de chico empecé a escuchar a la gente como hablaba, por ejemplo, un día pasó un helicóptero y había una señora ahí con nosotros, entonces dice ella así: “Hay un helicóptero”. Entonces me quedó como que así se llamaba ese aparato desconocido. Entonces cuando veíamos uno, decíamos: “Ah, el helicóptero”, y después en San Fernando eso daba risa, ahí tuve que empezar de nuevo a aprender las cosas cómo eran realmente, y tuve una profesora muy buena que me enseñó harto.

Después entré a la industrial, yo mismo hice mis trámites. Me dijeron: “Usted tiene que tener un apoderado”. Le dije a mi tía: “Por qué no es mi apoderado usted, porque tengo que tener un apoderado”. “Ya” —me dijo— “ningún problema, pero siempre que aprendas mecánica de auto”.

Pero era mecánica a *tórner*, no había mecánica de autos. La tía firmó todo, pero resulta que después se dio cuenta que no era mecánica de autos como ella quería. Entonces ya no fue más y me echaron porque no cumplía, además nos exigían dos ternos, uno café oscuro y uno azul marino, camisa celeste y camisa blanca, y no tenía para comprarlo.

De ahí trabajé un tiempo en trillas de trigo, iba a trabajar a las máquinas, y ahí me fui a hacer el servicio militar a San Felipe.

Después me vine para acá a Santiago, pero antes en el regimiento nos preguntaron si queríamos ser milicos, carabineros, y ahí salimos dos, yo y otro cabro, en marzo teníamos que presentarnos. Fuimos en marzo a la comisaría de San Fernando, y al otro cabro le dijeron: “Tú quedas altiro, y tú, te vas en agosto”. Llevé todos los papeles listos en agosto, tenía que presentar mis papeles en la calle Carrión, en Independencia (Santiago), ahí estaba la 16ª comisaría.

Conocí a mi señora aquí en Santiago, la veía y me gustaba, pucha y pasó lo que tenía que pasar: la dejé embarazada y no pude estudiar para carabinero. Tenía una responsabilidad familiar ahora, no me permitieron ingresar, ahí “clotí”, tuve que echar todo para atrás, y ahí empecé a buscar pega aquí y encontré ligerito.

Después de esto me fui a vivir con una tía, en Quinta de Recreo, Bilbao para arriba, en Pedro de Valdivia. Ahí estuvimos unos meses con ella y ahí me casé, pololeé tres meses. No sé si fui irresponsable, pero antes tuve varias pololas en San Fernando, entonces yo decía: “Si tenemos relaciones, y quedas embarazada, yo me caso contigo”. Lo hice así con mi señora.

La primera casa que tuvimos fue en la José María Caro; la compré el año 60, estuve diez años allá. Aquí llegué en el año 70 porque no era muy bien nombrada la José María Caro, y como yo tenía hijas mujeres, empecé a pensar y dije: “No es ambiente para criar a mis hijas aquí”, y empecé a buscar. Mis hijas empezaron a crecer y ellas veían cosas ahí que no tenían que ver, peleas, cerca de la casa mataron como a dos caballeros, estaba malo.

Un día conversando con un dirigente de allá, me dijo: “Sabes, en Lo Prado hay sitios”. No conocía nada para acá, vine y me gustó aquí, yo compré este sitio, el de allá y el de acá eran míos. Me apuré harto en construir, o sea, yo compré a fines del 69, pongámosle, y ahí como tenía platita comencé altiro a comprar el material y empecé a edificar. Entonces un caballero allá de la José María Caro que estaba enamorado de la casa me la

compró, se la vendí en 36 mil escudos, y ahí empecé.

En ese tiempo yo estaba trabajando, empecé ahí desde abajo como barredor. Llegué a ser mecánico, ahí haciendo y viendo de todo, aprendí. También fui dirigente, fui el presidente del sindicato, éramos 380 personas. Con los conocimientos pocos que tenía, de repente pienso y digo: “No tenía tanta preparación pero llegué a hacer eso”. Era harta la responsabilidad por las decisiones que tomaba, yo lo tomaba como que era un padre, como que eran hijos todos míos.

Cuando llegué aquí, había dos casas no más, yo fui el tercero en llegar, esta es una villa que es todo particular. En la población Yugoslavia tuvieron más mala suerte porque llegaron y se lo tomaron nomás, se ponían ahí y ponían unos alambres. Después no tenían agua ni una cosa, eso a mi hija no se lo hubiera dado, claro, tenía todas mis comodidades allá con mis chiquillas, no lo iba cambiar por algo peor.

Aquí lo entregaron todo urbanizado, estaba Endesa y se preocupó de pavimentar Mapocho. Endesa estaba muchos años antes que nosotros llegáramos, si aquí antes era un fundo esta cuestión. En cuanto a la locomoción, había un carro que venía de allá de Matucana, se venía por Mapocho (antes no eran calles eso sí, eran caminos, llamémoslo callejones en los campos) salía por allá por Estrella, por ahí tenían una salida y se iban por San Pablo.

Cuando llegué acá el año 70 me metí a la junta de vecinos de acá. Ahí empecé ya a ayudar, por ejemplo, cuando había enfermos nosotros les ayudábamos, a cualquiera que muriera le hacíamos una colecta.

En el gobierno de Allende no me gustaban las formas, no estaba en contra de Allende, estaba en contra de los que estaban al lado de él, porque uno como dirigente sindical se mete en muchas cosas. Y la contradicción la vivía en la propia empresa, como dirigente sindical, aunque yo lo quisiera no pensaba como ellos. En eso los compañeros empezaron hacer paros, y ahí llamábamos a reunión y les decía: “Mire, compañero, si aquí nosotros a los

patrones le hacemos paro una semana, la producción se va para atrás, y si no hay producción no hay venta, cómo los patrones nos van a pagar”. Entonces para ellos era “momio”.

Yo de primera nunca me quise meter en cuestiones de política, después fui avanzando un poco, aprendiendo más de los mismos empresarios que hablaban de política, yo antes no tenía idea, para mí uno trabajaba y te pagaban el sueldo y punto. En el 63 conocí a Frei Montalva, en ese entonces candidato a la Presidencia, un día pasó por la José María Caro, y pasó a mi casa, lo recibí y conversamos, me gustó la forma de cómo él planteó las cosas, me invitó al Partido y fui. Él quería cosas, que toda la gente tuviera sus comodidades. Instaló la Reforma Agraria y hartas cosas que hizo, entonces me gustó y dije: “Ya, me inscribo en el Partido, voy a ser militante”, y soy militante todavía.

Yo estaba metido en la federación textil, entonces ahí me fui dando cuenta de las ideas de unos y las idea de otros, ahí me convencí que este caballero era el ideal, yo le dije a las cabras: “Saben que, me gusta Frei y me voy hacer militante de la Democracia Cristiana”. Y me dijeron: “Anda huevón, que vas a andar al lado de la empresa”. Las cabras como les digo yo, eran las trabajadoras, porque éramos como 34 hombres y las demás puras mujeres, en el ámbito textil.

Cuando fue el golpe, nosotros ya estábamos informados, pero en parte nos engañó Pinochet porque le dijo a la Democracia Cristiana que no iba a haber derramamiento de sangre, pero los acuerdos no los respetaron, porque nos decían por ejemplo: “A los rebeldes nosotros los vamos a tener detenidos, lo vamos a detener, no matar”. Lo otro que no me gustó fue que empezaran a esconder las cosas cuando estuvo Allende. Por ejemplo, aquí en la esquina había una panadería, pero había que caminar a Las Torres para comprar un kilo de pan, eso era lo que te vendían.

En la empresa para el golpe no pasó nada, lo que sí hubo fue gente que la despidieron, pero cuatro que eran comunistas. Un día nos vinieron a buscar acá, y ahí ya dijeron: “Ustedes cuatro comu-

nistas se van”. Sin nada, no les pagaban nada, dijeron: “Tú, Ubilla, te quedas, no te vamos a echar, no tienes motivo para echarte”.

Aquí en la población nos pusieron un cuartel, mataron hartos los milicos en la noche, yo fui a ver cómo iban los muertos por el río. Nosotros a las seis de la tarde ya teníamos que estar adentro, no podía salir nadie, pero fue una forma de poner orden también. Yo creo que si nosotros hubiésemos seguido —y no hubiera intervenido el Pinochet— yo creo que nosotros hubiésemos sido como Cuba.

En los últimos años acá se ve que no hay una mano dura, hay mucha delincuencia y droga. En realidad es en todo Chile, no es cosa de nombrar solo a Cerro Navia. No es aquí no más, es en Las Condes también. Pero igual yo quiero morir aquí, en mi casa. Yo en la José María Caro dejé muchos recuerdos míos: la primera casa que levanté, con sangre en las manos, yo dejé eso por la sencilla razón de mis hijas, porque se iban a criar en otro ambiente. Aquí yo invertí, aquí terminé de criar a mis chiquillas, se me casaron y todo, y yo quiero morir aquí. Yo les digo a mis hijas: “Aquí me van a velar, no me vayan a llevar a una iglesia, nada de cuestiones, aquí me velan”. Yo aquí llevo cuarenta y tantos años viviendo, uno ya tiene su casa aquí, mis plantas, todo.

SERGIO PEÑA

**“En La Herminda de la Victoria la experiencia
fue bonita porque estaba todo organizado,
todos respondían a los puestos que nos ponían
y las obligaciones que teníamos”**



Sergio Peña nació en el año 1947. Llegó a los cinco años a Quinta Normal, para luego en su juventud participar de la toma de terrenos de la Herminda de la Victoria, su vida allí en los años ochenta fue marcada por la participación en la Iglesia católica, junto al Padre Enrique Alvear.

Mi nombre es Sergio Peña. Nací el 10 de Septiembre de 1947, actualmente tengo 66 años. Soy de Isla De Maipo y viví ahí hasta los 5 años, después me vine a Quinta Normal.

Acá mi mamá trabajaba en una quinta de recreo, ella hacía la cena, yo me vine con ella y estudié acá en Santiago; mi papá falleció en la Isla de Maipo, él era zapatero, yo tenía por lo menos unos tres o cuatro años cuando falleció. Aquí vivíamos en la calle Porto Seguro con blanco Garcés, eso debió haber sido unos 40, unos 50 años atrás. Después mi mamá conoció a otra persona y se unieron, los tres después nos fuimos a Blanco Garcés con Nueva Imperial.

El primer año humanidades lo hice en un colegio en Catedral, pero saqué ese año nomás, y ya no estudié más. Después trabajé con el caballero que mi mamá conoció, era contratista de obras sanitarias. Trabajé en eso por lo menos unos 20 años. Pero después él falleció, y otra vez nos quedamos solos con mi mamá.

Ahí nos tuvimos que ir donde una hija de él, pero se portó mal y ahí nos fuimos a un campamento, a un comité que había antiguamente, o sea, primero arrendábamos una casa donde una tía, una pieza y de ahí después salió el campamento donde nació esta población (Herminda de la Victoria).

Nosotros al comienzo controlábamos un comité, que luego se convirtió en una organización para realizar el operativo que se tomó los terrenos de Las Torres con San Pablo. Al comienzo era todo inseguro, teníamos temor a que fuéramos reprimidos por los carabineros.

Primeramente se hacia la olla común, todos iban cocinando en un fondo blanco. El cabecilla de ahí se llamaba Juan Araya, un dirigente muy nombrado aquí en la comuna de Cerro Navia, Pudahuel, en Barrancas que se llamaba antes. La experiencia era bonita porque teníamos que hacer guardia toda la noche, nos íbamos rotando. Yo tendría a lo menos unos 18, 19 años. La experiencia fue bonita porque estaba todo organizado, todos respondían a los puestos que nos ponían y las obligaciones que teníamos, sacar basura, ir a buscar agua...

Después los jóvenes universitarios organizaron un camino para repartir agua y después organizaron *shows* para ir a entretener a los niños, también a los adultos, hacían actividades de juego con los niños y llevaban también algunos alimentos no perecibles para ayudar. Las casas las armamos con nylon, con esas grandes mangas negras, otros con sábanas, con palitos. Aquí no salió casa en el comienzo, aquí nos entregaron los terrenos, sitios no más con cuatro estacas en cada esquina y ese era el espacio y el número del sitio que te correspondía, los entregaron con un previo ahorro y después una cuota que se tenía que pagar

todos los meses. Cuando nos vinimos, el Hogar de Cristo nos entregó una madera calculada para hacer dos piezas, para hacer autoconstrucción, cada uno tenía que clavar las tablas, esto fue 40 años atrás. Cuando entregaron los sitios, hubo que emparejar, sacar maleza, porque esto eran fundos, había parras, chacras, unos caminos donde pasaban las carretas antiguamente y había que emparejar todo.

Para tener luz, los más entendidos se colgaban aquí en la calle Gutiérrez, ahí había la cachá de cables y palos para sacar luz y se colgaban nomás. Era como un robo así legalizado, no sé, pero era ilegal, y ahí todos cada cual hacían las instalaciones, sacábamos un puro cablecito, el otro lo instalábamos al suelo y sacábamos la tierra y alumbrábamos, eso fue harto tiempo, después ya se vino la instalación de postes.

Cuando todo estaba calculado cada cual construyó a su manera y todo quedó así, todos con distintas casas. La primera dificultad fue mantener el agua o el alcantarillado porque había que hacer hoyos, hacer pozos para poder tener los servicios higiénicos en pleno, porque años después vino el alcantarillado y el agua potable ya domiciliaria. Estuvimos por lo menos unos cuatro o cinco años con pozo séptico.

En el periodo de Allende había que andar buscando cosas en los almacenes, uno veía una fila y se ponía, a ver que podía comprar, era en todo caso bien difícil, pero igual se pasaba.

Nunca fui metido en nada en política, así que aquí en la casita nomás.

Cuando fue el golpe y durante la dictadura solo sabíamos lo que escuchábamos en la tele, yo siempre he sido de casa, no tenía mucho contacto, con decirle que aquí a los vecinos los conozco de pasada, nunca he conversado con ellos.

Pero en eso comencé a participar aquí en La Herminda, en la Parroquia Señora de la Esperanza, el primer Padre que llegó acá fue Ramón Aguilera. Él comenzó en una mediagua a hacer misa, a buscar gente, preocupado de correr por la población y en una

de esas me enganchó a mí. La capilla yo recuerdo que ha estado por lo menos 30 años atrás, porque yo participe harto tiempo en la capilla, estaba el Padre, el Monseñor Enrique en ese tiempo como obispo... vicario.

Primero participé en los grupos de matrimonio y después se nos ocurrió la idea de trabajar con discapacitados, trabajamos harto tiempo en eso, como cinco o seis años. Eran discapacitados de acá del sector, todavía deben quedar algunos. O sea se me ocurrió porque la gente como que escondía a los niños o a los jóvenes que tenían alguna diferencia, y ahí nació la idea. Primero nos juntábamos en época en navidad y celebrábamos con ellos. Después todos los sábados nos juntábamos en la capilla, teníamos algo para servirse, y ellos se sentían contentos porque los tomábamos en cuenta.

Después terminamos eso, se separó el grupo y seguimos trabajando en la capilla igual con un grupo de adultos mayores, un club de ancianos, ahí estuvimos 16 años dirigiendo a ese grupo de ancianos, y ahí conocimos más directo a don Enrique Alvear.

Don Enrique le dio la bendición al club, participaba en los aniversarios, venía, era muy jovial, preocupado de todo, alegre en los encuentros, ahí lo conocimos, y después tuve la gran, no sé si la bendición, de ir cuando fueron trasladados sus restos desde Lourdes. Yo estaba sentado en la misa y me llama el Padre Fernando Tapia para decirme. Porque tenían un cementerio en Lourdes donde están los curitas, pero la gente iba más a donde Don Enrique que adorar a la virgen, entonces lo sacaron del lugar donde estaba y lo llevaron allá a la Parroquia San Luis Beltrán de Pudahuel.

Para Don Enrique eran todos iguales, era como le decían en un libro —el obispo de los pobres— porque estaba ahí siempre con las personas, era preocupado de su rebaño porque andaba siempre en las capillas viendo, tenía encuentros, visitaba una capilla y otra, nunca se alejó, o sea nunca fue de escritorio, siempre estuvo ahí metido en sus capillas. Lo que más aprendí de él fue la solidaridad, porque estaba preocupado de las personas, yo creo

que es el don de perdonar, no ser rencoroso, siempre estar metido ahí, por eso me gusta estar pendiente, poder ayudar. Cuando el padre se enfermó y murió fue un golpe muy duro para las personas que lo conocían, hubo harta oración, mi señora todas las semanas hacía oraciones.

Actualmente en Cerro Navia ha habido más proyectos, a través del Ministerio de Vivienda hay más preocupación por las poblaciones, por arreglarlas. Hay gente joven que quiere ayudar en los proyectos, entonces hay como más intereses, o sea hay gente más interesada en ayudar en la comuna. El problema es lo que se está viendo por la televisión, hay mucha droga, mucha entrada de jóvenes, entran y salen, y entonces no sé, inclusive aquí en la misma calle tengo un grupo de jóvenes que no son muy buenas... muy obedientes.

De todas formas de cerro Navia no creo que me vaya, el chico mío tiene ganas de irse, comprarse una casa o un departamento, pero yo no quiero irme de aquí, se me metió en la cabeza de que tengo que morir igual como llegué aquí, en mi casa. Con los pies para la calle.

CONSIDERACIONES FINALES

Las historias de vida que hemos presentado constituyen la parte principal de este libro y quedan como un testimonio invaluable de la vida de los entrevistados; de sus sacrificios y sus logros; de cómo han sido testigos y a la vez protagonistas de la historia de la comuna y de Chile en general. Por eso, al finalizar, más que conclusiones, queremos presentar algunas reflexiones.

La historia de las poblaciones que constituyen Cerro Navia está aún por escribirse y no es la intención de este libro cerrar el tema, sino más bien contribuir a abrirlo. Las historias de vida que hemos presentado son importantes, pero queda aún mucho por estudiar. Hay más testimonios por recoger, más voces que escuchar; hay procesos que acá apenas se han esbozado y que estudios posteriores podrían hacer que las nuevas generaciones los conozcan.

Muchas de las preguntas que sugiere la lectura de estas historias de vida giran en torno a un concepto: la identidad. ¿Qué hay en común entre los pobladores de Cerro Navia? ¿Hay diferencias fundamentales entre, por ejemplo, quienes llegaron por una toma de terreno y quienes llegaron por una solución habitacional del Estado?

Una de las hipótesis trabajadas sostenía que podían existir diferentes identificaciones, distintas identidades a partir de las formas de habitar la comuna. Por ejemplo, creímos que existían diferencias notorias entre personas que llegaron a la comuna a través de una toma de terreno y las personas llegadas a partir de la operación sitio; sin embargo, luego de los talleres y entrevistas pudimos comprobar que existe un elemento en común, que en ocasiones emerge como un rasgo identitario. Nos referimos al esfuerzo de habitar una comuna con pocos recursos y el sacrificio que significó construir el “propio techo”.

Estas dos formas de poblar la comuna tienen varios elementos en común. Por el lado de las tomas de terrenos, esfuerzos colectivos de organización para planificar la medida, para resistir ante las fuerzas del orden estatal y posteriormente construir su población. Y, por otro lado, en las soluciones habitacionales otorgadas por la operación sitio, a partir de los testimonios de los pobladores se pudo constatar que el programa en varios sentidos fue deficiente, ya que pocas veces se entregaron terrenos urbanizados y la autoconstrucción de la vivienda definitiva fue la tónica. Es por esto que tanto los pobladores de toma como los de operación sitio tuvieron que apelar a la autogestión, la organización con sus vecinos, a un esfuerzo colectivo constante para solucionar los problemas que iban emergiendo.

Es por esto que consideramos que la historia de la comuna de Cerro Navia, su historia a partir de su conformación en la segunda mitad del siglo XX, es reflejo de las políticas habitacionales de los distintos gobiernos de turno, que no fueron capaces de implementar mejoras sustanciales en este aspecto, haciendo que la organización de los sin casa buscara sus propias soluciones (tomas de terreno), o que más tarde proporcionaran soluciones de bajo costo en sectores periféricos (operación sitio).

También se hace necesario considerar los esfuerzos personales por adquirir una vivienda, ya que otra de las formas, aparte de las antes mencionadas, fue la organización de cooperativas — por lo general de trabajadores— que luego de comprar terrenos, edificaron sus propias casas. En ellas también vemos historias de esfuerzo, que a pesar de ser iniciativas privadas, fueron fruto del trabajo de aquellos que eligieron la comuna para vivir.

Lo que hay en común entre esas respuestas, en el caso de Cerro Navia, es el sacrificio que implicó para todos los pobladores de la comuna el salir adelante. Por la lejanía geográfica y la mala conectividad con el centro de Santiago: nuestros entrevistados dieron testimonio del deficitario sistema de locomoción existente. Por la falta de servicios básicos: al llegar a los sitios no

existía agua potable, alcantarillado ni luz; estas necesidades básicas fueron adquiridas posteriormente. Por la necesidad de construir ellos mismos sus viviendas: la autoconstrucción es un tema transversal a la hora de levantar y habitar las casas tras tomas de terreno u operación sitio. No fue fácil para ninguno de los pobladores de Cerro Navia. Todos tuvieron que caminar por las calles con barro, pero todos también lo hicieron con la satisfacción de estar viviendo ellos y sus familias bajo un techo propio; desde aquí se construye su identidad.

Un punto destacable, en este sentido, es la importancia que adquiere la autoconstrucción. Cuando preguntábamos a los entrevistados que tuvieron que construir ellos mismos, si alguna vez habían pensado en irse a otra comuna, casi siempre justificaron su respuesta mirando su casa, las paredes construidas por ellos mismos y varios sonreían satisfechos. ¿Cómo se iban a ir de esa casa donde cada muro les hablaba de su esfuerzo? El afecto que tienen por su lugar se forjó en la construcción de esas casas, todas distintas, todas a la medida de las familias que formaron. La autoconstrucción les demandó un gran esfuerzo, pero les dio un arraigo que no se puede minimizar.

Otro punto en común es la migración desde el campo a la ciudad de Santiago. Muchos de nuestros entrevistados provienen del sur del país, buscando mejores oportunidades, soñando con una vida mejor. Es por esto que en cada una de las historias de vida que presentamos vemos también la importancia de la familia en los entrevistados. El esfuerzo personal, así como la organización con los vecinos para solucionar problemas, no tenían como fin la satisfacción individual. Para cada uno de los entrevistados había un fin mayor: salir adelante con sus familias, darle lo mejor a sus hijos, hacer que ellos accedieran a una vida menos sacrificada que la propia. El compromiso de ellos con su proyecto familiar ordenaba las prioridades en su vida.

El golpe militar de 1973 impactó fuertemente a las poblaciones de la comuna: la organización lograda entre los vecinos se

fragmentó bruscamente, los partidos políticos fueron proscritos y las organizaciones de pobladores desaparecieron. En los relatos se evidencia el nuevo escenario. Muchos fueron testigos y otros escucharon las historias de cuerpos arrojados en el río Mapocho; el miedo es evidenciado en varios de los relatos.

Posteriormente, a comienzos de la década de 1980, la crisis económica pareció una nueva prueba. Como respuesta a las primeras jornadas de protestas nacionales contra la dictadura, se generó una masiva movilización social que derivó en la reactivación de las organizaciones políticas y sociales. La Iglesia católica nuevamente emerge como una instancia de convergencia, donde parroquias y comunidades cristianas de base tuvieron un rol importante en la defensa de los derechos humanos y en canalizar y estimular ollas comunes y agrupaciones de allegados. El papel del obispo Enrique Alvear es uno de los ejemplos más notables en este sentido.

Una forma diferente de poblar Cerro Navia fueron las viviendas entregadas tras las erradicaciones de campamentos en algunas comunas de la capital. Durante la década de los ochenta, en plena dictadura militar, desde la comuna de Las Condes llegaron familias a habitar sectores de Cerro Navia, muchas veces desconformes por el lugar que se les asignó, una comuna periférica, con menos servicios municipales y menos estatus.

Ese proceso, además, desarticuló las dinámicas organizativas de los campamentos de donde provenían, haciendo que las familias llegaran a la comuna, casi siempre con vecinos desconocidos. Por tanto la pertenencia experimentada por los habitantes que construyeron sus propias casas, que urbanizaron los sectores, no es la misma que la de los residentes de aquellos lugares. Otro elemento por considerar es que la comuna no se constituyó como una receptora de la política de erradicación de campamentos en la capital.

Vivir en una ciudad socioeconómicamente segregada hace que quienes habitan en comunas pobres tiendan a ser vistos por el resto de la sociedad principalmente a través de sus problemas. Donde los medios de comunicación suelen ser su reflejo.

La delincuencia y la drogadicción emergen entonces como una imagen y autoimagen.

En los talleres y algunas entrevistas se sostiene que una de las herencias de la dictadura en la actualidad es el individualismo, la pérdida de la organización colectiva; rasgos de implantación de una sociedad neoliberal. El principal problema que identifican los pobladores en la actualidad es la drogadicción y el narcotráfico de los más jóvenes. Ellos señalan que la droga es la culpable de que la gente quiera emigrar y que solo los más viejos valoran lo que significó construir sus casas. Alegan que las generaciones posteriores han perdido paulatinamente la capacidad de resolver los problemas en conjunto, que cada vecino con el paso del tiempo comenzó a encerrarse, a no compartir. No obstante, en esa expresión de preocupación por el rescate de su memoria, parece residir el fermento de un deseo de retomar la construcción de comunidad en conjunto.

Este trabajo pretende ser una pequeña contribución al rescate de esta historia común de los pobladores de Cerro Navia. Mostrar a quienes forjaron esta comuna, hombres y mujeres de esfuerzo: trabajadores, trabajadoras, dueñas de casa, todos con un alto sentido de la responsabilidad frente a sus familias, que en el construir juntos se fueron construyendo a sí mismos. Aspiramos además a que sea una contribución para que los más jóvenes, quienes muchas veces no conocen la historia de sus abuelos, se sientan invitados a rescatar y valorar su propia historia.

Deseamos que el lector reconozca la construcción de una comunidad y la aspiración de un futuro común en las historias de vida presentadas.

Finalmente, queremos mencionar que transversalmente, en las entrevistas o en los talleres realizados, una y otra vez se mencionó por parte de los adultos mayores la contribución que ha sido la Fundación Cerro Navia Joven en el otoño de sus vidas, ya que los ha motivado a seguir activos socialmente, aprendiendo y contribuyendo a su comunidad.

NOTAS

¹ Antes de 1980 Cerro Navia formaba parte, junto con Pudahuel y Lo Prado, de la Comuna de Barrancas.

² Portelli, Alessandro, *La orden ya fue ejecutada. Roma, las fosas Ardeatinas, la memoria*. Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A. Buenos Aires, 2003.

³ Pedro, Milos, *Identidad, Memoria e Historia*. Texto de referencia: Tesis Doctoral “Los Movimientos sociales de abril de 1957 en Chile: un ejercicio de confrontación de fuentes”, 1996.

⁴ Garcés, Mario, “Recreando el pasado: Guía metodológica para la memoria y la historia local.”. Santiago Eco Educación y Comunicaciones. Marzo 2002.

⁵ Garcés, Mario, “Taller de Historia Local, Universidad Católica de Chile”. Santiago, octubre 1994. Obtenido en: <http://www.cidpa.org/txt/4artic11.pdf>.

⁶ Garcés, Mario y otros, *Voces de identidad, propuesta metodológica para la recuperación de la historia local*. CIDE, ECO y JUNDEP, Fondo para el Desarrollo de la Cultura y la Artes, FONDEC/MINEDUC, Santiago de Chile, 1993, p. 12.

⁷ Garcés Mario y otros, *ibíd.*

⁸ De Ramón, Armando, “Estudio de una periferia urbana, 1850-1900”. *Revista de Historia* N° 20, Pontificia Universidad Católica, Santiago, 1985, p. 209. Otros antecedentes al respecto, pueden consultarse en: Archivo Nacional de Chile, Intendencia de Santiago, 1910.

⁹ Zúñiga, Pérez (Coord.), *Pudahuel, en el camino de la memoria. De las Barrancas a Pudahuel, 450 años de historia*. Edición independiente, Santiago, 2008, p. 92.

¹⁰ Adonis, Ricardo, “Algunos antecedentes sobre el transporte por microbuses en Santiago Poniente”. Edición independiente, Santiago 2005, p. 2.

¹¹ Farías, Ana María, “Urbanización, política de vivienda y pobladores organizados en las Barrancas: El caso de la población Neptuno 1959-1968”. Tesis para optar al grado académico de Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1992, p. 20.

¹² Arriagada, Camilo, “Un siglo de política en vivienda y barrio”. Dep.to. de Estudios, División Técnica de Estudios y Fomento Habitacional-DITEC, Ministerio de Vivienda y Urbanismo. Santiago, 2004, p. 56.

¹³ Arriagada, Camilo, “Un siglo de política en vivienda y barrio.” Op. cit, pp. 60-70.

¹⁴ Hidalgo, Rodrigo, “La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en Santiago en el siglo XX”. LOM Ediciones, Santiago, 2005. En conjunto con lo anterior y como lo analiza Farías Antognini, entre los residentes de la zona de Barrancas existían intentos concretos por regular el incremento de las poblaciones y velar por el cumplimiento o la mejora de las urbanizaciones y servicios, creándose así los llamados “Comités de Adelanto”. Estos tenían como principal meta, solucionar el problema de la pavimentación de cada calle y aumentar los índices de agua potable y alcantarillado de las poblaciones.

¹⁵ Correa, Sofía (Coord.), Historia del siglo XX chileno. Editorial Sudamericana, Santiago, 2007.

¹⁶ *La Voz de las Barrancas*, Santiago, 1949, p. 2.

¹⁷ De Ramón, Armando, *Santiago de Chile: (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. Santiago, Editorial Sudamericana, 2000.

¹⁸ Espinoza, Vicente, *Para una Historia de los Pobres de la Ciudad*. Santiago, Ediciones Sur, 1988.

¹⁹ Garcés, Mario, *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. LOM Ediciones, 2002, p. 33.

²⁰ Garcés, Mario. Op. cit., p. 113.

²¹ Milos, Pedro, *Historia y memoria: 2 de abril de 1957*. LOM Ediciones, Santiago, 2007.

²² Moulian, Luis y De Wolf, Lydia: *Herminda de la Victoria. Aspectos Históricos*. Vicaría Zona Oeste, Santiago, 1990.

²³ “Operación sitio, 1965-1966”, Corvi, 1966, p. 8. Obtenido en Garcés, Mario. Op. cit p. 305.

²⁴ Hidalgo, Rodrigo, “La Vivienda social en Santiago de Chile en la segunda mitad del siglo XX: actores relevantes y tendencias espaciales”. Obtenido en: <http://www.sitiosur.cl/publicacionescatalogodetalle.php?PID=2818&doc=&lib=&rev=&art=&doc1=&vid=&autor=&coleccion=&tipo=&nunico=20081> el 5 de diciembre 2012.

²⁵ Fanaloza es una empresa de larga trayectoria, experta en fabricar productos de baño, especialmente la realizada a base de cerámica. Está ubicada en Avenida Carrascal 6680, Cerro Navia, Santiago.

²⁶ Se pueden observar planes de erradicaciones desde el gobierno de Jorge Alessandri. Ejemplo de esto es la población Neptuno, que recibió a los erradicados del sector de Nueva Matucana y pobladores organizados de Quinta Normal y Barrancas.

²⁷ Labbé, Francisco y Llénenes, Marcelo, “Efectos distributivos derivados del proceso de erradicación de poblaciones en el gran Santiago”. Obtenido en: www.cepchile.cl/dms/archivo_1571.../rev24_labbe.pdf 5 de febrero 2013.

²⁸ Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. “Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación”. Datos consultados en página web del Programa de Derechos Humanos del Gobierno de Chile. 31 de marzo de 2013, p. 113. Al respecto, véase también: Moulian, Luis. *Herminda de la Victoria, aspectos históricos*. Vicaría Zona Oeste-Santiago. Santiago, 1990, p. 38.

²⁹ Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Op. cit., pp. 134-135.

³⁰ El testimonio está recogido en Moulian, Op. cit., pp. 37-38.

³¹ Valdivia, Ortiz de Zárate, Verónica et al. *La alcaldización de la política. Los municipios en la dictadura pinochetista*. Ediciones LOM, Santiago, 2012, p. 11.

³² Morales, Eduardo, “Descentralización del Estado y realidad comu-

nal: Problemas y perspectivas”. En: Material de Discusión Programa FLACSO-Santiago de Chile N° 87. Santiago, 1986, p. 8.

³³ *Ibíd.*

³⁴ Revista *Qué Pasa* N° 519, pp.19-25 de marzo, 1981. Editorial Portada, Santiago, p. 18.

³⁵ Morales, Eduardo, op. cit., pp. 8-9.

³⁶ Aldunate, Adolfo; Morales, Eduardo y Rojas, Sergio, “Evaluación Social de las erradicaciones: resultados de una encuesta”. En: Material de Discusión Programa FLACSO-Santiago de Chile N° 96. Santiago, 1987. Las poblaciones consideradas en esta encuesta fueron Inés de Suárez y Marina de Gaete (El Bosque), Eleuterio Ramírez y Santiago de Nueva Extremadura (La Pintana), y Cárol Urzúa (Puente Alto).

³⁷ *Ibíd.*, p. 30.

³⁸ *Ibíd.*, p. 24.

³⁹ *Ibíd.* p. 24.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 26.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 26.

⁴² *Ibíd.*, p. 26.

⁴³ Citado en Morales, Eduardo y Rojas, Sergio. Relocalización socioespacial de la pobreza. Política estatal y presión popular. 1979-1985. Documento de Trabajo, Programa FLACSO-Santiago de Chile. N° 280. Santiago, 1986, p. 9.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 42.

⁴⁵ Biblioteca del Congreso Nacional. Reporte Estadístico Comunal 2012. Cerro Navia-Población, abril 2012. Consultado en la página de la Biblioteca del Congreso Nacional, www.bcn.cl, el día 25 de marzo del 2013. Nota: Los resultados definitivos del Censo 2012 por comunas aún no se encuentran disponibles.

⁴⁶ Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Op. cit., p. 1.018.

FUENTES

Archivo Nacional de Chile, Intendencia de Santiago, 1910.

“*La Voz de las Barrancas*”, Santiago, 1949.

“Operación sitio, 1965-1966”, Corvi, 1966.

Revista Qué Pasa N° 519. Marzo, 1981.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Libros

Adonis, Ricardo, *Algunos antecedentes sobre el transporte por microbuses en Santiago Poniente*. Edición independiente, Santiago 2005.

Correa, Sofía (Coord.), *Historia del siglo XX chileno*. Editorial Sudamericana, Santiago, 2007.

De Ramón, Armando, *Santiago de Chile: (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. Santiago, Editorial Sudamericana, 2000.

Espinoza, Vicente, *Para una Historia de los Pobres de la Ciudad*. Santiago, Ediciones Sur, 1988.

Portelli, Alessandro, *La orden ya fue ejecutada. Roma, las fosas Ardeatinas, la memoria*. Fondo de Cultura Económica de Argentina S. A. Buenos Aires, 2003.

Garcés, Mario, *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. LOM Ediciones, 2002.

Hidalgo, Rodrigo, “La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en Santiago en el siglo XX”. LOM Ediciones, Santiago, 2005.

Milos, Pedro, *Historia y memoria: 2 de abril de 1957*. LOM Ediciones, Santiago, 2007.

Moulian, Luis y De Wolf, Lydia, *Herminda de la Victoria. Aspectos Históricos*. Vicaría Zona Oeste, Santiago, 1990.

Valdivia Ortiz de Zárata, Verónica, et al. *La alcaldización de la política. Los municipios en la dictadura pinochetista*. Ediciones LOM, Santiago, 2012.

Zúñiga, Pérez. (Coord.), *Pudahuel, en el camino de la memoria. De las Barrancas a Pudahuel, 450 años de historia*. Edición independiente, Santiago, 2008.

Artículos y documentos de trabajo

- Aldunate Adolfo; Morales, Eduardo y Rojas, Sergio, “Evaluación Social de las erradicaciones: resultados de una encuesta”. En: Material de Discusión Programa FLACSO-Santiago de Chile. N° 96. Santiago, 1987.
- Arriagada, Camilo, “Un siglo de política en vivienda y barrio”. Dep- to. de Estudios, División Técnica de Estudios y Fomento Habitacional- DITEC, Ministerio de Vivienda y Urbanismo. Santiago, 2004.
- Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. “Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación”.
- De Ramón, Armando, “Estudio de una periferia urbana, 1850-1900”. Revista de Historia N° 20, Pontificia Universidad Católica, Santiago, 1985.
- Garcés, Mario, “Recreando el pasado: Guía metodológica para la memoria y la historia local”. Santiago Eco Educación y Comunicaciones. Marzo 2002.
- Morales, Eduardo. “Descentralización del Estado y realidad comunal: Problemas y perspectivas”. En: Material de Discusión Programa FLACSO-Santiago de Chile N° 87. Santiago, 1986.
- Morales, Eduardo y Rojas, Sergio. Relocalización socioespacial de la pobreza. Política estatal y presión popular. 1979-1985. Documento de Trabajo, Programa FLACSO-Santiago de Chile. N° 280. Santiago, 1986.

Tesis

- Farías, Ana María, “Urbanización, política de vivienda y pobladores organizados en las Barrancas: El caso de la población Neptuno 1959-1968”. Tesis para optar al grado académico de Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Pedro, Milos, *Identidad, Memoria e Historia*. Texto de referencia: Tesis Doctoral “Los Movimientos sociales de abril de 1957 en Chile: un ejercicio de confrontación de fuentes”, 1996.

Recursos electrónicos

- Garcés, Mario, “Taller de Historia Local, Universidad Católica de

Chile”. Santiago, octubre 1994. Obtenido en: <http://www.cidpa.org/txt/4artic11.pdf>.

Hidalgo, Rodrigo, “La Vivienda social en Santiago de Chile en la segunda mitad del siglo XX: actores relevantes y tendencias espaciales.” Obtenido en: <http://www.sitiosur.cl/publicacionescatalogodetalle.php?PID=2818&doc=&lib=&rev=&art=&doc1=&vid=&autor=&coleccion=&tipo=&nunico=20081> el 5 de diciembre 2012.

Labbé, Francisco y Llévenes, Marcelo, “Efectos distributivos derivados del proceso de erradicación de poblaciones en el gran Santiago.” Obtenido en: www.cepchile.cl/dms/archivo_1571.../rev24_labbe.pdf.

IMAGENES CERRO NAVIA



Museo Histórico Nacional
“Toma de terrenos”. Pool fotográfico *Zig-Zag*. Año 1967.



Museo Histórico Nacional
“Toma de terrenos”. Pool fotográfico *Zig-Zag*. Año 1967.



Museo Histórico Nacional
“Centros de Madres”. Fotógrafo: José Carvajal.



Talleres con adultos mayores de Cerro Navia.
 “Rescatando la historia de la comuna”
 Fundación Cerro Navia Joven. Noviembre 2012.



Partido de fútbol de día domingo. “Cancha de Baby”, Villa Alianza 2.
 Cerro Navia, Santiago, 1984. Fotografía donada por Magdalena Martínez.



2° Cumpleaños, hijo de vecinos de Magdalena Martínez, Villa Alianza 2. Cerro Navia, Santiago, 1980. Fotografía donada por Magdalena Martínez.



Talleres con adultos mayores de Cerro Navia.
 “Rescatando la historia de la comuna” Fundación Cerro Navia Joven,
 Costanera Sur 8710-A, noviembre 2012.



Campeonato Seniors AVODESA (Asociación de Volantíneros de Santiago) Fernando Cornejo Iturra, 1988. Fotografía donada por Fernando Cornejo Iturra.



Talleres con adultos mayores de Cerro Navia.
 “Rescatando la historia de la comuna”
 Fundación Cerro Navia Joven. Av. 3 de Julio 6701, Cerro Navia,
 diciembre 2012.

